

# Boletín Oficial

## OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXX

Nº4

ABRIL 2007



NUESTRA PORTADA:  
**El Obispo: la sede de Dumio.**

Tabla del coro bajo de la iglesia del monasterio de San Salvador  
Parroquia de San Rosendo de Celanova

*“El episcopado de Dumio estaba vacante, y el clero y el pueblo, en común acuerdo, eligieron a Rosendo, espejo de virtudes, como obispo. Éste se negaba a aceptar, argumentando no ser acreedor de tan gran dignidad y no poder soportar carga tan pesada: pues apenas sí había cumplido los dieciocho años. Pero, a instancias del clero y del pueblo, fue avisado por Dios de que aceptase la carga episcopal. Una vez en el Obispado, igual que una vela en un gran candelabro, iluminó a la Iglesia de Dios.”*

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ  
Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática  
Teléfono: 988 366 141  
Impresión: ARIGRAF  
Depósito Legal: OR-13/1958



Beati Misericordes

# Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXX

Abril 2007

Nº 4

## SUMARIO

### LA VOZ DEL PRELADO

Homilía del Sr. Obispo - Domingo de Ramos .....	563
Homilía del Sr. Obispo - Misa Crismal.....	567
Homilía del Sr. Obispo - Jueves Santo .....	572
Homilía del Sr. Obispo - Viernes Santo .....	576
Homilía del Sr. Obispo - Vigilia Pascual .....	580
Homilía del Sr. Obispo - Domingo de Resurrección.....	584
Actividades del Sr. Obispo.....	587

### IGLESIA DIOCESANA

Vicaría de Pastoral	
Delegación de liturgia. "Para vivir el domingo (VII)" .....	591
Año Jubilar de San Rosendo. Homilía de la novena de Antonino Eugénio Fernandes Dias .....	595

### IGLESIA EN ESPAÑA

Nota de los obispos de la Provincia Eclesiástica de Madrid "Sobre el grave problema del aborto" .....	601
Nombramiento: Rev. P. Santiago Agrelo Martínez, O.F.M. como Arzobispo Metropolitano de Tángenr ....	607
Arzobispado Castrense. EDICTO para la convocatoria de 10 plazas de Capellanes .....	608

### IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI	
Ángelus .....	615
Regina Cæli.....	616
Audiencias Generales.....	618
Discursos.....	629
Homilías .....	647
Mensajes .....	668
Santa Sede	
Secretaría de Estado. Intervención del Card. Tarcisio Bertone, con ocasión del 80º cumpleaños del Santo Padre Benedicto XVI .....	678
Mensaje de Roma emitido por el Congreso convocado por los obispos europeos .....	680

### CRÓNICA DIOCESANA

Abril.....	473
------------	-----



LA VOZ DEL PRELADO

---



## HOMILÍAS

### Homilía del Sr. Obispo Semana Santa 2007. Domingo de Ramos

Hermanos: con la procesión que simboliza la entrada triunfal de Jesucristo en la ciudad santa de Jerusalén, para sufrir la pasión y resucitar de entre los muertos, hemos aclamado al Señor como nuestro Rey. Así, unidos a toda la Iglesia, hemos inaugurado “la celebración anual de los misterios de la Pasión y resurrección de Jesucristo” (Monic. Entr.).

La liturgia de la Palabra de la Eucaristía, comenzando por *la colecta*, nos ha adentrado en el *anonadamiento* de Cristo “haciéndose hombre y muriendo en la cruz”. Así se lo pidió el Padre, así lo aceptó Él obedeciendo para manifestar al mundo que “Dios es amor” (Benedicto XVI, *Dios es amor. Carta encíclica “Deus caritas est”* (BAC- documentos 32) *Introd.* Pp 11-12) (=DEA) “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en Él tengan vida eterna” (Jn 3,16).

La *profecía* de Is. 50, 4-7 se refiere claramente a la pasión de Cristo y se completa con el Sal 21 en las palabras de Cristo en la Cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. La *segunda* lectura de san Pablo (Fil. 2, 6-11) destaca hasta dónde llega el amor de Dios, a la hora de redimir al hombre. Cristo encarna la voluntad y deseos del Padre, se vacía de toda apariencia divina, se hace nada a los ojos

humanos y se abaja hasta una muerte ignominiosa, como era la de cruz. Por eso, Jesucristo por la resurrección “es Señor para gloria de Dios Padre”. Ésta es -como dice Benedicto XVI- “la actuación imprevisible y, en cierto sentido, inaudita, de Dios” (DEA 12).

En la *pasión según san Lucas*, el relato comienza por la última Cena, en la que Jesús abre su corazón a sus discípulos: “He deseado enormemente comer esta comida pascual con vosotros antes de padecer...” En la Eucaristía primera, Jesús lleva el amor al signo más inesperado y sorprendente. El cáliz con su sangre y el pan que es su cuerpo lo entrega como alimento y bebida para la vida eterna. Con ello adelanta el gesto físico y temporal de su romperse por nosotros y derramar su sangre en la cruz.

La Eucaristía y el sacrificio de Cristo en la cruz son un mismo misterio y jamás podrán separarse. En ambos momentos se realiza *el mismo sacrificio*, la misma oblación, la entrega total del Hijo de Dios, por amor al Padre y a los hombres. En la última Cena y en cada Eucaristía el sacrificio se realiza sacramentalmente, sin dolor; en la cruz Jesús sufre hasta expirar (Cf. Ec. de Euc. nn 11-12). “Esto es amor en su forma más radical” (DEA n 12). Además san Lucas destaca en sus palabras citadas que

se trata del amor de Dios en Cristo que es- según el Papa- pasión por los hombres (*eros*) y amor gratuito, que busca sólo el bien y el perdón (*ágape*) del hombre. Y éste sacrificio lo actualizamos siempre en la Eucaristía. “Misterio grande, Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega “hasta el extremo” (Jn 13, 1), un amor que no conoce medida” (Ec. De Euc. N 11). Es el mismo amor que nos mostró en su pasión. Dirá al respecto Benedicto XVI en la *Exhortación Apostólica “Sacramentum caritatis”* (=SCa) n 5: “Se entiende, pues que el *ágape* se haya convertido también en un nombre de la Eucaristía: en ella el *ágape* de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros” (San Pablo, Madrid 2007).

El relato de la pasión y muerte del Señor proclamado hoy (Lc) se detiene en la sepultura apresurada de Jesús por José de Arimatea y otros amigos. Era víspera del sábado y al día siguiente debían guar-

dar “reposo, conforme al mandamiento”. Las mujeres piadosas son testigos de cómo queda su cuerpo en el sepulcro, para darle los honores merecidos al día siguiente del sábado.

Que durante los primeros días de esta semana Santa contemplemos largamente la pasión, muerte y sepultura del Señor siguiendo el evangelio de San Lucas. Es la mejor forma de vivir los días que nos quedan de Cuaresma, antes de entrar en el Jueves Santo. Sigamos con fe los pasos de Cristo desde la última Cena al sepulcro. Levantemos nuestros ojos “al que traspasaron” (Jn 19, 37), conscientes de que, en la cruz “nos reveló plenamente el amor de Dios” (Benedicto XVI, *Mensaje de Cuaresma 2007*). De tal amor brotará el amor apasionado a los hombres y sobre todo a los más necesitados.

Que la Virgen María nos acompañe en este seguimiento y configuración con Cristo crucificado, para que podamos resucitar un día con Él.

### Homilía do Sr. Bispo Semana Santa 2007. Domingo de Ramos

Irmáns: coa procesión que simboliza a entrada triunfal de Xesus Cristo na cidade santa de Xerusalén, para sufrila paixón e resucitar de entre os mortos, aclamamos ó Señor como o noso Rei. Así, unidos a toda a Igrexa, inauguramos “a celebración anual dos misterios da Paixón e resurrección de Xesus Cristo” (Monic. Entr.).

A liturxia da Palabra da Eucaristía, comezando *a colecta*, profundounos no *anoadamento* de Cristo “facéndose home e morrendo na cruz”. Así pediullo o Pai, así aceptouno El obedecendo para manifestar ó mundo que “Deus é amor” (Benedicto XVI, *Deus é amor*. Carta encíclica *Deus caritas est* (BAC- documentos 32) *Introd.* Pp 11-12) (=DEA) “Tanto amou Deus ó



mundo, que entregou ó seu Fillo único, para que tódolos que cren nel teñan vida eterna” (Xn 3,16).

A *profecía* de Is. 50, 4-7 refírese claramente á paixón de Cristo e complétase co Sal 21 nas palabras de Cristo na Cruz: “Meu Deus , meu Deus, ¿por que me abandonaches?”. A *segunda* lectura de san Paulo (Fil. 2, 6-11) destaca ata onde chega o amor de Deus, á hora de redimir ó home. Cristo encarna a vontade e desexos do Pai, baléirase de toda aparencia divina, faise nada ós ollos humanos e abáixase ata unha morte ignominiosa, como era a de cruz. Por iso, Xesus Cristo pola resurrección “é Señor para gloria de Deus Pai”. Esta é -como di Benedicto XVI- “a actuación imprevisible e, en certo sentido, inaudita, de Deus” (DEA 12).

Na *paixón segundo san Lucas*, o relato comeza pola derradeira Cea, na que Xesús abre o seu corazón ós seus discípulos: “Desexei enormemente comer esta comida pascual con vós antes de padecer...” Na Eucaristía primeira, Xesús leva o amor ó signo máis inesperado e sorprendente. O cáliz co seu sangue e o pan que é o seu corpo entrégao como alimento e bebida para a vida eterna. Con elo adianta o xesto físico e temporal do seu se romper por nós e derrama-lo seu sangue na cruz.

A Eucaristía e o sacrificio de Cristo na cruz son un mesmo misterio e xamais poderán separarse. En ambos momentos se realiza *o mesmo sacrificio*, a mesma oblación, a entrega total do Fillo de Deus, por amor ó Pai e ós homes. Na derradeira

Cea e en cada Eucaristía o sacrificio realízase sacramentalmente, sen dor; na cruz Xesús sofre ata expirar (Cf. Ec. de Euc. nn 11-12). “Isto é amor na súa forma máis radical” (DEA n 12). Ademais san Lucas destaca nas súas palabras citadas que se trata do amor de Deus en Cristo que é -segundo o Papa- paixón polos homes (*eros*) e amor de balde, que procura só o ben e o perdón (*ágape*) do home. E este sacrificio actualizámolo sempre na Eucaristía. “Misterio grande, Misterio de misericordia. ¿Que máis podía facer Xesús por nós? Verdadeiramente, na Eucaristía amósanos un amor que chega «ata o fin» (Xn 13, 1), un amor que non coñece medida” (Ec. De Euc. N 11). É o mesmo amor que nos amosou na súa paixón. Dirá ó respecto Benedicto XVI na Exhortación Apostólica *Sacramentum caritatis* (=SCa) nº 5: “Enténdese, pois que o *ágape* convértase tamén nun nome da Eucaristía: nela o *ágape* de Deus chéganos corporalmente para seguir actuando en nós e por nós” (San Paulo, Madrid 2007).

O relato da paixón e morte do Señor proclamado hoxe (Lc) detense na sepultura apresurada de Xesús por Xosé de Arimatea e outros amigos. Era véspera do sábado e ó día seguinte debían gardar “repouso, conforme ó mandamento”. As mulleres piadosas son testemuñas de como queda o seu corpo no sepulcro, para lle da-las honras merecidos ó día seguinte do sábado.

Que durante os primeiros días desta semana Santa contemplemos longamen-

te a paixón, morte e sepultura do Señor seguindo o evanxeo de San Lucas. É a mellor forma de vivi-los días que nos quedan de Coresma, antes de entrar no Xoves Santo. Sigamos con fe os pasos de Cristo dende a derradeira Cea ó sepulcro. Levantémo-los nosos ollos “ó que traspasaron” (Xn 19, 37), conscientes de que, na cruz “nos revelou plenamente o amor

de Deus” (Benedicto XVI, *Mensaxe de Coresma 2007*). De tal amor agromará o amor apaixonado ós homes e sobre todo ós máis precisados.

Que a Virxe María nos acompañe neste seguimento e configuración con Cristo crucificado, para que poidamos resucitar un día con El.

## Homilía del Sr. Obispo Semana Santa 2007. Misa Crismal

Queridos hermanos sacerdotes, queridos hermanos todos: nos hemos reunido para celebrar la Misa Crismal en la que van a ser bendecidos el santo Crisma, así como el óleo de los catecúmenos y el óleo de los enfermos. También en esta Eucaristía los sacerdotes haremos la solemne renovación anual de las promesas que hicimos un día ante nuestro obispo y ante el pueblo santo de Dios.

El texto sagrado que ha sido proclamado nos invita a centrar toda nuestra atención en las palabras del Profeta Isaías leídas por el Señor Jesús en la sinagoga de Nazaret:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos la vista; para dar libertad a los oprimidos, para anunciar el año de gracia del Señor”.

Proclamadas estas palabras, nos dice el evangelista, Jesús se sentó y se dirigió a toda la asamblea para decirle: “Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír”.

El Nuevo Testamento nos presenta a Jesús como el que ha venido a dar cumplimiento a las promesas. Su misión es reunir a todos los hombres en el Reino del Padre. El signo definitivo de que Jesucristo es el convocador y fundamento de la nueva Asamblea será su misterio

pascual. Concretamente, la Última Cena es la Asamblea culminante de Cristo con los discípulos y la Asamblea cultural referente de la comunidad cristiana. Por eso la Asamblea eucarística y la Iglesia forman, desde los comienzos mismos, una unidad. Así pues, la Iglesia, por su propia naturaleza, es comunidad eucarística. No hubo un tiempo inicial de la Iglesia en el que todavía no existiera la Eucaristía. Desde sus orígenes la Iglesia se entendió a sí misma como Asamblea eucarística. La Iglesia está allí donde quiera que los cristianos se acercan para celebrar la Cena del Señor presidida por sus ministros. Comunidad eucarística y comunidad eclesial forman una unidad y no pueden ser separadas. La relación entre Eucaristía e Iglesia es tan profunda y tan íntima que ni la Eucaristía podría existir sin la Iglesia, ni puede haber Iglesia sin Eucaristía. Cristo es, en la Eucaristía, el corazón de la Iglesia. Es decir, Eucaristía e Iglesia forman el único Cuerpo de Cristo.

Y Jesucristo es el gran celebrante de la Eucaristía. Él es el único sumo Sacerdote de la nueva Alianza. A través del Espíritu Santo se hace presente de múltiples maneras en la celebración de la Eucaristía: en su Palabra y bajo las especies del pan y de vino, en la persona del sacerdote y en la propia comunidad que celebra.

Así pues, la Eucaristía es el sacramento central de la Iglesia, en el que se manifiesta de modo especial la verdadera natura-

leza, la estructura ministerial y la acción sacerdotal de todo el pueblo de Dios.

El Concilio Vaticano II recordó con fuerza la doctrina del sacerdocio común, invitando a todos los fieles presentes en la celebración de la Eucaristía a participar en ella de forma consciente, piadosa y activa. Promover y facilitar esta participación de todos en la celebración y adoración de la Eucaristía es uno de mis grandes deseos como Obispo de esta querida Diócesis, tal como os lo manifesté en la carta pastoral sobre la Eucaristía.

Sin embargo, hoy quiero, una vez más con vosotros, mis queridos sacerdotes, considerar con la máxima atención la insustituible relación de mediación esencial entre la Eucaristía y el ministerio ordenado. Para la celebración eucarística es irrenunciable el ministerio del sacerdote ordenado: “Haced esto en conmemoración mía,” les dijo el Señor a los Doce en la celebración de la Cena. Es el Apóstol San Pablo el que nos asegura que, por lo que se refiere a la Eucaristía, no nos trasmite su doctrina personal, sino lo que él, a su vez, ha recibido. En efecto, la celebración de la Eucaristía implica la tradición viva de la Iglesia, como recuerda la *Sacramentum Caritatis*.

El sacerdote, en cuanto destinatario de la salvación, forma parte de la comunidad cristiana. Como cualquier cristiano depende siempre del perdón y de la misericordia de Dios, de su ayuda y de su gracia. Sin embargo, en el ejercicio de su ministerio sacerdotal se halla ante la co-

munidad como representante de Aquél que es Cabeza de la Iglesia y verdadero celebrante principal. En este sentido, el Concilio Vaticano II nos recuerda que el sacerdote ordenado realiza como representante de Cristo el sacrificio eucarístico (L. G. 10). El sacerdote actúa, entonces, “in persona Christi Capitis”. Lo cual explicaba bella y hondamente el Papa, Juan Pablo II en *Ecclesia de Eucharistia* diciendo “in persona Christi quiere decir más que en nombre o también, en vez de Cristo. In persona: es decir, en la identificación específica, sacramental con el sumo y eterno Sacerdote, que es el autor y el sujeto principal de su propio sacrificio, en el que, en verdad, no puede ser substituido por nadie”.

Así pues, si la Eucaristía es centro y cumbre de la vida cristiana, lo es también del ministerio sacerdotal. La Eucaristía es la principal y central razón de ser del sacramento del sacerdocio. Por ello, como nos dice el Concilio Vaticano II en *Presbiterorum Ordinis*, “el alma sacerdotal ha de reproducir en sí misma lo que se hace en el ara sacrificial”. En consecuencia, como nos dice la *Pastores Dabo Vobis*, “la caridad pastoral del sacerdote no sólo fluye de la Eucaristía, sino que encuentra su más alta realización en su celebración, así como también recibe de ella la gracia y la responsabilidad de impregnar de manera sacrificial toda su existencia”. En la celebración de la Eucaristía el sacerdote encuentra la fuerza necesaria para afrontar, sin caer en la dispersión, los diversos quehaceres pastorales. Por todo ello, como nos dice nuestro Santo Padre, Benedicto

XVI, “el presbítero tiene que ser ante todo adorador y contemplativo de la Eucaristía a partir del mismo momento en que la celebra”.

A la luz de todo lo dicho, queridos hermanos sacerdotes, no será preciso insistir en la trascendental importancia del Magisterio Pontificio reciente sobre la Eucaristía.

Termino pidiéndole al Señor la gracia para todos nosotros de ser sacerdotes

y fieles profundamente eucarísticos. Y lo hago con palabras de la Exhortación *Sacramentum caritatis*: “Es necesario vivir la Eucaristía como misterio de fe celebrado auténticamente, teniendo conciencia clara de que el «intellectus fidei» está originariamente siempre en relación con la acción litúrgica de la Iglesia”.

Que la Santísima Virgen, Mujer Eucarística, nos ayude a hacer de la Eucaristía el centro de nuestra vida. Así sea.

### Homilía do Sr. Bispo Semana Santa 2007. Misa Crismal

Queridos irmáns sacerdotes, queridos irmáns todos: reunímonos para celebra-la Misa Crismal na que van ser bendicidos o santo Crisma, así como o óleo dos catecúmenos e o óleo dos enfermos. Tamén nesta Eucaristía os sacerdotes farémo-la solemne renovación anual das promesas que fixemos un día ante o noso bispo e ante o pobo santo de Deus.

O texto sagrado que foi proclamado convídanos a centrar toda a nosa atención nas palabras do Profeta Isaías lidas polo Señor Xesús na sinagoga de Nazaret:

“O Espírito do Señor está sobre min, porque el me unxiu. Envioume para anuncia-lo Evanxeo ós pobres, para anunciar ós cativos a liberdade, e ós cegos a vista; para lle dar liberdade ós oprimidos, para anuncia-lo ano de graza do Señor”.

Proclamadas estas palabras, díno-lo evanxalista, Xesús sentouse e dirixiuse a toda a asemblea para lle dicir: “Hoxe cúmprese esta Escritura que rematades de oír”.

O Novo Testamento preséntanos a Xesús como o que veu dar cumprimento ás promesas. A súa misión é reunir a tódolos homes no Reino do Pai. O signo definitivo de que Xesus Cristo é o convocador e fundamento da nova Asemblea será o seu misterio pascual. Concretamente, a derradeira Cea é a Asemblea culminante de Cristo cos discípulos e a Asemblea cultural referente da comunidade cristiá. Por iso a Asemblea eucarística e a Igrexa forman, dende os comezos mesmos, unha unidade. Así pois, a Igrexa, pola súa propia natureza, é comunidade eucarística. Non houbo un tempo inicial da Igrexa no

que aínda non existise a Eucaristía. Dende as súas orixes a Igrexa entendeuse a si mesma como Asemblea eucarística. A Igrexa está alí onde queira que os cristiáns se achegan para celebra-la Cea do Señor presidida polos seus ministros. Comunidade eucarística e comunidade eclesial forman unha unidade e non poden ser separadas. A relación entre Eucaristía e Igrexa é tan profunda e tan íntima que nin a Eucaristía podería existir sen a Igrexa, nin pode haber Igrexa sen Eucaristía. Cristo é, na Eucaristía, o corazón da Igrexa. É dicir, Eucaristía e Igrexa forman o único Corpo de Cristo.

E Xesus Cristo é o gran celebrante da Eucaristía. El é o único sumo Sacerdote da nova Alianza. A través do Espírito Santo faise presente de múltiples maneiras na celebración da Eucaristía: na súa Palabra e baixo as especies do pan e de viño, na persoa do sacerdote e na propia comunidade que celebra.

Así pois, a Eucaristía é o sacramento central da Igrexa, no que se manifesta de modo especial a verdadeira natureza, a estrutura ministerial e a acción sacerdotal de todo o pobo de Deus.

O Concilio Vaticano II lembrou con forza a doutrina do sacerdocio común, convidando a tódolos fieis presentes na celebración da Eucaristía a participar nela de forma consciente, piadosa e activa. Promover e facilitar esta participación de todos na celebración e adoración da Eucaristía é un dos meus grandes desexos como Bispo desta querida Diocese, tal

como volo manifestei na carta pastoral sobre a Eucaristía.

Sen embargo, hoxe quero, unha vez máis con vós os meus queridos sacerdotes, considerar coa máxima atención a insubstituíble relación de mediación esencial entre a Eucaristía e o ministerio ordenado. Para a celebración eucarística é irrenunciabile o ministerio do sacerdote ordenado: “Facede isto en conmemoración miña”, díxolle-lo Señor ós Doce na celebración da Cea. É o Apóstolo San Paulo o que nos asegura que, polo que se refire á Eucaristía, non nos transmite a súa doutrina persoal, senón o que el, a súa vez, recibiu. En efecto, a celebración da Eucaristía implica a tradición viva da Igrexa, como lembra a *Sacramentum Caritatis*.

O sacerdote, en canto destinatario da salvación, forma parte da comunidade cristiá. Como calquera cristián depende sempre do perdón e da misericordia de Deus, da súa axuda e da súa graza. Sen embargo, no exercicio do seu ministerio sacerdotal atópase diante da comunidade como representante daquel que é Cabeza da Igrexa e verdadeiro celebrante principal. Neste sentido, o Concilio Vaticano II lémbra-nos que o sacerdote ordenado realiza como representante de Cristo o sacrificio eucarístico (L. G. 10). O sacerdote actúa, entón, “in persoa Christi Capitis”. O cal explicaba fermosa e fondamente o Papa Xoán Paulo II en *Ecclesia de Eucharistia* dicindo “in persoa Christi quere dicir máis que en nome ou tamén, en vez de Cristo. In persoa: é dicir, na identificación específica, sacramental co

sumo e eterno Sacerdote, que é o autor e o suxeito principal do seu propio sacrificio, no que, en verdade, non pode ser substituído por ninguén”.

Así pois, se a Eucaristía é centro e cumio da vida cristiá, éo tamén do ministerio sacerdotal. A Eucaristía é a principal e central razón de ser do sacramento do sacerdocio. Por elo, como nos di o Concilio Vaticano II en *Presbiterorum Ordinis*, “a alma sacerdotal ten que reproducir en si mesma o que se fai na ara sacrificial”. En consecuencia, como nos di a *Pastores Dabo Vobis*, “a caridade pastoral do sacerdote non só flúe da Eucaristía, senón que encontra a súa máis alta realización na súa celebración, así como tamén recibe dela a graza e a responsabilidade de impregnar de maneira sacrificial toda a súa existencia”. Na celebración da Eucaristía o sacerdote encontra a forza necesaria para afrontar, sen caer na dispersión, as diversas tarefas pastorais. Por todo elo,

como nos di o noso Santo Pai, Benedicto XVI, “o presbítero ten que ser ante todo adorador e contemplativo da Eucaristía a partir do mesmo momento en que a celebra”.

Á luz de todo o dito, queridos irmáns sacerdotes, non será preciso insistir na transcendental importancia do Maxisterio Pontificio recente sobre a Eucaristía.

Remato pedíndolle ó Señor a graza para todos nós de ser, sacerdotes e feis, fundamentalmente eucarísticos. E fágo con palabras da Exhortación *Sacramentum caritatis*: “É necesario vivi-la Eucaristía como misterio de fe celebrado autenticamente, tendo conciencia clara de que o «intellectus fidei» está orixinariamente sempre en relación coa acción litúrxica da Igrexa”.

Que a Santísima Virxe, Muller Eucarística, nos axude a facer da Eucaristía o centro da nosa vida. Así sexa.

## Homilía del Sr. Obispo Semana Santa 2007. Jueves Santo

Nos encontramos en el pórtico de la Semana Santa. Estamos celebrando “aquella misma memorable Cena” en la que el Hijo de Dios “antes de entregarse a la muerte, confió a la Iglesia el banquete de su amor, el sacrificio nuevo de la Alianza eterna” (Orac. colec.). Al primer Jueves Santo han seguido muchos otros. Se repiten las celebraciones, pero el misterio es el mismo con toda la fuerza del amor de Dios encarnado en Cristo. Debemos agradecer a Dios que nos permita celebrarlo un año más.

Todo lo de esta tarde sucede, antes de que el Hijo se entregara libremente a la muerte, antes de que tuviera lugar la expresión culminante de su amor, anticipándola sacramentalmente. Jesús ha confiado “a la Iglesia el banquete de su amor”, el ágape en el que la comida y bebida de los cristianos es el Cuerpo sacramentalmente roto en donación de amor y la Sangre anticipadamente derramada para alimentar la vida en Dios. “Este es el misterio de nuestra fe”, en el que en palabras de Benedicto XVI “se ha de creer” (SCa, título al n 6), “se ha de celebrar” (SCa, título al n 34) y “se ha de vivir” (SCa, título al n 70).

Al respecto dice Juan Pablo II en *Ecclesia de Eucharistia* 11: “La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como *el don por excelencia*, porque es don de sí mismo, de su persona en santa humanidad y, además, de su obra de salvación”. Todo

cristiano ha recibido de Cristo el *medio* de participar en tal don obteniendo sus frutos inagotables. Esta es la fe de la que han vivido las generaciones cristianas a lo largo de los siglos y la fe que la Iglesia reitera hoy con gozo y gratitud, por este maravilloso don (cf. *Ibid*).

Pero Cristo confió también a la Iglesia, en aquel primer Jueves santo, “el sacrificio nuevo de la Alianza eterna”. No le dio a comer sólo su Cuerpo y Sangre, añadió además “entregado por vosotros....derramada por vosotros” (Le 22, 19-20); así manifestaba “su valor sacrificial” (*Eccles. de Euchar.* 12) haciendo presente el sacrificio de la cruz para salvación de todos, que llevaría a cabo horas más tarde.

“La Misa es, a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor” (CCE 1382). San Pablo en la IIª lectura (1 Cor 11, 23-26) al describirnos aquella primera Eucaristía de los siglos, nos manda, por dos veces, *hacerlo en memoria del Señor*, porque cada vez que lo hacemos -nos dice- “proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva”. No olvidemos que el sacrificio eucarístico hace presente también “el misterio de la resurrección, que corona su sacrificio” (*Eccles. de Euchar.* 14).

La Misa, además de hacer presente el sacrificio redentor de la cruz, del que



vive constantemente la Iglesia, proclama su dinamismo que se orienta a la vida sin fin: “Hasta que (el Señor) vuelva”. Juan Pablo II nos ha explicado este dinamismo escatológico de la Eucaristía, prestándole la debida atención (*Ibid* 18-20), cosa que a veces olvidamos. “La Eucaristía es tensión hacia la meta, pregustar el gozo pleno prometido por Cristo (cf. Jn 15, 11); es, en cierto sentido, anticipación del Paraíso y “prenda de la gloria futura” (*Eccles. De Euch.* 18). Celebrar y comer el Cuerpo y Sangre del Señor es disfrutar, en la fe, de lo culminante de la vida de Dios, anticiparse de algún modo a la felicidad de los bienaventurados, poseer la garantía del gozo celestial.

Quien vive de la Eucaristía vive en la confiada esperanza, posee en primicia aquí en la tierra la plenitud futura, tiene la garantía de la resurrección corporal al final de los tiempos (cf Jn 6, 54). En la Eucaristía, la carne del Hijo de Dios, entregada como alimento, es su cuerpo en el estado glorioso y resucitado. Y es “secreto” y garantía de la resurrección futura. La Eucaristía es “fármaco de inmortalidad, antídoto contra la muerte” (S. Ignacio de Antioquía, *Efés.* 20: PG 5, 661).

Esta tensión hacia la vuelta definitiva del Señor, que suscita la Eucaristía “*expresa y consolida la comunión con la Iglesia celestial*” (*Eccles. de Eucar.* 19). No podemos olvidar, que mientras celebramos la Eucaristía el cielo y la tierra se unen, la celebramos con el Padre, el Hijo y Espíritu

Santo, recordando siempre a la Virgen María, a los ángeles y a los santos. De este modo “la Eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra. Es un rayo de gloria de la Jerusalén celestial, que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino” (*Ibid.*).

Una consecuencia clara del dinamismo escatológico de la Eucaristía es el de *dar un fuerte impulso a nuestro caminar por la vida* mediante una *semilla de esperanza*, que cada cristiano ha de poner *en sus tareas ordinarias*. De la Eucaristía brota un compromiso serio para los cristianos de no descuidar sino entregarse de lleno a “los deberes de su ciudadanía terrenal” (*Cfr. Ibid.* 20).

Queridos hermanos: agradezcamos hoy el don de la Eucaristía; aprendamos en ella las actitudes de servicio (cfr. Jn 13, 1-13) y de oblación sacrificial; vivamos con profunda fe la presencia real y substancial de Jesucristo entre nosotros. Apreciemos desde la fe la Eucaristía de cada domingo, fomentemos la práctica de visitar y acompañar al Señor en el sagrario. Vivamos la Eucaristía en la esperanza y la tensión de la vuelta definitiva del Señor (1 Cor 11, 26). A todo ello nos ayudará la lectura y meditación de la Exhortación Apostólica *Sacramentum caritatis* de Benedicto XVI.

Que María, mujer eucarística, nos ayude y enseñe a vivirla con actitud de servicio y acción de gracias. “Amén”.

## Homilía do Sr. Bispo Semana Santa 2007. Xoves Santo

Atopámonos no pórtico da Semana Santa. Estamos a celebrar “aquela mesma memorable Cea” na que o Fillo de Deus “antes de se entregar á morte, confiou á Igrexa o banquete do seu amor, o sacrificio novo da Alianza eterna” (Orac. colec.). Ó primeiro Xoves Santo seguiron moitos outros. Repítense as celebracións, pero o misterio é o mesmo con toda a forza do amor de Deus encarnado en Cristo. Debemos agradecer a Deus que nos permita celebralo un ano máis.

Todo o desta tarde acontece, antes de que o Fillo se entregase libremente á morte, antes de que tivese lugar a expresión culminante do seu amor, anticipándoa sacramentalmente. Xesús confiou “á Igrexa o banquete do seu amor”, o ágape no que a comida e bebida dos cristiáns é o Corpo sacramentalmente roto en doazón de amor e o Sangue anticipadamente derramado para alimenta-la vida en Deus. “Este é o misterio da nosa fe”, no que en palabras de Benedicto XVI “hase de crer” (SCa, título ó nº 6), “hase de celebrar” (SCa, título ó nº 34) e “hase de vivir” (SCa, título ó nº 70).

Ó respecto di Xoán Paulo II en *Ecclesia de Eucharistia* 11: “A Igrexa recibiu a Eucaristía de Cristo, o seu Señor, non só como un don entre outros moitos, aínda que sexa moi valioso, senón como *o don por excelencia*, porque é don de si mesmo, da súa persoa en santa humanidade e, ademais, da súa obra de salvación”. Todo

cristián recibiu de Cristo o *medio* de participar en tal don obtendo os seus froitos inesgotables. Esta é a fe da que viviron as xeracións cristiás ó longo dos séculos e a fe que a Igrexa reitera hoxe con gozo e gratitude, por este marabilloso don (cf. *Ibid*).

Pero Cristo confiou tamén á Igrexa, naquel primeiro Xoves santo, “o sacrificio novo da Alianza eterna”. Non lle deu a comer só o seu Corpo e Sangue, engadiu ademais “entregado por vós....derramada por vós” (Lle 22, 19-20); así manifestaba “o seu valor sacrificial” (*Ecles. de Euchar.* 12) facendo presente o sacrificio da cruz para salvación de todos, que levaría a cabo horas mais tarde.

“A Misa é, á vez e inseparablemente, o memorial sacrificial en que se perpetúa o sacrificio da cruz, e o banquete sagrado da comunión no Corpo e o Sangue do Señor” (CCE 1382). San Paulo na IIª lectura (1 Cor 11, 23-26) ó nos describir aquela primeira Eucaristía dos séculos, mándanos, por dúas veces, *facelo en memoria do Señor*, porque cada vez que o facemos -dinos- “proclamáde-la morte do Señor, ata que volva”. Non esquezamos que o sacrificio eucarístico fai presente tamén “o misterio da resurrección, que coroa o seu sacrificio” (*Eccles. de Euchar.* 14).

A Misa, ademais de facer presente o sacrificio redentor da cruz, do que vive constantemente a Igrexa, proclama o seu dinamismo que se orienta á vida sen fin:

“Ata que (o Señor) volva”. Xoán Paulo II explicounos este dinamismo escatolóxico da Eucaristía, prestándolle a debida atención (*Ibid* 18-20), cousa que a veces esquecemos. “A Eucaristía é tensión cara a meta, pregusta-lo gozo pleno prometido por Cristo (cf. Xn 15, 11); é, en certo sentido, anticipación do Paraíso e “prenda da gloria futura” (*Eccles. De Euch.* 18). Celebrar e come-lo Corpo e Sangue do Señor é gozar, na fe, do culminante da vida de Deus, anticipar dalgún modo á felicidade dos benaventurados, posuí-la garantía do gozo celestial.

Quen vive da Eucaristía vive na confiana esperanza, posúe en primicia aquí na terra a plenitude futura, ten a garantía da resurrección corporal ó final dos tempos (cf Xn 6, 54). Na Eucaristía, a carne do Fillo de Deus, entregada como alimento, é o seu corpo no estado glorioso e resucitado. E é “segredo” e garantía da resurrección futura. A Eucaristía é “fármaco de inmortalidade, antídoto contra a morte” (S. Ignacio de Antioquía, *Efes.* 20: PG 5, 661).

Esta tensión cara a volta definitiva do Señor, que suscita a Eucaristía “*expresa e consolida a comunión coa Igrexa celestial*” (*Eccles. de Eucar.* 19). Non podemos esquecer, que mentres celebrámo-la Eucaristía o ceo e a terra únense, celebrámola co Pai, o Fillo e Espírito Santo, lembrando sempre á Virxe María, ós anxos

e ós santos. Deste modo “a Eucaristía é verdadeiramente un buratiño do ceo que se abre sobre a terra. É un raio de gloria da Xerusalén celestial, que penetra nas nubes da nosa historia e proxecta luz sobre o noso camiño” (*Ibid.*).

Unha consecuencia clara do dinamismo escatolóxico da Eucaristía é o de *dar un forte impulso ó noso camiñar pola vida* mediante unha *semente de esperanza*, que cada cristián ten que poñer *nas súas tarefas ordinarias*. Da Eucaristía xermola un compromiso serio para os cristiáns de non descoidar senón se entregar de cheo a “os deberes da súa cidadanía terreal” ( *Cfr. Ibid.* 20).

Queridos irmáns: agradezamos hoxe o don da Eucaristía; aprendamos nela as actitudes de servizo (cfr. Xn 13, 1-13) e de oblación sacrificial; vivamos con fonda fe a presenza real e substancial de Xesus Cristo entre nós. Apreciemos dende a fe a Eucaristía de cada domingo, fomentémo-la práctica de visitar e acompañar ó Señor no sagrario. Vivámo-la Eucaristía na esperanza e a tensión da volta definitiva do Señor (1 Cor 11, 26). A todo elo nos axudará a lectura e meditación da Exhortación Apostólica *Sacramentum caritatis* de Benedicto XVI.

Que María, muller eucarística, nos axude e ensine a vivila con actitude de servizo e acción de grazas. “Amén”.

## Homilía del Sr. Obispo Semana Santa 2007. Viernes Santo

Con la celebración de esta tarde entramos en el primer día del santo triduo pascual. Es un día de ayuno, abstinencia y sin la celebración de la Eucaristía. La Iglesia vive el misterio del “arrebato” de su Esposo. Esta tarde celebramos el misterio de la pasión y muerte en cruz del Señor. Pero la Iglesia no sólo se fija en el dolor y la humillación que supone este acontecimiento, sino que también tiene en cuenta el “triumfo” sobre el pecado y Satanás.

La *oración colecta* expresa con claridad y hondura lo que celebramos esta tarde: “Señor, Dios nuestro: Jesucristo, tu Hijo, al derramar su sangre por nosotros, *se adentró en su misterio pascual...*”. Este misterio de pasión y anonadamiento se describe en las lecturas bíblicas que hemos escuchado: la pasión y abajamiento del siervo de Dios (Is 52, 13-53,12); el Salmo 30 (la oración de Cristo en la cruz); la lectura de Hebreos (4, 14-16; 5,7-9) presenta a Cristo como el Hijo de Dios, que “aprendió sufriendo a obedecer”. Por la resurrección se ha convertido en “autor de salvación eterna”. Por fin, la *Pasión según san Juan* (18, 1-19, 42) supone el broche de oro de la Liturgia de la Palabra.

Ante la abundancia y riqueza de de la Palabra de Dios de esta tarde, se impone el silencio íntimo y la contemplación serena y llena de acción de gracias. Profundicemos desde la fe y el amor en la “beata passio” del Señor. Muchos podrían ser los aspectos en que fijarnos de la entrega total y llena de amor de Jesucristo

paciente y muerto.

Me voy a fijar brevemente en un detalle, destacado por el relato de la Pasión según san Juan y puesto de relieve por Benedicto XVI en su Encíclica *Dios es amor* y en el mensaje para la cuaresma de 2007: *Mirarán al que atravesaron* (Jn 19,37).

El cuarto evangelio nos explica que, cuando muere Jesús, se está preparando la pascua judía, al día siguiente era sábado y de gran solemnidad. Y para que el cuerpo de Jesús no quedara en la cruz pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y los quitaran. Pero viendo que Jesús ya había muerto “no le quebraron las piernas, sino que un soldado con la lanza le traspasó el costado y al punto salió sangre y agua” Y el evangelio explica: “Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura...: “Mirarán al que atravesaron” (Zac. 12,10).

El Papa afirma que “poner la mirada en el costado traspasado de Cristo... ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: «Dios es amor» (1 Jn 4, 8)”. La contemplación de Cristo transido por la lanza y entregando la últimas gotas de sangre y agua inspiran al Papa la imagen más profunda *de hasta qué punto ama Dios a los hombres*. Nos ama con amor apasionado y sin buscar ningún interés propio. Por eso, la teología paulina designa este amor con el simbolismo profundo del matrimonio. Comentándolo Benedicto XVI dice: “...el amor sponsal

es signo sacramental del amor de Cristo a su Iglesia, un amor que alcanza su punto culminante en la Cruz, expresión de sus ‘nupcias’ con la humanidad y, al mismo tiempo, origen y centro de la Eucaristía”.

Esta tarde de Viernes Santo, hemos de recoger la profunda llamada del Papa. El crucificado sufriente y muerto, que deja traspasar su costado para vaciarse de toda gota de sangre y agua, es la encarnación feliz del amor de Dios, que busca a todo hombre para salvarlo. Es en la cruz donde puede contemplarse que Dios es amor, amor apasionado (eros) y amor misericordioso, todo donación y perdón (ágape).

En la muerte de Jesucristo “en la cruz, se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical”. Dios hace caer *la justicia* sobre su Hijo (Dios como Él) para que sea real la *misericordia* divina con el hombre. Es en la cruz donde podemos contemplar la verdad de este amor. “Y desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar” (DEA 12). La cruz es el espejo por excelencia en el que todo cristiano ha de inspirar su comportamiento en la vida y de modo especial en la dimensión afectiva y amorosa.

En la Eucaristía, Cristo actualiza siempre este amor (ágape) por medio de la Comunión en su sacrificio. Pero comulgar con y en Él es unirnos con todos los hermanos. El amor con que nos une a cada uno, nos une a los hermanos que comulgan de su mismo cuerpo. Luego, comulgar a Cristo-Amor de Dios, es comulgar con y en su Cuerpo, que son todos los cristianos. La Eucaristía nos debe impulsar al amor de Dios (que Él nos regala) y al amor de todo hombre, amado por Dios. Para que todo ello sea verdad es preciso acercarse a la comunión con las disposiciones necesarias y sabiendo lo que vamos a hacer (cf. SCan 50).

Hermanos: miremos a Cristo crucificado y traspasado y, desde el amor sponsal que en él se expresa; aprendamos a amar con todo el corazón a Jesucristo en la cruz; perdónemos de corazón a quien nos haya ofendido; amemos a todos con el amor apasionado, limpio y misericordioso de Dios. Miremos constantemente a la cruz para aprender a perdonar y a conceder el perdón.

Que María, la mujer fuerte al pie de la cruz y llamada a ser Madre espiritual de todos los hermanos de Jesús, nos aliente a llevar con fortaleza nuestra cruz.

### Homilía do Sr. Bispo Semana Santa 2007. Venres Santo

Coa celebración desta tarde entramos no primeiro día do santo triduo pascual. É un día de xexún, abstinencia e sen a ce-

lebración da Eucaristía. A Igrexa vive o misterio do “arrebato” do seu Esposo. Esta tarde celebrámo-lo misterio da paixón

e morte en cruz do Señor. Pero a Igrexa non só se fixa na dor e a humillación que supón este acontecemento, senón que tamén ten en conta o “triunfo” sobre o pecado e Satanás.

A *oración colecta* expresa con claridade e fondura o que celebramos esta tarde: “Señor, Deus noso: Xesus Cristo, o teu Fillo, ó derrama-lo seu sangue por nós, *internouse no seu misterio pascual...*”. Este misterio de paixón e anonadamento descríbese nas lecturas bíblicas que escoitamos: a paixón e abaixamento do servo de Deus (Is 52, 13-53,12); o Salmo 30 (a oración de Cristo na cruz); a lectura de Hebreos (4, 14-16; 5,7-9) presenta a Cristo como o Fillo de Deus, que “aprendeu sufrindo a obedecer”. Pola resurrección converteuse en “autor de salvación eterna”. Por fin, a *Paixón segundo san Xoán* (18, 1-19, 42) supón o broche de ouro da Liturxia da Palabra.

Ante a abundancia e riqueza da Palabra de Deus desta tarde, imponse o silencio íntimo e a contemplación serena e chea de acción de grazas. Afondemos dende a fe e o amor na “beata passio” do Señor. Moitos poderían se-los aspectos en que nos fixar a entrega total e chea de amor de Xesus Cristo paciente e morto.

Voume fixar brevemente nun detalle, destacado polo relato da Paixón segundo san Xoán e posto de relevo por Benedicto XVI na súa Encíclica *Deus é amor* e na mensaxe para a coesma de 2007: *Ollarán ó que atravesaron* (Xn 19,37).

O cuarto evanxeo explícanos que, cando morre Xesús, estase preparando a pascua xudía, ó día seguinte era sábado e de gran solemnidade. E para que o corpo de Xesús non ficase na cruz pediron a Pilato que lles crebasen as pernas e os quitasen. Pero vendo que Xesús xa morrera “non lle crebaron as pernas, senón que un soldado coa lanza lle traspasou o costado e ó punto saíu sangue e auga” E o evanxeo explica: “Isto ocorreu para que se cumprise a Escritura....: «Ollarán ó que atravesaron»” (Zac. 12,10).

O Papa afirma que “poñe-la ollada no costado traspasado de Cristo... axuda a comprende-lo que foi o punto de partida desta Carta encíclica: «Deus é amor» (1 Xn 4, 8)”. A contemplación de Cristo transido pola lanza e entregando a derradeiras gotas de sangue e auga inspiran ó Papa a imaxe máis fonda *de ata que punto ama Deus ós homes. Ámanos con amor apaixonado e sen procurar ningún interese propio*. Por iso, a teoloxía paulina designa este amor co simbolismo profundo do matrimonio. Comentando Benedicto XVI di: “...o amor esponsal é signo sacramental do amor de Cristo á súa Igrexa, un amor que alcanza o seu punto culminante na Cruz, expresión das súas ‘nupcias’ coa humanidade e, ó mesmo tempo, orixe e centro da Eucaristía”.

Esta tarde de Venres Santo, temos de recolle-la profunda chamada do Papa. O crucificado sufrinte e morto, que deixa traspasa-lo seu costado para se baleirar de toda gota de sangue e auga, é a encarna-

ción feliz do amor de Deus, que procura a todo home para salvalo. É na cruz onde se pode contemplar que Deus é amor, amor apaixonado (eros) e amor misericordioso, todo doazón e perdón (ágape).

Na morte de Xesus Cristo “na cruz, realízase ese poñerse Deus contra si mesmo, ó se entregar para dar nova vida ó home e salvalo: isto é amor na súa forma máis radical”. Deus fai *cae-la xustiza* sobre o seu Fillo (Deus como El) para que sexa real a *misericordia* divina co home. É na cruz onde podemos contempla-la verdade deste amor. “E dende esa ollada, o cristián encontra a orientación do seu vivir e do seu amar” (DEA 12). A cruz é o espello por excelencia no que todo cristián ha de inspira-lo seu comportamento na vida e de modo especial na dimensión afectiva e amorosa.

Na Eucaristía, Cristo actualiza sempre este amor (ágape) por medio da Comunión no seu sacrificio. Pero comungar con e nel é unirnos con tódolos irmáns. O amor con

que nos une a cada un, únenos ós irmáns que comungan do seu mesmo corpo. Logo, comungar a Cristo-Amor de Deus, é comungar con e no seu Corpo, que son tódolos cristiáns. A Eucaristía débemos impulsar ó amor de Deus (que El nos regala) e ó amor de todo home, amado por Deus. Para que todo elo sexa verdade é preciso achegarse á comunión coas disposicións necesarias e sabendo o que imos facer (cf. SCa n 50).

Irmáns: ollemos a Cristo crucificado e traspasado e, dende o amor esponsal que nel se expresa; aprendamos a amar con todo o corazón a Xesus Cristo na cruz; perdoemos de corazón a quen nos ofenda; amemos a todos co amor apaixonado, limpo e misericordioso de Deus. Ollemos constantemente á cruz para aprender a perdoar e a concede-lo perdón.

Que María, a muller forte ó pé da cruz e chamada a ser Nai espiritual de tódolos irmáns de Xesús, nos alente a levar con fortaleza a nosa cruz.

## Homilía del Sr. Obispo Semana Santa 2007. Vigilia Pascual

Un año más, por la gracia de Dios, hemos llegado a la celebración de esta Vigilia pascual. Bien vale la pena que esta noche velemos venciendo el sueño y, en comunión con todos los cristianos del mundo, gocemos del acontecimiento culminante, preparado a lo largo de cuarenta días: la Resurrección de nuestro Salvador.

Es una noche de vigilia y de oración intensa (Monición Inicial). En la bendición del fuego pedíamos a Dios: "...enciende en nosotros, durante estas fiestas pascuales, un deseo tan grande del cielo, que podamos llegar con corazón limpio a las fiestas de la eterna luz" (Oración de bendición del Fuego). Si mantenemos a lo largo de la Cincuentena este deseo vivo, estaremos manteniendo nuestra oración, para que el Señor nos conceda disfrutar de la alegría de los santos en el cielo. De este modo, la resurrección de Cristo será la fuente y causa de la nuestra al final de los tiempos.

Toda la liturgia de esta noche es solemne, gozosa, marcada por el triunfo sobre la muerte. Toda ella está cargada de símbolos y "sacramentos" para hacerlos experimentar, en la fe, lo culminante del misterio cristiano y de nuestra vida en Cristo. El fuego nuevo, el cirio pascual, la abundancia de la Palabra de Dios, los ritos bautismales, el canto del Gloria, del Aleluya, el repique de campanas y la Eucaristía son medios exuberantes de la Madre Iglesia, para llevarnos de la mano

al misterio de la resurrección de Cristo. La Iglesia nos adentra en la esperanza firme de nuestra resurrección, en la luz nueva que es Cristo, en la profundización en nuestro bautismo, en la Palabra de Dios, en la vida de la Iglesia, en la historia de la salvación y en la Eucaristía.

La santa Misa es fuente y cumbre del amor de Dios a los hombres, don permanente para alimentarnos en este mundo y garantía de la resurrección futura. La Eucaristía de hoy es la culminante del año litúrgico.

Celebrar la Vigilia pascual es celebrar todo el misterio cristiano resumido en Cristo, vencedor de la muerte, resucitado por el Padre en la fuerza del Espíritu Santo, proclamado en la Palabra viva y vivificadora y asimilado en la Eucaristía de esta noche.

Desde la resurrección de Cristo se interpreta adecuadamente todo el AT y se confirman las palabras de Jesús y de los autores del NT. Todo estaba anunciado, profetizado y preparado en el plan eterno de Dios. La resurrección es la *clave de lectura* de la vida de Jesucristo y sobre todo de su pasión, muerte y sepultura. Pero además es la *clave de la fe* de los cristianos y la *fuerza* que impulsa la evangelización del mundo.

Esta noche más que nunca.... "sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre



los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre Él” (Rm 6, 3-11). Es la gran noticia para la humanidad: existe un Hombre que es el Hijo amado de Dios, que habiendo entregado su vida por amor, muriendo destruyó el aguijón de la muerte y, ésta ya no puede nada contra Él. Además, se nos invita a tomar conciencia de que, si hemos crucificado nuestro pasado pecador con El y hemos muerto con Cristo en el bautismo, “creemos que también viviremos con Él” (*Ibid*). La muerte ya no tiene poder contra nosotros, es *nuestra pascua*, el paso a la vida nueva y glorificada, regalo del Dios-Amor.

Durante los cincuenta días de Pascua, la Iglesia nos pide celebrar con más intensidad que en la Cuaresma, el acontecimiento al que nos hemos preparado. Cristo no ha quedado en el sepulcro, “ha resucitado” (Lc 24, 1-12)...” ¿Por qué bus-

cáis entre los muertos al que vive?” (*Ibid*). Es el tiempo de la alegría desbordante de la Iglesia; el tiempo de gozar de la vida nueva, brotada del Bautismo y recuperada en la Penitencia; es el tiempo de gozar del amor a los hermanos, tiempo de mirar al cielo nuestra patria definitiva; somos ciudadanos de aquella patria.

Esta noche comienza la Pascua de resurrección; pero continúa durante 50 días y culminará con la celebración del Don del Espíritu Santo, el fruto de la Pascua de Cristo, ofrecido a la Iglesia el día de Pentecostés.

Hermanos: demos “gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Aleluya”.

Que María, la Madre gozosa por la resurrección de su Hijo, acompañe nuestro caminar de cada día. ¡Feliz Pascua de Resurrección para todos!. Amén.

### Homilía do Sr. Bispo Semana Santa 2007. Vixilia Pascoal

Un ano máis, pola graza de Deus, chegamos á celebración desta Vixilia pascual. Ben vale a pena que esta noite velemos vencendo o sono e, en comunión con tódolos cristiáns do mundo, gocemos do acontecemento culminante, preparado ó longo de corenta días: a Resurrección do noso Salvador.

É unha noite de vixilia e de oración intensa (Monición Inicial). Na bendición do lume pediamos a Deus: “...prende en nós, durante estas festas pascuais, un desexo tan grande do ceo, que poidamos chegar con corazón limpo ás festas da eterna luz” (Oración de bendición do Lume). Se mantemos ó longo da Cincuentena este desexo vivo, estaremos mantendo a nosa

oración, para que o Señor nos conceda gozar da ledicia dos santos no ceo. Deste modo, a resurrección de Cristo será a fonte e causa da nosa ó final dos tempos.

Toda a liturxia desta noite é solemne, gozosa, marcada polo triunfo sobre a morte. Toda ela está cargada de símbolos e “sacramentos” para nos facer experimentar, na fe, o culminante do misterio cristián e da nosa vida en Cristo. O lume novo, o cirio pascual, a abundancia da Palabra de Deus, os ritos bautismais, o canto do Gloria, do Aleluia, o repique de campás e a Eucaristía son medios exuberantes da Nai Igrexa, para nos levar da man ó misterio da resurrección de Cristo. A Igrexa introdúcenos na esperanza firme da nosa resurrección, na luz nova que é Cristo, no afondamento no noso bautismo, na Palabra de Deus, na vida da Igrexa, na historia da salvación e na Eucaristía.

A santa Misa é fonte e cumio do amor de Deus ós homes, don permanente para nos alimentar neste mundo e garantía da resurrección futura. A Eucaristía de hoxe é a culminante do ano litúrxico.

Celebra-la Vixilia pascual é celebrar todo o misterio cristián resumido en Cristo, vencedor da morte, resucitado polo Pai na forza do Espírito Santo, proclamado na Palabra viva e vivificadora e asimilado na Eucaristía desta noite.

Dende a resurrección de Cristo interprétase adecuadamente todo o AT e confírmanse as palabras de Xesús e dos

autores do NT. Todo estaba anunciado, profetizado e preparado no plano eterno de Deus. A resurrección é a *clave de lectura* da vida de Xesus Cristo e sobre todo da súa paixón, morte e sepultura. Pero ademais é a *clave da fe* dos cristiáns e a *forza* que impulsa a evanxelización do mundo.

Esta noite máis que nunca... “sabemos que Cristo, unha vez resucitado de entre os mortos, xa non morre máis; a morte xa non ten dominio sobre El” (Rm 6, 3-11). É a gran noticia para a humanidade: existe un Home que é o Fillo amado de Deus, que entregando a súa vida por amor, morrendo destruíu o aguillón da morte e, esta xa non pode nada contra El. Ademais, convídasenos a tomar conciencia de que, se crucificámo-lo noso pasado pecador con El, e morremos con Cristo no bautismo, “cremos que tamén viviremos con El” (*Ibid*). A morte xa non ten poder contra nós, *é a nosa pascua*, o paso á vida nova e glorificada, regalo do Deus-Amor.

Durante os cincuenta días de Pascua, a Igrexa pídenos celebrar con máis intensidade que na Coresma, o acontecemento ó que nos preparamos. Cristo non quedou no sepulcro, “resucitou” (Lc 24, 1-12)...”¿Por que buscades entre os mortos ó que vive?” (*Ibid*). É o tempo da ledicia rebordante da Igrexa; o tempo de gozar da vida nova, agromada do Bautismo e recuperada na Penitencia; é o tempo de gozar do amor ós irmáns, tempo de ollar ó ceo a nosa patria definitiva; somos cidadáns daquela patria.

Esta noite comeza a Pascua de resurrección; pero continúa durante 50 días e culminará coa celebración do Don do Espírito Santo, o froito da Pascua de Cristo, ofrecido á Igrexa o día de Pentecoste.

Irmáns: deamos “grazas ó Señor porque é bo, porque é eterna a súa misericordia. Aleluia”. Que María, a Nai gozosa pola resurrección do seu Fillo, acompañe o noso camiñar de cada día. ¡Feliz Pascua de Resurrección para todos!. Amén.

## Homilía del Sr. Obispo Semana Santa 2007. Domingo de Resurrección

Queridos hermanos: “Era verdad, ha resucitado el Señor, aleluya. A él la gloria y el poder por toda la eternidad” (Le 24, 34; Cfr. Ap 1, 6). Así comienza la Iglesia la Eucaristía con la *antífona de entrada* de este domingo de Pascua de Resurrección. A nosotros también nos pide hoy el Señor, esta confesión de fe en el misterio decisivo de nuestra religión. Tenemos que suplicar verdadera fe a Dios, para repetir una y otra vez, durante estos 50 días de Pascua: *¡Es verdad, ha resucitado realmente el Señor, aleluya!*. Nos gozamos y regocijamos en este acontecimiento fundamental de nuestro Credo. Llegue al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo nuestra glorificación, unida a la de todos los bienaventurados, por toda la eternidad.

La *Oración colecta* resume el contenido precioso de la celebración de hoy, en continuidad con la Vigilia pascual de la noche santa. La Iglesia ha orado así: “Señor Dios, que en este día nos has abierto las puertas de la vida por medio de tu Hijo, vencedor de la muerte...”.

Todos estábamos sometidos a la esclavitud y la muerte por el pecado. Éramos enemigos de Dios; el cielo permanecía cerrado para nosotros. Por el misterio pascual de Cristo, se nos han abierto las puertas de la vida de Dios. La pasión, muerte y resurrección del Señor ha sido el precio de nuestro pecado. Pero la Iglesia en su oración destaca que tal acontecimiento de victoria, por parte de Cristo resucitado, ha *sucedido hoy*.

La liturgia, con la fuerza del Espíritu Santo y por Cristo, hace presente y actual lo que física y temporalmente sucedió hace más de veinte siglos. La Pascua de Jesús ha entrado en la eternidad y lo eterno se actualiza en cualquier tiempo humano. Por eso, podemos decir con toda verdad que *hoy*, la resurrección de Cristo nos ha abierto las puertas de la vida de Dios. *Hoy*, ha sido vencida la muerte por Cristo resucitado. Por eso, celebramos “la solemnidad de su resurrección”.

La celebramos en Cristo como un hecho ya realizado (Hech 10, 34<sup>a</sup>. 37-43), pero la celebramos en fe y esperanza como algo con efectos seguros y reales para nosotros (Col 3, 1-4). El triunfo de Cristo es nuestro triunfo, la alegría del Resucitado es nuestra alegría y la gloria plena del Hijo será también la nuestra. ¡”Éste es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo”! (Sal 117).

La *Oración colecta* continuaba: “... concédenos, al celebrar la solemnidad de su resurrección, que, renovados por el Espíritu, vivamos en la esperanza de nuestra resurrección futura”.... Con la resurrección comenzó para los Apóstoles la donación del Espíritu Santo (Jn 20, 19-31), el mismo que ungió a Cristo en el Jordán y le movió a la predicación y los “signos” y a entregarse a la muerte por amor. Por eso, la oración pide al Padre que por la celebración de la Resurrección de Cristo (obra del Espíritu) seamos renovados por

Él. Esta renovación comenzó con la vida nueva del Bautismo, se acrecentó con el Don más copioso del Espíritu Santo en la Confirmación y en la Eucaristía (*Eccles. de Euchar. 24*) y los demás sacramentos.

De esta renovación se sigue el buscar “los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios” (Col 3, 1-4). Es preciso -como hizo el discípulo amado- observar, desde la sencillez de la fe los signos y palabras de la Escritura sobre la resurrección, *ver* con ojos limpios y *creer* (Jn 20, 1-9).

De este modo, la *colecta* termina pidiendo al Padre vivir “en la esperanza de

nuestra resurrección futura”. Durante esta cincuentena pascual la Iglesia nos invita a la alegría profunda, al gozo comunitario e individual, a la glorificación del plan eterno de Dios, escondido desde los siglos y manifestado plenamente en la Resurrección de Cristo. Alegrémonos con los nuevos bautizados, con quienes hemos renovado los compromisos y la gracia bautismal, con los penitentes arrepentidos; alegrémonos también con María, la Madre del Señor. Contemplemos y recordemos el cielo, donde ya gozan definitivamente los redimidos por la muerte del Señor; vivamos comprometidos con la tierra, pero anhelando la felicidad del cielo. ¡Feliz Pascua de Resurrección!

### Homilía do Sr. Bispo Semana Santa 2007. Domingo de Resurrección

Queridos irmáns: “Era verdade, resucitou o Señor, aleluia. A el a gloria e o poder por toda a eternidade” (Lle 24, 34; Cfr. Ap 1, 6). Así comeza a Igrexa a Eucaristía coa *antífona de entrada* deste domingo de Pascua de Resurrección. A nós tamén nos pide hoxe o Señor, esta confesión de fe no misterio decisivo da nosa relixión. Temos que suplicar verdadeira fe a Deus, para repetir unha e outra vez, durante estes 50 días de Pascua: *¡É verdade, resucitou realmente o Señor, aleluia!*. Gozámonos e alegrámonos neste acontecemento fundamental do noso Credo. Chegue ó Pai, ó Fillo e ó Espírito Santo a nosa glorificación, unida á de tódolos benaventurados, por toda a eternidade.

A *Oración colecta* resume o contido precioso da celebración de hoxe, en continuidade coa Vixilia pascual da noite santa. A Igrexa orou así: “Señor Deus, que neste día nos abriches as portas da vida por medio do teu Fillo, vencedor da morte...”.

Todos estabamos sometidos á escravitude e á morte polo pecado. Eramos inimigos de Deus; o ceo permanecía pechado para nós. Polo misterio pascual de Cristo, abríronsenos as portas da vida de Deus. A paixón, morte e resurrección do Señor foi o prezo do noso pecado. Pero a Igrexa na súa oración destaca que tal acontecemento de victoria, por parte de Cristo resucitado, aconteceu *hoxe*.

A liturxia, coa forza do Espírito Santo e por Cristo, fai presente e actual o que física e temporalmente aconteceu fai máis de vinte séculos. A Pascua de Xesús entrou na eternidade e o eterno actualízase en calquera tempo humano. Por iso, podemos dicir con toda verdade que *hoxe*, a resurrección de Cristo abriunos as portas da vida de Deus. *Hoxe*, foi vencida a morte por Cristo resucitado. Por iso, celebramos “a solemnidade da súa resurrección”.

Celebrámola en Cristo como un feito xa realizado (Hech 10, 34<sup>a</sup>. 37-43), pero celebrámola en fe e na esperanza como algo con efectos seguros e reais para nós (Col 3, 1-4). O triunfo de Cristo é o noso triunfo, a ledicia do Resucitado é a nosa ledicia e a gloria plena do Fillo será tamén a nosa. ¡”Este é o día en que actuou o Señor, sexa a nosa ledicia e o noso gozo”! (Sal 117).

A *Oración colecta* continuaba: “...nos concede, ó celebra-la solemnidade da súa resurrección, que, renovados polo Espírito, vivamos na esperanza da nosa resurrección futura”.... Coa resurrección comezou para os Apóstolos a doazón do Espírito Santo (Xn 20, 19-31), o mesmo que unxiu a Cristo no Xordán e moveuno á predicación e ós “signos” e a se entregar á morte por amor. Por iso, a oración pide ó Pai que pola celebra-

ción da Resurrección de Cristo (obra do Espírito) sexamos renovados por El. Esta renovación comezou coa vida nova do Bautismo, acrecentouse co Don máis copioso do Espírito Santo na Confirmación e na Eucaristía (*Eccles. de Euchar.* 24) e os demais sacramentos.

Desta renovación séguese o procurar “os bens de alá enriba, onde está Cristo, sentado á dereita de Deus” (Col 3, 1-4). É preciso -como fixo o discípulo amado- observar, dende a sinxeleza da fe os signos e palabras da Escritura sobre a resurrección, *ver* con ollos limpos e *crer* (Xn 20, 1-9).

Deste modo, a *colecta* remata pedindo ó Pai vivir “na esperanza da nosa resurrección futura”. Durante esta cincuentena pascual a Igrexa convídanos á ledicia profunda, ó gozo comunitario e individual, á glorificación do plano eterno de Deus, agochado dende os séculos e manifestado plenamente na Resurrección de Cristo. Alegrémonos cos novos bautizados, con quen renovamos os compromisos e a graza bautismal, cos penitentes arrependidos; alegrémonos tamén con María, a Nai do Señor. Contemplemos e lembrémo-lo ceo, onde xa gozan definitivamente os redimidos pola morte do Señor; vivamos comprometidos coa terra, pero anhelando a felicidade do ceo. ¡Feliz Pascua de Resurrección!

## ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

### MARZO

- Día 23: Reunión del Consejo Diocesano de Economía.
- Día 24: Inaugura el II Encuentro Diocesano de Niños de la Familia Gesto en Celanova.  
Bendice un local y asiste a los actos organizados por la Asociación Xuvenil Amencer en los Salesianos.
- Día 25: Preside la Santa Misa dominical retransmitida por T.V.E. desde la parroquia de San Rosendo en Celanova.
- Día 26: Asiste a la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Eugenio Romero Pose, Obispo auxiliar de Madrid, en la Catedral de Nuestra Señora de la Almudena.
- Días 27-28: Reunión de la Comisión Episcopal de Migraciones en Madrid.
- Día 29: Reunión de la Comisión Permanente del Consejo Presbiteral.  
Encuentro con la Asociación Provincial de Empresarios de la Construcción de Ourense.
- Día 30: Encuentro con los sacerdotes jóvenes en el Seminario Mayor.  
Preside en la Parroquia de Santa Teresita la Celebración de Envío de dos sacerdotes a la Misión Diocesana de Jipijapa en Ecuador.
- Día 31: Preside el Encuentro Diocesano de Jóvenes en Los Milagros.

### ABRIL

- Día 1: Domingo de Ramos en la Pasión del Señor. Procesión y Santa Misa en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.
- Día 3: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de Santiago de Allariz a los integrantes del Movimiento de Jóvenes de Acción Católica.  
Entrevista en la Sede de Telemiño.  
Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 4: Retiro Espiritual de sacerdotes en la iglesia parroquial de Santa Eufemia la Real del Centro.  
Solemne Celebración de la Misa Crismal en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.
- Día 5: Preside el Solemne Oficio de Lecturas y Laudes en la S. I. Catedral.  
Solemne Celebración "In Cena Domini" en la S. I. Catedral.

- Día 6: Preside el Oficio de Lecturas y Laudes en la S. I. Catedral.  
Solemne Celebración de la Pasión del Señor en la S. I. Catedral.  
Preside la Procesión del Santo Entierro por las calles de la ciudad.
- Día 7: Preside la Procesión de la Virgen de la Dolorosa y de la Soledad desde la iglesia parroquial de la Santísima Trinidad, con Viacrucis y sermón en la S. I. Catedral para regresar a la misma iglesia parroquial.  
Preside el Oficio de Lecturas y Laudes en la S. I. Catedral.  
Solemne Vigilia Pascual en la S. I. Catedral.
- Día 8: Misa del Domingo de Resurrección en la S. I. Catedral y Procesión de retorno de la imagen de Santa María Madre a su iglesia titular.
- Día 14: Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Rosendo de Celanova a los fieles del Arciprestazgo de Celanova que peregrinan al sepulcro de San Rosendo en este Año Jubilar.  
Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de San Rosendo de Celanova a los fieles del Arciprestazgo de A Merca que peregrinan al sepulcro de San Rosendo en este Año Jubilar.
- Día 15: Preside la Celebración Eucarística y administra el sacramento de la Unción de enfermos en la Residencia de Os Gozos con motivo de la fiesta de su Patrona.  
Preside la Celebración Eucarística en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours en el II Domingo de Pascua de la Divina Misericordia.
- Día 17: Reunión del Consejo Episcopal.
- Días 18-22: Congreso Nacional del Apostolado del Mar en Gran Canaria.





# IGLESIA DIOCESANA

---



## VICARÍA DE PASTORAL

### *DELEGACIÓN DE LITURGIA*

#### PARA VIVIR EL DOMINGO (VII)

“Dies Domini” - Celebración de la obra del Creador - DD, Cap I. n 7)

Para los cristianos el domingo es también “la celebración de la `nueva creación” (DD 8). Pero este concepto se comprende a partir del mensaje de la Escritura (el Génesis) sobre el plan de Dios en la creación del mundo. La creación toma su origen del Verbo de Dios (Cfr Jn 1, 3; Col 1, 16). Y es en el misterio pascual, por la resurrección de Cristo “de entre los muertos: el primero de todos” (1 Co 15, 20), donde se inauguró la nueva creación e inició el proceso que él mismo llevará a término” en su vuelta definitiva (Cfr 1 Co 15, 24-28). Desde la creación, el plan de Dios implicaba esta “misión cósmica” de Cristo, es decir, Cristo, el Verbo de Dios que se encarnaría en el futuro, en la mente de Dios estaba ya *como principio y fin* de la creación (Cfr. DD 8). El Padre teniendo a Cristo en el centro de la creación, al terminar ésta “bendijo...el día séptimo y lo santificó” (Gn 2, 3). Entonces empezaba el *sábado* tan importante en el AT, que preanunciaba de algún modo el domingo cristiano.

El mismo tema del “descanso de Dios” (Gn 2, 2), el del pueblo del Éxodo con la entrada en la tierra prometida (cfr Ex 33, 14; Dt 3, 20) se ilumina en el NT con el definitivo “descanso sabático” (Hb 4, 9), en el que entró Cristo por su resurrección y se siente llamado a entrar el pueblo de

Dios por su obediencia filial (cfr. Heb 4, 3-16). La página bíblica de la creación hay que releerla “y profundizar en la teología del `sábado’ para entrar en la plena comprensión del domingo” (DD 8). Este contenido del “shabat” judío lo recogerá y perfeccionará el domingo.

Juan Pablo II desgrana estas páginas del *Génesis* y va descubriendo aspectos y actitudes preciosas que iluminan el “sabat” y nuestro domingo. Destaca el *asombro* del hombre ante la creación y el sentimiento de *adoración* hacia el Creador; la *alabanza* a la misma bondad de la creación por su conexión con Dios; la *grandeza* del hombre creado a imagen y semejanza de Dios y *su caída* en el pecado (Cfr. Gn 3). Estas actitudes de alabanza, adoración, de asombro ante la grandeza del hombre y de temor reverencial ante la caída del hombre deben estar presentes en el domingo.

Dios al concluir su trabajo creador deja el mundo abierto al *trabajo de cooperación* del hombre. Los primeros capítulos del Génesis son, en cierto sentido, “el primer `evangelio del trabajo” (DD 10) para que el hombre someta la tierra y él se someta a Dios.

El *descanso* de Dios (Gn 2, 2) no significa inactividad, “subraya la plenitud

de la realización llevada a término y expresa el descanso de Dios frente a un trabajo ‘bien hecho’ (Gn 1, 31) y cubierto con ‘una mirada llena de gozosa complacencia’ (DD 11), es decir, profundamente ‘contemplativa’ (DD 11) y en la que de algún modo se intuye ‘la dinámica ‘esposal’ (DD 11). del Dios misericordioso con la criatura y sobre todo con el hombre creado a su imagen y cumbre de la creación. El descanso del sábado supone el trabajo realizado perfectamente, acompañado de la complacencia gozosa y contemplativa. En él se vislumbra ya una alianza esposal entre Dios y el hombre.

El AT relaciona el precepto del ‘shabbat’ no sólo con el misterioso ‘descanso’ de Dios después de la creación (Cfr. Ex 20, 8-11), sino también con la salvación ofrecida a Israel para liberarlo de la esclavitud de Egipto (Cfr Dt 5, 12-15). Dios *descansa* el séptimo día *gozando* por su creación y *manifiesta su gloria* liberando a sus hijos de la esclavitud de Egipto. En ambos casos *se manifiesta como el esposo ante su esposa* (Cfr. Os 2, 16-24; Jr 2, 2; Is 54, 4-8; nota 12 DD 12). El ‘shabbat’ comporta una profunda orientación esposal entre Dios y su pueblo tanto en el AT, como en el NT. Oseas 2, 20-22 lo expresa con toda claridad. La esposalidad se apoya en el amor fiel y misericordioso de Dios.

El precepto del sábado se basa ‘en la profundidad del designio de Dios’ (DD 13). Por eso, el sábado no se sitúa entre los ordenamientos meramente

culturales, sino dentro del Decálogo, que *marca los fundamentos* de la vida moral inscrita en el corazón de cada hombre. Este mandamiento en la perspectiva de las estructuras fundamentales de la ética, Israel y luego la Iglesia lo consideran ‘una expresión específica e irrenunciable de su relación con Dios, propuesta por la revelación bíblica’ (DD 13). Los cristianos han de descubrir hoy este precepto en esta perspectiva. Su sentido profundo se descubre desde la fe, de lo contrario se corre el riesgo de banalizarlo.

El sábado pertenece a los mandamientos que *marcan el comportamiento moral* del israelita creyente; la Biblia lo señala como un *elemento específico e irrenunciable* de la relación del hombre con Dios, que la Iglesia promueve y ha de garantizar.

El día del descanso tiene su peculiaridad en que es el día ‘bendecido’ y ‘santificado’ por Dios, separado de los demás días para ser el ‘día del Señor’ entre todos (cfr. DD 14). La bendición y santificación del séptimo día por Dios supone una *bendición especial*, por la que lo hace ‘su día’ por excelencia, entendiéndolo en la dinámica profunda del diálogo ‘esposal’ (DD 14). Es un diálogo amoroso que no se interrumpe, pero conoce las diversas etapas y reacciones del amor nupcial.

Aunque la relación del hombre con Dios creador debe ser ininterrumpida, con todo, el ‘día del Señor’ es el *día por excelencia de esta relación* en la que el hombre alaba a Dios, haciéndose voz de toda la creación. Por eso, es también

*el día del descanso.* La interrupción del trabajo expresa con lenguaje de “novedad” y “desapego” reconocer la dependencia propia y del cosmos respecto a Dios (Cfr. DD 15). El día del Señor pone de relieve continuamente *este principio*: “¡*Todo es de Dios!*” (DD 15). El “shabat” hace memoria de “*que el tiempo y la historia pertenecen a Dios*” (DD 15) y el hombre debe tomar constantemente conciencia de tal verdad. Estos contenidos y actitudes debemos recogerlos en el domingo cristiano.

El libro del Ex 20, 8, antes de imponer la observancia del sábado, señala algo que *recordar*. Invita a recordar la obra grande y fundamental de Dios: la creación. “Es un recuerdo que debe animar toda la vida religiosa del hombre, para confluir después en el día en que el hombre es llamado a *descansar*” (DD 16). Es un descanso con valor sagrado; al fiel se le invita a descansar no sólo *como* Dios lo hizo, sino “*en el Señor*” (DD 16), conectando con él todo lo creado “en la alabanza, acción de gracias, en la intimidad filial y en la amistad esponsal” (DD 16).

En el Deuteronomio (5, 12-15), el “recuerdo” y el fundamento del precepto de santificar el sábado se apoya *más* en la obra de la liberación, realizada por Dios en Egipto. Esta doble perspectiva considerada unitariamente manifiesta el sentido del “día del Señor” con su teología de la creación y de la salvación. El contenido del precepto no es en primer lugar una *interrupción* del trabajo, sino la *celebración* de las maravillas realizadas por Dios.

En la medida en que este “recuerdo” agradecido y lleno de alabanza a Dios, está vivo, el descanso del hombre, en el día del Señor, asume también su pleno significado (Cf. DD 17).

Ya que el tercer precepto del Decálogo depende esencialmente del recuerdo de las obras salvíficas de Dios, los cristianos, conscientes de la originalidad del tiempo nuevo y definitivo iniciado por Cristo, han tomado como festivo el primer día después del sábado, día de la resurrección. El misterio pascual de Cristo *revela* plenamente el misterio de los orígenes del cosmos, es el punto culminante de la historia de la salvación y la anticipación del final definitivo del mundo. La creación y el Éxodo encuentran su realización plena en la muerte y resurrección de Cristo; la definitiva se descubrirá sólo en la *parusía*. En Cristo “se realiza plenamente el sentido ‘espiritual’ del sábado” (DD 18). La persona de Cristo es *nuestro verdadero sábado* (San Gregorio Magno). Por ello, el gozo con que Dios contempla la creación en el primer sábado de la historia, está plasmado en el gozo de Cristo, el domingo de Pascua, al aparecerse a los suyos dándoles la paz y el Espíritu (cfr Jn 20, 19-23).

A la luz del misterio pascual, el sentido del precepto del AT sobre el día del Señor “es recuperado, integrado y revelado plenamente en la gloria que brilla en el rostro de Cristo resucitado” (DD 18) (cfr 2 Co 4, 6). Se pasa del “shabat” al “primer día después del sábado” (domingo); del día séptimo al primer día: el *dies Domini* se convierte en el *dies Christi* (Cfr DD 18).

*Preguntémonos:*

¿Vamos descubriendo el domingo como día de admiración, asombro y acción de gracias a Dios por la obra de la creación? ¿Recordamos cada domingo la obra de la redención realizada en la pasión, muerte y resurrección de Cristo?

¿Descubrimos el domingo como el día por excelencia de relación amorosa con Dios, para confesar con gozo y de modo adorante que todo le pertenece? ¿Nos abrimos el domingo a un descanso “en el Señor”, es decir, lleno de alegría,

que busca alabarle, darle gracias, vivir con él una relación íntima y amorosa?

¿Vamos intuyendo que sólo Cristo resucitado y glorioso realiza plenamente el contenido espiritual del sabbado judío? ¿Sabríamos explicar a otros que Cristo resucitado es nuestro verdadero sabbado? ¿No será el sabbado definitivo, cuando nos encontremos con Cristo en la gloria del cielo? ¿Qué cualidades tendrá este encuentro?

## AÑO JUBILAR DE SAN ROSENDO 2007

*Publicamos una nueva Homilía de las pronunciadas durante la Novena de San Rosendo en Celanova*

*Día 21 de febrero de 2007. Antonino Eugénio Fernandes Dias, Bispo Auxiliar da Arquidiocese de Braga.*

### “A Transmissão da Fé na Família”

Hoje é quarta-feira de cinzas. Sinto-me muito honrado com o convite para presidir a este segundo dia da Novena em honra do S. Rosendo, aqui, em Celanova, nesta Diocese de Orense com cujo Pastor, o Senhor Bispo, convivi durante o dia de hoje. Saúdo o Rev.do Pároco, os Sacerdotes presentes e a todos vós, devotos de S. Rosendo.

Ouvimos proclamar a Palavra de Deus. Este é, na verdade, o momento da Palavra que implica concentração, silêncio interior e reflexão para ser assimilada e traduzida em atitudes de vida. Como sabemos, o mundo fala muito e muito alto. E pensa que quanto mais fala e mais alto falar, mais razão tem. Deus não é assim. Deus fala no silêncio. Naquele silêncio fecundo onde ecoa a Sua Palavra que gera paz, serenidade, alegria, compromisso e entusiasmo pela vida. Não há liturgia sem Palavra. Não há Sacramentos sem Palavra. E se tivéssemos que optar entre Palavra e Sacramentos, melhor seria, talvez, optar pela Palavra. É a Palavra que nos esclarece, nos fortalece interiormente, nos anima, nos converte, aumenta em nós a fé e nos leva à celebração da mesma fé.

É a Palavra que gera a cultura na fé e faz crescer a qualidade de vida pessoal e das nossas comunidades. Há zonas onde há muito culto e pouca cultura na fé. Ora, o culto sem cultura na fé, alimenta o culto ao culto, o culto ao rito, faz-nos fariseus e deixa-nos cair na superstição que é a mais triste degenerescência da fé cristã. Mais: muita gente, dentro desta falta de formação na fé, faz da igreja uma espécie de agência funerária. Só lá vai para rezar pelos mortos, pelos “seus mortos”. Não sei quantas das esposas que aqui estão vieram a esta igreja participar na Eucaristia para rezar pela santificação do seu marido ou o marido pela santificação da sua esposa. Quantas vezes os casais que aqui estão se convidaram mutuamente para virem até aqui participar na Eucaristia rezando pela salvação dos seus filhos, pela conversão dos pecadores, pela paz... Quantas vezes pais e filhos se convidaram para virem juntos passar meia hora que fosse diante do Santíssimo Sacramento? ... Quantas vezes vós, jovens, entraste também aqui, sozinhos ou com o namorado ou a namorada, para agradecerdes ao Senhor o dom da vida e Lhe pedirdes ajuda para bem discernir sobre as opções fundamentais da vida e concretizardes com exigência os projectos de futuro? Infelizmente, grande parte da gente só vem ao templo para rezar pelos mortos. Esquece-se de dar graças, de rezar os acontecimentos da vida e de rezar pelos vivos...

E a propósito: se este é o momento da Palavra – responda cada um para si: o que dizia a primeira Leitura?... Qual era o sentido do Salmo?... E o que dizia o Evangelho?...

Deram-me como tema para este segundo dia da novena: “A transmissão da fé na família”. Como sabemos, S. Rosendo foi educado numa família verdadeiramente cristã e assimilou o essencial para viver a sua fé com exigência e dignidade. Se alguma pergunta séria e coerente nós podemos fazer, aqui, junto da sua imagem e das suas relíquias é esta: se ele é Santo, por que não eu? Por que não tu? O que é que nos falta? Não temos a mesma fé? Não acreditamos na mesma Igreja? Não temos os meus Sacramentos e a mesma Palavra? Sim, o que nos falta? Talvez nos faltem, isso sim, convicções firmes, fé esclarecida e vontade forte para caminhar...

Tentemos ligar o tema com a Palavra proclamada.

João Paulo II referia na Carta às Famílias que a educação religiosa e a catequese dos filhos colocam a família no seio da Igreja como um verdadeiro agente de evangelização e de apostolado. E mesmo quando confiam essa missão a outros, é necessário que a sua presença educativa continue constante e activa. Na Exortação Apostólica sobre a Família Cristã, afirmava que a Família é a primeira comunidade chamada a anunciar o Evangelho à pessoa humana em crescimento e a levá-la, através de uma catequese progressiva à plenitude da maturidade humana e cristã.

O Encontro Mundial das Famílias com o Santo Padre Bento XVI, em Valência, em Julho passado, debruçou-se sobre esta temática, que passa pelo testemunho alegre e feliz e pela Palavra vivida e convincente

Caros amigos: hoje, quarta-feira de cinzas, é dia de jejum e abstinência. Damos início à Quaresma que nos prepara para a grande Festa da Páscoa. Se a família cristã é o primeiro espaço que fomenta a cultura da fé e o faz tanto mais quanto mais se amam uns aos outros, responde para ti: como se viveu em tua casa este dia de jejum e abstinência que está a terminar?... Como falastes disto aos teus familiares?... Será que os teus filhos, grandes ou pequenos, foram alertados para a necessidade de viver bem este dia?... E tu, como o viveste?... Hoje começa a Quaresma: qual é o teu programa para este tempo favorável? Nenhum? Não te diz respeito? Vai tudo ser igual? Não precisas de conversão?... E a tua família? Não precisará ela do teu apelo, estímulo e testemunho?

O Evangelho apresentava-nos como programa da Quaresma a esmola, a oração, o jejum, o combate à hipocrisia, a ostentação e o ritualismo. As cinzas lembraram-nos que somos pó e fizeram-nos apelo à conversão. Assumir estes desafios é um dever para o cristão coerente e para as famílias - pequeninas igrejas domésticas.

Transmitir a fé em família passa sobretudo por este testemunho quotidiano e persistente. Dizia Paulo VI que o mundo



de hoje ouve mais as testemunhas do que os mestres e se ouve os mestres é porque estes também são testemunhas.

Sentindo-me em Família e manifestando a alegria de estar convosco, termino lembrando o que afirmou Paulo VI: “Mães, ensinai aos vossos filhos as orações do cristão? Em consonância com os Sacerdotes, preparai os vossos filhos para os sacramentos da primeira idade: confissão, comunhão, crisma? Habituai-los, quando enfermos, a pensar em Cristo

que sofre, a invocar o auxílio de Nossa Senhora e dos Santos? Rezais o terço em família? E vós, Pais, sabeis rezar com os vossos filhos, com toda a comunidade doméstica, pelo menos algumas vezes? O vosso exemplo, na rectidão do pensamento e da acção, acompanhada com algumas orações comuns, tem o valor de uma lição de vida, tem o valor de um acto de culto de mérito particular; levai assim a paz às paredes domésticas: “Pax huic domui!”. Recordai: deste modo construí a Igreja!” (cf. FC 60).

+ Antonino Eugénio Fernandes Dias  
Bispo Auxiliar da Arquidiocese de Braga



IGLESIA EN ESPAÑA

---



## IGLESIA EN ESPAÑA

### *«Sobre el grave problema del aborto»*

#### *Nota de los obispos de la Provincia Eclesiástica de Madrid*

La Iglesia, fiel al evangelio de la vida, ha proclamado siempre que sólo Dios es el Señor y Dueño de la vida y de la muerte de los hombres: «Yo doy la muerte y doy la vida», dice el Señor . Por ello, al mismo tiempo que reconoce la soberanía de Dios sobre la vida y muerte de los hombres, la Iglesia ha condenado siempre los ataques contra la vida del hombre, que en nuestra sociedad parecen haber entrado en una espiral imparable. No en vano, Juan Pablo II, calificó como «cultura de muerte» , las corrientes actuales que presentan los atentados directos a la vida como reivindicaciones modernas amparadas en «un concepto perverso de libertad» . El Papa Benedicto XVI, en su mensaje para la jornada de la Paz de este mismo año, presentaba los ataques a la vida humana como atentados directos a la paz que todos anhelamos: «Hay muertes silenciosas provocadas por el hambre, el aborto, la experimentación sobre los embriones y la eutanasia. ¿Cómo no ver en todo esto un atentado a la paz? El aborto y la experimentación sobre los embriones son una negación directa de la actitud de acogida del otro, indispensable para establecer relaciones de paz duraderas» .

Entre estos atentados contra la vida, el aborto reviste una especial gravedad, por lo que el Concilio Vaticano II no duda en calificarlo de «crimen nefando» . En razón

de su intrínseca malicia y de la injusta y terrible indefensión que sufre quien debería recibir todos los cuidados de la familia, de la sociedad y del Estado para alcanzar la meta de la gestación y ser alumbrado a la vida, la Iglesia lo condena con la pena de la excomunión de quienes lo practican y colaboran directamente en él . Los obispos de la Provincia Eclesiástica de la Madrid ya nos vimos obligados a hablar sobre este tema anteriormente . Desgraciadamente, la situación desde entonces ha ido a peor, por lo que consideramos necesario recordar el Magisterio de la Iglesia y exhortar a los cristianos y personas de buena voluntad que quieran escucharnos a tomar conciencia de la gravedad del problema. No podemos acostumbrarnos a situaciones inmorales, ocasionadas por leyes injustas; tampoco podemos pensar que nada se puede hacer por cambiar el rumbo de la sociedad en cuestiones que ponen en peligro el fundamento de la misma sociedad, como es el derecho a la vida.

### **1. Los datos**

Queremos destacar, en primer lugar, la malicia real del fenómeno y su extensión: no estamos ya ante el aborto como un hecho inicuo que se comete de forma particular, sino de una realidad de enormes proporciones que busca su propia justificación al margen de la Ley de Dios y de los más elementales principios morales.

Hemos de tomar conciencia de que el aborto es una auténtica estructura de pecado, que «busca la deformación generalizada de las conciencias para la extensión de su maldad de modo estable». Después de veinte años de la ley de despenalización del aborto en España (1985), se constata el ritmo constantemente creciente de los abortos llamados «legales» en nuestro país, y en nuestra comunidad autónoma. Se ha extendido la consideración del aborto como recurso fácil ante la dificultad de un embarazo no deseado.

Los datos sobre el aborto en España y en nuestra Comunidad son harto elocuentes. En España se ha llegado en el año 2004 a la cifra de casi 85.000 abortos anuales, de los cuales 16.228 se han realizado en la Comunidad Autónoma de Madrid. Sólo en cinco años se ha producido un incremento de un 45 %; una evolución acelerada que muestra una sociedad a la deriva que ha aceptado como normal una violación tan grave contra la vida humana. En estos años de aplicación de la ley de despenalización del aborto ya se han producido en España más de un millón de muertes por aborto.

En lo que corresponde a nuestra Comunidad, existe un incremento notable de los abortos tardíos (de fetos de más de dos meses -9 semanas- de gestación) que alcanzan ahora el 41% (6.619 abortos) de los totales, cuando el año 2000 eran poco más del 33%. En una sola clínica de Madrid se producen 40 abortos diarios de muy avanzado estado. La cifra de abortos realizados por madres menores de 19 años

(1.765) representa ya el 11% del total. Y ha crecido el tanto por ciento de personas paradas que acuden al aborto (2.092) que suma un 13% del total e indica el aumento de número de personas emigrantes que se ven empujadas a cometerlo.

Estas cifras manifiestan que nos encontramos de hecho ante el aborto libre, lo cual es un fraude de ley. Son datos que revelan la incapacidad de la autoridad pública de defender la vida del no nacido y una ineficacia enorme en la prevención de los embarazos no deseados. Detrás de estas estadísticas oficiales, se oculta una tremenda realidad que es necesario recordar: los dramas familiares y las secuelas enormes de las personas más afectadas, que han tomado la decisión de deshacerse del fruto de la concepción y que arrastran su culpa. El denominado «síndrome postaborto» es ya suficientemente conocido, una manifestación clamorosa de la gravedad de lo realizado y que la sociedad pretende silenciar.

## 2. Un creciente desprecio a la vida

Hablar del aborto en la actualidad nos obliga a denunciar nuevas situaciones donde el desprecio a la vida es especialmente manifiesto y que deben considerarse como nuevas formas de aborto. Por una parte, los efectos psíquicos del aborto tan bien comprobados han conducido a buscar un aborto menos «traumático» que los evite. De ahí la extensión de las «pastillas abortivas» en sus dos tipos principales: la primera (comercializada como RU-486), que se toma directamente tras la compro-

bación de un embarazo y que mediante tratamientos hormonales provoca el desprendimiento del embrión que había anidado en el seno materno. Por ser un tratamiento bastante agresivo, no ha tenido la aceptación que se esperaba, pues necesita un seguimiento médico con lo que conlleva una clara conciencia de lo que se está cometiendo: un aborto.

El segundo modo de llevarlo a cabo es la denominada «píldora del día después», que se quiere presentar como un anticonceptivo de emergencia en las denominadas «relaciones de riesgo». Es una pastilla que busca impedir la anidación del embrión en el caso de haberse producido la concepción, por lo que se induce directamente el aborto y quien la toma acepta implícitamente esta posibilidad.

Lamentamos profundamente la ligereza con que las Administraciones Públicas han procedido respecto a estos atentados contra la vida humana. Se ha permitido la comercialización de la píldora abortiva; además, se ha promocionado y facilitado gratuitamente la píldora del día después incluso a menores de edad sin informar a los padres. Tampoco se informa con rigor a quienes la piden de los graves efectos secundarios de este tipo de fármacos.

Es evidente que estas prácticas obedecen a una ética social utilitarista que, con tal de evitar la carga de un niño a una persona que no lo deseaba, no le importa eliminarlo, pensando que con ello se acaba el problema. Tiene además la ventaja política de que, con evidente incoherencia, no

se cuestiona la clara ilegalidad de muchas de estas intervenciones que no se ciñen a las despenalizadas por la ley, pero que se las considera equivocadamente como un simple tratamiento sanitario que no necesitaría otra aprobación que la del médico.

Por último, hemos de lamentar la ampliación de la ley sobre técnicas de reproducción asistida (14/2006 de 26 de mayo) conducente, casi exclusivamente, a abrir el uso de los denominados embriones sobrantes a la experimentación científica.

En este punto hay que ser especialmente claros con el lenguaje. Se emplea el término «preembrión» para sugerir un estado anterior al de embrión, que debería contar con una protección menor, aunque los legisladores saben que esta terminología va contra los datos científicos. La misma existencia de embriones congelados «sobrantes» muestra el criterio pragmático de producción inhumana que se aplica en estas técnicas. Según esta mentalidad, se busca el uso productivo de los embriones sobrantes: un «material biológico» para experimentación. Ésta se califica con engaño como «terapéutica» cuando todavía de ella no se ha conseguido ninguna práctica curativa y ni siquiera se prevé a medio plazo. Se dan informaciones sobre «células madres» de modo indiferenciado, sin aclarar que son las procedentes de cuerpos adultos, no las embrionarias, las que ya han dado importantes resultados curativos.

En la ley se emplean circunloquios para ocultar que se permite de hecho la clona-

ción humana con un pretendido sentido «terapéutico» de curar a un adulto. Se trata de dejar una puerta abierta a una técnica especialmente aberrante de manipulación genética y que ni siquiera entre animales tiene ninguna aplicación terapéutica previsible a medio plazo. Se ha aprobado también la fabricación de «bebés medicamento»: aquéllos que se eligen entre los demás por tener una carga genética que permite curar la enfermedad de algún hermano. Esta práctica es inmoral porque se realiza mediante un proceso eugenésico que desprecia los demás embriones producidos por considerarlos inservibles para el único fin que se busca y termina también con el seleccionado.

Hemos de reconocer en todo ello una falta gravísima de protección de los derechos del embrión al que se trata, en la cuestión del aborto, como una vida sin importancia y, en la actual ley de técnicas de reproducción asistida, simplemente como una cosa. Una falta de protección de un ser humano embrionario que contrasta cruelmente con los cuidados prestados a embriones animales, mucho más protegidas por la ley que los humanos.

### 3. Graves responsabilidades públicas

Ante esta situación tenemos que recordar la grave responsabilidad de los legisladores que aprueban estas leyes gravemente injustas que crean una gran violencia interna en la sociedad y con las cuales se aplasta sin más los derechos de los que no tienen voz. Es un modo totalitario de legislar que olvida el principio primero de la

justicia que reside en el derecho a la vida, fundamento de todos los demás.

Igualmente, hemos de llamar la atención a los gobernantes porque en el modo de aplicar la ley vigente del aborto se lleva a cabo un enorme fraude de ley, ya que en 2004 el 96,7 % de los abortos se produjeron por peligro en la salud física o psíquica de la mujer. No se vigila entonces el cumplimiento exacto de los supuestos de la ley, con lo que la protección del nasciturus, reconocida por el Tribunal Constitucional como uno de sus derechos (Sentencia 53/1985, de 11 de abril), es nula en la práctica.

Constatamos el crecimiento de los debates en temas bioéticos y la aparición de muchos comités de ética para dar solución a estos graves problemas. En este campo se siente la necesidad urgente de una aclaración ética en el ámbito social. Corresponde a los especialistas cristianos en estos temas, entrar en ellos e influir, con fidelidad al magisterio y desde la profunda sabiduría evangélica, para recuperar la importancia de la dimensión moral propia de las profesiones relacionadas con la vida: médicos, personal sanitario, biólogos e investigadores.

A los médicos y personal sanitario, al tiempo que les agradecemos su servicio a la vida, les pedimos que no claudiquen ante concepciones materialistas de la vida y pongan todos sus esfuerzos en la defensa de la vida como don de Dios. No son meros técnicos que aplican un protocolo; deben conservar siempre las convicciones



morales básicas recogidas en el juramento hipocrático. Que ejerzan, cuando proceda, la objeción de conciencia; a nadie se le puede obligar a atentar contra la vida de otro ser humano. Esto se extiende también a los farmacéuticos que no son meros comerciantes, sino profesionales al servicio de la salud. Tanto la píldora abortiva como la del día después no son medicinas; por ello, no existe obligación alguna de distribuir las y sí el deber moral de no venderlas en una acción que sería una cooperación formal con el mal del aborto.

Nuestro pensamiento se dirige también hacia quienes se ven más afectadas por el mal del aborto: las madres gestantes. Muchas veces estas personas se ven presionadas fuertemente y sin ayuda externa, de tal modo que se sienten psicológicamente obligadas a ceder al aborto. En ese caso la responsabilidad moral afecta particularmente a quienes las han forzado a abortar. Un estudio detallado de las causas que llevan a las mujeres a tomar la decisión de abortar muestra que las razones por las que se llega a este extremo son de orden económico y de carencia de auténtica formación afectiva y sexual. Es decir, las políticas sociales se han mostrado muy ineficaces.

Paradójicamente, se gastan ingentes cantidades en «producir» niños y no se ofrecen casi recursos de ayuda a las madres embarazadas sin posibilidades. En la Comunidad Autónoma de Madrid, se ha activado la denominada «redmadre» -con una mayoría de asociaciones de inspiración directamente cristiana- para procurar

una ayuda global a las jóvenes embarazadas sin recursos: el sector de población que accede más al aborto. Hemos de felicitar a los que han hecho posible esta iniciativa y esperamos que crezca, también en dotación económica, como alternativa real al aborto, de forma que nadie elija este camino por carencias económicas o de información de asistencia social.

Un fracaso notable de nuestra sociedad es el intento de reducir la tasa de embarazos no deseados entre adolescentes, que sigue creciendo. Es un indicio claro de la carencia de educación moral en nuestro sistema educativo y en la sociedad en general. Se reduce la educación afectivo-sexual a una pura información de las técnicas para evitar un embarazo en una relación sexual. Así se favorecen conductas irresponsables que terminan lamentablemente en el drama del aborto. Por el contrario, la experiencia comprobada de una educación afectivo-sexual basada en la concepción cristiana del hombre y en la virtud de la castidad tiene una eficacia muy notable en la reducción de embarazos no deseados.

#### 4. Una llamada a defender la vida

Al describir esta situación queremos, como pastores del Pueblo de Dios, que nuestros fieles tomen conciencia del enorme desafío que suponen estos problemas ante los que no podemos permanecer impasibles. La sociedad está dañada gravísimamente por el aborto; se trata de un «peligro gravísimo y mortal, el de la confusión entre el bien y el mal

en relación con el mismo derecho fundamental a la vida».

Es preciso responder desde la fe mediante el anuncio gozoso del Evangelio de la vida, capaz de llevar al hombre a la plenitud de su existencia en la tierra, y a la participación en la vida más allá de la muerte. La Iglesia es el lugar donde mana abundantemente la vida que procede del Espíritu Santo, el Señor vivificante. La Iglesia es el «pueblo de la vida» y el «pueblo para la vida»; sabe reunir a todas las personas que reconocen en la vida un don precioso. Os exhortamos, pues, a adquirir un «corazón que ve» y sabe apreciar con mirada contemplativa el don de la vida que tiene su fuente verdadera en la vida de Dios y es, por ello, una realidad sagrada e indisponible. De aquí nace el anuncio del Evangelio de la vida en la enseñanza, la catequesis y la formación de la conciencia.

La Iglesia ha respondido al desafío de las distintas revoluciones sexuales de la historia con el llamamiento a una fuerte

espiritualidad que reconozca la vida como un don precioso de Dios y la relación que existe entre la acogida agradecida de la vida y la vocación al amor. Por ello, gasta sus energías en una auténtica formación sobre el amor y la vida según el plan de Dios.

Animamos, pues, a padres y educadores, a dedicar sus mejores energías en la formación afectivo-sexual de niños, adolescentes y jóvenes. Se trata de enseñarles a interpretar sus deseos más profundos del corazón en los que existe un lenguaje del amor puesto por Dios. Sin esta educación básica difícilmente aceptarán las exigencias del Evangelio de la vida en el momento de fundar un hogar y realizar su vocación de padres cristianos. Educar para el amor y la vida es una tarea hermosa, pues de ella depende la creación de una sociedad en la que el hombre sea amado por sí mismo, como hijo de Dios, llamado a participar en su misma vida, que recibimos como don sagrado cuando el Hijo de Dios tomó carne en las entrañas de la Virgen María.

Madrid, a 25 de marzo de 2007, Solemnidad de la Encarnación del Señor.

- + Antonio María Rouco Varela, *Cardenal Arzobispo de Madrid*
- + Jesús E. Catalá Ibáñez, *Obispo de Alcalá de Henares*
- + Joaquín M<sup>a</sup> Lz. de Andújar y Canovas del Castillo, *Obispo de Getafe*
- + Fidel Herráez Vegas, *Obispo Auxiliar de Madrid*
- + Cesar A. Franco Martínez, *Obispo Auxiliar de Madrid*
- + Eugenio Romero Pose, *Obispo Auxiliar de Madrid*
- + Rafael Zornoza Boy, *Obispo Auxiliar de Getafe*

*El Rev. P. Santiago Agrelo Martínez, O.F.M.  
nombrado Arzobispo Metropolitano de Tánger*

El Rev.do P. Santiago Agrelo Martínez, O.F.M., nació el 20 junio 1942. Inició estudios en el Seminario Menor franciscano de Herbón-Padrón (Coruña); estudió la Filosofía y la Teología en el Teologado franciscano de Ponteareas (Pontevedra) y en la Universidad Pontificia de Salamanca. Se especializó en Liturgia en el Anselmiano de Roma, obteniendo el Doctorado. Pertenece a la Orden de los Frailes Menores de la Provincia de Santiago de Compostela, en la cual emitió sus votos solemnes el 23 diciembre de 1963. Fué ordinado sacerdote en Salamanca el 13 de agosto de 1966.

Durante muchos años ejerció de profesor de Liturgia en el Antonianum

de Roma y, desde 1986, és profesor de Liturgia y de Teología Espiritual en el Instituto Teológico de Santiago de Compostela. Fué Director Espiritual del Seminario Menor franciscano de Herbón; Maestro-formador en Santiago; Secretario Provincial; Definidor provincial; Vicario provincial; Moderador para la formación permanente. A demás, ha sido Visitador General de la Provincia franciscana de Portugal y del Pontificio Ateneo Antonianum en Roma. Ha sido también Ecónomo de la Provincia de Santiago. Actualmente, ejerce de Párroco en varias parroquias rurales de la Archidiócesis de Santiago de Compostela.

## ARZOBISPADO CASTRENSE

### EDICTO

Don FRANCISCO PÉREZ GONZÁLEZ, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo Castrense.

HACEMOS SABER:

Que habiéndose anunciado por la Resolución 431/38030/07, de 14 de marzo, B.O.E. del 21 de marzo, la convocatoria de diez plazas para el acceso de sacerdotes en calidad de Capellanes vinculados con carácter temporal, al Servicio de Asistencia Religiosa en las Fuerzas Armadas, a propuesta de este Arzobispado, y en virtud de lo que establece el artículo 5º del Real Decreto 1145/1990, de 7 de septiembre, B.O.E. 227, de 21 de septiembre de 1.990, publicamos el siguiente Edicto.

#### Preliminares

1.- La Jurisdicción Eclesiástica Castrense, hasta el Convenio entre la Santa Sede y el Estado Español del día 5 de agosto de 1.950, se basó durante siglos, jurídica y canónicamente, en sucesivos Breves y Bulas Pontificias; con el citado Convenio de 1.950 la Sede Apostólica constituye en España el Vicariato Castrense para la atención espiritual de los Ejércitos. El Concordato de 1.953 entre la Santa Sede y el Estado Español incorpora lo convenido sobre la Jurisdicción Eclesiástica Castrense y la asistencia religiosa a los Ejércitos.

El Acuerdo entre el Estado Español y la Santa Sede sobre la asistencia religiosa a las Fuerzas Armadas, de 3 de enero de 1.979, se propuso actualizar las disposiciones hasta entonces vigentes y abrió una nueva etapa de revisión y de adecuación del sistema a las nuevas necesidades, dimanadas de la Constitución Española, de 6 de Diciembre de 1.978 y del cambio en la sociedad y en las FAS.

Por su parte, la Santa Sede decidió adaptar la concepción de la Asistencia Religiosa, a los nuevos condicionantes de la institución militar y de la sociedad contemporánea mediante la Constitución Apostólica “*Spirituali Militum Curae*”, de 21 de Abril de 1.986; promulgando asimismo unos Estatutos para España, de 14 de Noviembre de 1.987, por los cuales se declara constituido el Arzobispado Castrense de España, asimilado a la Iglesia particular en todos sus aspectos.

- 2.- En cuanto a la renovación de la normativa legal civil, prevista en el citado Acuerdo de 3 de Enero de 1.979, el Gobierno Español se inclinó finalmente por un modelo de Servicio Religioso Castrense, alternativo seguido en la disposición final séptima de la Ley 17J1989, de 19 de julio (B.O.E. 127, 20 de julio 1.989) y creado por Real Decreto 1145/1990 (B.O.E. 227, 21 de septiembre 1.990) y por la Ley 17/1999, de 18 de Mayo (B.O.E. 119, 19 de mayo 1999), con un sistema de incorporación de Sacerdotes y un régimen para que éstos ejerzan como Capellanes Castrenses que, emanando de la iniciativa y responsabilidad de la Administración del Estado, fue considerado por la Santa Sede como instrumento apto para que se preste a las Fuerzas Armadas en España fa Asistencia Religiosa y Pastoral convenida en el citado Acuerdo de 3 de enero de 1.979.

A fin de cumplimentar lo que se establece en dicho Real Decreto, se ha procedido a convocar anualmente plazas de Capellanes temporales, que se fija para 2.006 en el número de diez plazas, las cuales habrán de cubrirse de conformidad con el siguiente procedimiento:

### **Condiciones de los aspirantes**

- 3.- Los aspirantes deberán reunir las condiciones que se indican:
- 3.1.- Ser Sacerdote de nacionalidad española.
  - 3.2.- No tener cumplidos más de cincuenta años de edad en el momento de la admisión de la instancia.
  - 3.3.- No haber sido separado del servicio en ningún Centro o Institución de las Administraciones Públicas.
  - 3.4.- Comprometerse a prestar servicio con total disponibilidad y dedicación plena.
  - 3.5.- Superar las pruebas médicas y el examen psicotécnico pertinente. Éstas se realizarán en el centro médico que se determine.

### **Criterios de evaluación**

- 4.- La evaluación de candidatos se ajustara a los siguientes criterios:
- 4.1.- Calificación de la actividad pastoral desarrollada hasta el momento.

4.2.- Valoración de los méritos académicos, científicos y profesionales, según baremo que aparece al final de este Edicto.

4.3.- Consideración de la trayectoria ministerial y personal realizada durante el tiempo de prestación de Servicio en las Fuerzas Armadas, si ésta hubiere tenido lugar.

4.4.- Capacitación Teológico-Pastoral.

a) Memoria analítica de las líneas pastorales que enmarcaron el desarrollo de la labor ministerial.

b) Diseño de un plan de pastoral juvenil a desarrollar dentro del Servicio Religioso en las Fuerzas Armadas.

4.5.- Entrevista personal con los distintos Capellanes designados a tal efecto por el Arzobispo Castrense.

### **Instancias**

5.- Las instancias y documentación anexa:

5.1.- Los aspirantes dirigirán sus instancias al Arzobispo Castrense (Arzobispado Castrense, C/ Nuncio, número 13, 28005 Madrid), dentro de los sesenta días naturales siguientes a la publicación de esta convocatoria, según modelo que se publica en el “Boletín Oficial del Estado” número 69, de 21 de marzo de 2.007.

5.2.- Con las instancias se presentarán los siguientes documentos:

a) Partida de nacimiento y bautismo legalizadas.

b) Título de ordenación de presbítero o certificado supletorio.

c) Autorización de su Obispo respectivo para acceder al Servicio de Asistencia Religiosa a las Fuerzas Armadas como Capellán con carácter temporal. Si el Sacerdote perteneciera a alguna Congregación o Instituto Religioso establecido canónicamente, esta autorización deberá ser concedida por el Superior Jerárquico correspondiente.

- d) Certificación de estar en uso de las debidas licencias ministeriales, emitido en fecha posterior a la publicación de esta convocatoria.
- e) Certificación completa de estudios eclesiásticos.
- f) Certificación de grados académicos en Ciencias Eclesiásticas si los tuviere.
- g) Certificados acreditativos, en su caso, de otros grados y méritos académicos, científicos y profesionales.
- h) Fotocopia del documento nacional de identidad y tres fotografías del interesado, con traje eclesiástico, iguales y de fecha reciente, tamaño carné, de frente y descubierto, escritas al dorso con el nombre y dos apellidos.

5.3.- A la recepción de las instancias, el Arzobispo Castrense, dentro de los veinte días naturales siguientes, acusará recibo de las mismas por conducto telegráfico o postal. Pasado este plazo, los aspirantes que no lo hubieren recibido podrán recabar noticias sobre ello.

### **Admisión**

6.- En cuanto a la admisión de candidatos:

6.1.- Una vez aceptadas las instancias, el Arzobispo Castrense comunicará a los solicitantes, en el plazo de treinta días naturales, el lugar, la fecha y la hora de su presentación.

6.2.- Superadas las pruebas médicas y una vez realizada la pertinente evaluación, se procederá a la designación de los candidatos más idóneos.

6.3.- Antes de que la admisión sea efectiva, el Arzobispo Castrense recabará las informaciones eclesiales que considere oportunas.

6.4.- Los admitidos realizarán durante un período de tres años, mediante cursillos, un plan orgánico de formación y capacitación teológico-pastoral y castrense.

### **Baremo**

7.- Baremo de valoración de títulos y méritos:

- a) Doctorado en alguna de las disciplinas eclesiásticas: 3 puntos.
  - b) Licenciado en alguna de las disciplinas eclesiásticas: 2 puntos.
  - c) Doctorado en alguna de las disciplinas civiles: 2 puntos.
  - d) Licenciado en alguna de las disciplinas civiles: 1 punto.
  - e) Publicación de un libro de tema religioso: 0,75 puntos.
  - f) Publicación de una serie de artículos de tema religioso: 0,5 puntos.
  - g) Otras publicaciones: 0,25 puntos.
  - h) Realización cualificada de alguna tarea pastoral de especial relevancia: 1,5 puntos.
  - i) Especialización acreditada en algún campo pastoral: 1 punto.
- 8.- Una vez seleccionados los solicitantes, y en la fecha que fije el Ministerio de Defensa, tendrá lugar ante éste la firma de un compromiso con los admitidos propuestos por el Arzobispo Castrense. Tal compromiso tendrá una duración máxima de ocho años, rescindible transcurrido cada año de permanencia, a petición propia o a propuesta del Arzobispo Castrense.

La entrada en servicio de los candidatos admitidos tendrá lugar el 1 de septiembre de 2007.

En Madrid, 26 de marzo de dos mil siete.

+ Francisco Pérez González  
Arzobispo Castrense

Por mandato de S.E. Rvdma.  
EL SECRETARIO GENERAL  
Carlos Jesús Montes Hereros





# IGLESIA UNIVERSAL





IGLESIA UNIVERSALSANTO PADRE, BENEDICTO XVI

## ÁNGELUS

*Domingo 25 de marzo de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

El 25 de marzo se celebra la solemnidad de la Anunciación de la Bienaventurada Virgen María. Este año coincide con un domingo de Cuaresma y por eso se celebrará mañana. De todas formas, quisiera reflexionar ahora sobre este estupendo misterio de la fe, que contemplamos todos los días en el rezo del *Ángelus*. La Anunciación, narrada al inicio del evangelio de san Lucas, es un acontecimiento humilde, oculto -nadie lo vio, nadie lo conoció, salvo María-, pero al mismo tiempo decisivo para la historia de la humanidad. Cuando la Virgen dijo su “sí” al anuncio del ángel, Jesús fue concebido y con él comenzó la nueva era de la historia, que se sellaría después en la Pascua como “nueva y eterna alianza”.

En realidad, el “sí” de María es el reflejo perfecto del de Cristo mismo cuando entró en el mundo, como escribe la carta a los Hebreos interpretando el Salmo 39: “He aquí que vengo -pues de mí está escrito en el rollo del libro- a hacer, oh Dios, tu voluntad” (*Hb* 10, 7). La obediencia del Hijo se refleja en la obediencia de la Madre, y así, gracias al encuentro de estos dos “sí”, Dios pudo asumir un ros-

tro de hombre. Por eso la Anunciación es también una fiesta cristológica, porque celebra un misterio central de Cristo: su Encarnación.

“He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”. La respuesta de María al ángel se prolonga en la Iglesia, llamada a manifestar a Cristo en la historia, ofreciendo su disponibilidad para que Dios pueda seguir visitando a la humanidad con su misericordia. De este modo, el “sí” de Jesús y de María se renueva en el “sí” de los santos, especialmente de los mártires, que son asesinados a causa del Evangelio. Lo subrayo recordando que ayer, 24 de marzo, aniversario del asesinato de monseñor Óscar Romero, arzobispo de San Salvador, se celebró la Jornada de oración y ayuno por los misioneros mártires: obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos asesinados en el cumplimiento de su misión de evangelización y promoción humana.

Los misioneros mártires, como reza el tema de este año, son “esperanza para el mundo”, porque testimonian que el amor de Cristo es más fuerte que la violencia y el odio. No buscaron el martirio, pero estuvieron dispuestos a dar la vida para permanecer fieles al Evangelio. El martirio cristiano solamente se justifica como

acto supremo de amor a Dios y a los hermanos.

En este tiempo cuaresmal contemplamos con mayor frecuencia a la Virgen, que en el Calvario sella el “sí” pronuncia-

do en Nazaret. Unida a Jesús, el Testigo del amor del Padre, María vivió el martirio del alma. Invoquemos con confianza su intercesión, para que la Iglesia, fiel a su misión, dé al mundo entero testimonio valiente del amor de Dios.

## REGINA CÆLI

*Castelgandolfo*

*Lunes de Pascua, 9 de abril de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos aún llenos del gozo espiritual que las solemnes celebraciones de la Pascua producen realmente en el corazón de los creyentes. ¡Cristo ha resucitado! A este misterio tan grande la liturgia no sólo dedica un día -sería demasiado poco para tanta alegría-, sino cincuenta, es decir, todo el tiempo pascual, que se concluye con Pentecostés. El domingo de Pascua es un día absolutamente especial, que se extiende durante toda esta semana, hasta el próximo domingo, y forma la octava de Pascua.

En el clima de la alegría pascual, la liturgia de hoy nos lleva al sepulcro, donde María Magdalena y la otra María, según el relato de san Mateo, impulsadas por el amor a él, habían ido a “visitar” la tumba de Jesús. El evangelista narra que Jesús les salió al encuentro y les dijo: “No temáis. Id, avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán” (Mt 28, 10). Verdaderamente experimentaron una ale-

gría inefable al ver de nuevo a su Señor, y, llenas de entusiasmo, corrieron a comunicarla a los discípulos.

Hoy el Resucitado nos repite a nosotros, como a aquellas mujeres que habían permanecido junto a él durante la Pasión, que no tengamos miedo de convertirnos en mensajeros del anuncio de su resurrección. No tiene nada que temer quien se encuentra con Jesús resucitado y a él se encomienda dócilmente. Este es el mensaje que los cristianos están llamados a difundir hasta los últimos confines de la tierra.

El cristiano, como sabemos, no comienza a creer al aceptar una doctrina, sino tras el encuentro con una Persona, con Cristo muerto y resucitado. Queridos amigos, en nuestra existencia diaria son muchas las ocasiones que tenemos para comunicar de modo sencillo y convencido nuestra fe a los demás; así, nuestro encuentro puede despertar en ellos la fe. Y es muy urgente que los hombres y las mujeres de nuestra época conozcan y se encuentren con Jesús y, también gracias a nuestro ejemplo, se dejen conquistar por él.

El Evangelio no dice nada de la Madre del Señor, de María, pero la tradición cristiana con razón la contempla mientras se alegra más que nadie al abrazar de nuevo a su Hijo divino, al que estrechó entre sus brazos cuando lo bajaron de la cruz. Ahora, después de la resurrección, la Madre del Redentor se alegra con los “amigos” de Jesús, que constituyen la Iglesia naciente. A la vez que renuevo de corazón a todos mi felicitación pascual, la invoco a ella, *Regina caeli*, para que mantenga viva la fe en la resurrección en cada uno de nosotros y nos convierta en mensajeros de la esperanza y del amor de Jesucristo.

*Domingo de la Misericordia Divina*  
*5 de abril de 2007*

Queridos hermanos y hermanas:

Os renuevo a todos mis mejores deseos de una feliz Pascua, en el domingo que concluye la octava y se denomina tradicionalmente domingo *in Albis*, como dije ya en la homilía. Por voluntad de mi venerado predecesor, el siervo de Dios Juan Pablo II, que murió precisamente después de las primeras Vísperas de esta festividad, este domingo está dedicado también a la Misericordia Divina. En esta solemnidad tan singular he celebrado, en esta plaza, la santa misa acompañado por cardenales, obispos y sacerdotes, por fieles de Roma y por numerosos peregrinos, que han querido reunirse en torno al Papa en la víspera de sus 80 años. A todos les renuevo, desde lo más profundo de mi corazón, mi

gratitud más sincera, que extendiendo a toda la Iglesia, la cual me rodea con su afecto, como una verdadera familia, especialmente durante estos días.

Este domingo -como decía- concluye la semana o, más precisamente, la “octava” de Pascua, que la liturgia considera como un único día: “Éste es el día en que actuó el Señor” (*Sal* 117, 24). No es un tiempo cronológico, sino espiritual, que Dios abrió en el entramado de los días cuando resucitó a Cristo de entre los muertos. El Espíritu Creador, al infundir la vida nueva y eterna en el cuerpo sepultado de Jesús de Nazaret, llevó a la perfección la obra de la creación, dando origen a una “primicia”: primicia de una humanidad nueva que es, al mismo tiempo, primicia de un nuevo mundo y de una nueva era.

Esta renovación del mundo se puede resumir en una frase: la que Jesús resucitado pronunció como saludo y sobre todo como anuncio de su victoria a los discípulos: “Paz a vosotros” (*Lc* 24, 36; *Jn* 20, 19. 21. 26). La paz es el don que Cristo ha dejado a sus amigos (cf. *Jn* 14, 27) como bendición destinada a todos los hombres y a todos los pueblos. No la paz según la mentalidad del “mundo”, como equilibrio de fuerzas, sino una realidad nueva, fruto del amor de Dios, de su misericordia. Es la paz que Jesucristo adquirió al precio de su sangre y que comunica a los que confían en él. “Jesús, confío en ti”: en estas palabras se resume la fe del cristiano, que es fe en la omnipotencia del amor misericordioso de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, a la vez que os agradezco nuevamente vuestra cercanía espiritual con ocasión de mi cumpleaños y del aniversario de mi elección como Sucesor de Pedro, os encomiendo a todos a María, *Madre de misericordia*, Madre de Jesús, que es la encarnación de

la Misericordia divina. Con su ayuda, dejémonos renovar por el Espíritu, para cooperar en la obra de paz que Dios está realizando en el mundo y que no hace ruido, sino que actúa en los innumerables gestos de caridad de todos sus hijos.

## AUDIENCIAS GENERALES

*Miércoles 28 de marzo de 2007*  
**San Ireneo de Lyon**

*Queridos hermanos y hermanas:*

En las catequesis sobre las grandes figuras de la Iglesia de los primeros siglos llegamos hoy a la personalidad eminente de san Ireneo de Lyon. Las noticias biográficas acerca de él provienen de su mismo testimonio, transmitido por Eusebio en el quinto libro de la *Historia eclesiástica*.

San Ireneo nació con gran probabilidad, entre los años 135 y 140, en Esmirna (hoy Izmir, en Turquía), donde en su juventud fue alumno del obispo san Policarpo, quien a su vez fue discípulo del apóstol san Juan. No sabemos cuándo se trasladó de Asia Menor a la Galia, pero el viaje debió de coincidir con los primeros pasos de la comunidad cristiana de Lyon: allí, en el año 177, encontramos a san Ireneo en el colegio de los presbíteros.

Precisamente en ese año fue enviado a Roma para llevar una carta de la

comunidad de Lyon al Papa Eleuterio. La misión romana evitó a san Ireneo la persecución de Marco Aurelio, en la que cayeron al menos 48 mártires, entre los que se encontraba el mismo obispo de Lyon, Potino, de noventa años, que murió a causa de los malos tratos sufridos en la cárcel. De este modo, a su regreso, san Ireneo fue elegido obispo de la ciudad. El nuevo pastor se dedicó totalmente al ministerio episcopal, que se concluyó hacia el año 202-203, quizá con el martirio.

San Ireneo es ante todo un hombre de fe y un pastor. Tiene la prudencia, la riqueza de doctrina y el celo misionero del buen pastor. Como escritor, busca dos finalidades: defender de los asaltos de los herejes la verdadera doctrina y exponer con claridad las verdades de la fe. A estas dos finalidades responden exactamente las dos obras que nos quedan de él: los cinco libros *Contra las herejías* y *La exposición de la predicación apostólica*, que se puede considerar también como el más antiguo “catecismo de la doctrina cristiana”. En

definitiva, san Ireneo es el campeón de la lucha contra las herejías.

La Iglesia del siglo II estaba amenazada por la “gnosis”, una doctrina que afirmaba que la fe enseñada por la Iglesia no era más que un simbolismo para los sencillos, que no pueden comprender cosas difíciles; por el contrario, los iniciados, los intelectuales -se llamaban “gnósticos”- comprenderían lo que se ocultaba detrás de esos símbolos y así formarían un cristianismo de élite, intelectualista.

Obviamente, este cristianismo intelectualista se fragmentaba cada vez más en diferentes corrientes con pensamientos a menudo extraños y extravagantes, pero atractivos para muchos. Un elemento común de estas diferentes corrientes era el dualismo, es decir, se negaba la fe en el único Dios, Padre de todos, creador y salvador del hombre y del mundo. Para explicar el mal en el mundo, afirmaban que junto al Dios bueno existía un principio negativo. Este principio negativo habría producido las cosas materiales, la materia.

Cimentándose firmemente en la doctrina bíblica de la creación, san Ireneo refuta el dualismo y el pesimismo gnóstico que devalúan las realidades corporales. Reivindica con decisión la santidad originaria de la materia, del cuerpo, de la carne, al igual que la del espíritu. Pero su obra va mucho más allá de la confutación de la herejía; en efecto, se puede decir que se presenta como el primer gran teólogo de la Iglesia, el que creó la teología sistemática; él mismo habla del sistema

de la teología, es decir, de la coherencia interna de toda la fe.

En el centro de su doctrina está la cuestión de la “regla de la fe” y de su transmisión. Para san Ireneo la “regla de la fe” coincide en la práctica con el *Credo* de los Apóstoles, y nos da la clave para interpretar el Evangelio, para interpretar el Credo a la luz del Evangelio. El símbolo apostólico, que es una especie de síntesis del Evangelio, nos ayuda a comprender qué quiere decir, cómo debemos leer el Evangelio mismo.

De hecho, el Evangelio predicado por san Ireneo es el que recibió de san Policarpo, obispo de Esmirna, y el Evangelio de san Policarpo se remonta al apóstol san Juan, de quien san Policarpo fue discípulo. De este modo, la verdadera enseñanza no es la inventada por los intelectuales, superando la fe sencilla de la Iglesia. El verdadero Evangelio es el transmitido por los obispos, que lo recibieron en una cadena ininterrumpida desde los Apóstoles. Éstos no enseñaron más que esta fe sencilla, que es también la verdadera profundidad de la revelación de Dios. Como nos dice san Ireneo, así no hay una doctrina secreta detrás del Credo común de la Iglesia. No hay un cristianismo superior para intelectuales. La fe confesada públicamente por la Iglesia es la fe común de todos. Sólo esta fe es apostólica, pues procede de los Apóstoles, es decir, de Jesús y de Dios.

Al aceptar esta fe transmitida públicamente por los Apóstoles a sus sucesores,

los cristianos deben observar lo que dicen los obispos; deben considerar especialmente la enseñanza de la Iglesia de Roma, preeminente y antiquísima. Esta Iglesia, a causa de su antigüedad, tiene la mayor apostolicidad: de hecho, tiene su origen en las columnas del Colegio apostólico, san Pedro y san Pablo. Todas las Iglesias deben estar en armonía con la Iglesia de Roma, reconociendo en ella la medida de la verdadera tradición apostólica, de la única fe común de la Iglesia.

Con esos argumentos, resumidos aquí de manera muy breve, san Ireneo confuta desde sus fundamentos las pretensiones de los gnósticos, los “intelectuales”: ante todo, no poseen una verdad que sería superior a la de la fe común, pues lo que dicen no es de origen apostólico, se lo han inventado ellos; en segundo lugar, la verdad y la salvación no son privilegio y monopolio de unos pocos, sino que todos las pueden alcanzar a través de la predicación de los sucesores de los Apóstoles y, sobre todo, del Obispo de Roma. En particular, criticando el carácter “secreto” de la tradición gnóstica y constatando sus múltiples conclusiones contradictorias entre sí, san Ireneo se dedica a explicar el concepto genuino de Tradición apostólica, que podemos resumir en tres puntos.

a) La Tradición apostólica es “pública”, no privada o secreta. Para san Ireneo no cabe duda de que el contenido de la fe transmitida por la Iglesia es el recibido de los Apóstoles y de Jesús, el Hijo de Dios. No hay otra enseñanza. Por tanto, a quien quiera conocer la verdadera doctrina le basta con conocer “la Tradición que

procede de los Apóstoles y la fe anunciada a los hombres”: tradición y fe que “nos han llegado a través de la sucesión de los obispos” (*Contra las herejías* III, 3, 3-4). De este modo, sucesión de los obispos - principio personal- y Tradición apostólica - principio doctrinal- coinciden.

b) La Tradición apostólica es “única”. En efecto, mientras el gnosticismo se subdivide en numerosas sectas, la Tradición de la Iglesia es única en sus contenidos fundamentales que, como hemos visto, san Ireneo llama precisamente *regula fidei* o *veritatis*. Por ser única, crea unidad a través de los pueblos, a través de las diversas culturas, a través de pueblos diferentes; es un contenido común como la verdad, a pesar de las diferentes lenguas y culturas.

Hay un párrafo muy hermoso de san Ireneo en el libro *Contra las herejías*: “Habiendo recibido esta predicación y esta fe [de los Apóstoles], la Iglesia, aunque esparcida por el mundo entero, las conserva con esmero, como habitando en una sola mansión, y cree de manera idéntica, como no teniendo más que una sola alma y un solo corazón; y las predica, las enseña y las transmite con voz unánime, como si no poseyera más que una sola boca. Porque, aunque las lenguas del mundo difieren entre sí, el contenido de la Tradición es único e idéntico. Y ni las Iglesias establecidas en Alemania, ni las que están en España, ni las que están entre los celtas, ni las de Oriente, es decir, de Egipto y Libia, ni las que están fundadas en el centro del mundo, tienen otra fe u otra tradición” (I, 10, 1-2).



En ese momento -es decir, en el año 200-, se ve ya la universalidad de la Iglesia, su catolicidad y la fuerza unificadora de la verdad, que une estas realidades tan diferentes de Alemania, España, Italia, Egipto y Libia, en la verdad común que nos reveló Cristo.

c) Por último, la Tradición apostólica es, como dice él en griego, la lengua en la que escribió su libro, “pneumatikó”, es decir, espiritual, guiada por el Espíritu Santo: en griego, espíritu se dice *pneuma*. No se trata de una transmisión confiada a la capacidad de hombres más o menos instruidos, sino al Espíritu de Dios, que garantiza la fidelidad de la transmisión de la fe. Esta es la “vida” de la Iglesia; es lo que la mantiene siempre joven, es decir, fecunda con muchos carismas. La Iglesia y el Espíritu, para san Ireneo, son inseparables: “Esta fe”, leemos en el tercer libro *Contra las herejías*, “que hemos recibido de la Iglesia, la guardamos con cuidado, porque sin cesar, bajo la acción del Espíritu de Dios, como un depósito valioso conservado en un vaso excelente, rejuvenece y hace rejuvenecer al vaso mismo que lo contiene. (...) Donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, allí está también la Iglesia y toda gracia” (III, 24, 1).

Como se puede ver, san Ireneo no se limita a definir el concepto de Tradición. Su tradición, la Tradición ininterrumpida, no es tradicionalismo, porque esta Tradición siempre está internamente vivificada por el Espíritu Santo, el cual hace que viva de nuevo, hace que pueda ser interpretada y

comprendida en la vitalidad de la Iglesia. Según su enseñanza, la fe de la Iglesia debe ser transmitida de manera que se presente como debe ser, es decir, “pública”, “única”, “pneumática”, “espiritual”. A partir de cada una de estas características, se puede llegar a un fecundo discernimiento sobre la auténtica transmisión de la fe en el *hoy* de la Iglesia.

Más en general, según la doctrina de san Ireneo, la dignidad del hombre, cuerpo y alma, está firmemente fundada en la creación divina, en la imagen de Cristo y en la obra permanente de santificación del Espíritu. Esta doctrina es como un “camino real” para aclarar a todas las personas de buena voluntad el objeto y los confines del diálogo sobre los valores, y para impulsar continuamente la acción misionera de la Iglesia, la fuerza de la verdad, que es la fuente de todos los auténticos valores del mundo.

*Miércoles 4 de abril de 2007*

**El Triduo sacro**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Mientras concluye el camino cuaresmal, que comenzó con el miércoles de Ceniza, la liturgia del Miércoles santo ya nos introduce en el clima dramático de los próximos días, impregnados del recuerdo de la pasión y muerte de Cristo. En efecto, en la liturgia de hoy el evangelista san Mateo propone a nuestra meditación el breve diálogo que tuvo lugar en el

Cenáculo entre Jesús y Judas. “¿Acaso soy yo, Rabbí?”, pregunta el traidor del divino Maestro, que había anunciado: “Yo os aseguro que uno de vosotros me entregará”. La respuesta del Señor es lapidaria: “Sí, tú lo has dicho” (cf. *Mt* 26, 14-25). Por su parte, san Juan concluye la narración del anuncio de la traición de Judas con pocas, pero significativas palabras: “Era de noche” (*Jn* 13, 30).

Cuando el traidor abandona el Cenáculo, se intensifica la oscuridad en su corazón -es una noche interior-, el desconcierto se apodera del espíritu de los demás discípulos -también ellos van hacia la noche-, mientras las tinieblas del abandono y del odio se condensan alrededor del Hijo del Hombre, que se dispone a consumir su sacrificio en la cruz.

En los próximos días conmemoraremos el enfrentamiento supremo entre la Luz y las Tinieblas, entre la Vida y la Muerte. También nosotros debemos situarnos en este contexto, conscientes de nuestra “noche”, de nuestras culpas y responsabilidades, si queremos revivir con provecho espiritual el Misterio pascual, si queremos llegar a la luz del corazón mediante este Misterio, que constituye el fulcro central de nuestra fe.

El inicio del Triduo pascual es el *Jueves santo*, mañana. Durante la *misa Crismal*, que puede considerarse el preludio del Triduo sacro, el pastor diocesano y sus colaboradores más cercanos, los presbíteros, rodeados por el pueblo de Dios, renuevan

las promesas formuladas el día de la ordenación sacerdotal.

Se trata, año tras año, de un momento de intensa comunión eclesial, que pone de relieve el don del sacerdocio ministerial que Cristo dejó a su Iglesia en la víspera de su muerte en la cruz. Y para cada sacerdote es un momento conmovedor en esta víspera de la Pasión, en la que el Señor se nos entregó a sí mismo, nos dio el sacramento de la Eucaristía, nos dio el sacerdocio. Es un día que toca el corazón de todos nosotros.

Luego se bendicen los óleos para la celebración de los sacramentos: el óleo de los catecúmenos, el óleo de los enfermos, y el santo crisma. Por la tarde, al entrar en el Triduo pascual, la comunidad cristiana revive en la misa *in Cena Domini* lo que sucedió durante la última Cena. En el Cenáculo el Redentor quiso anticipar el sacrificio de su vida en el Sacramento del pan y del vino convertidos en su Cuerpo y en su Sangre: anticipa su muerte, entrega libremente su vida, ofrece el don definitivo de sí mismo a la humanidad.

Con el lavatorio de los pies se repite el gesto con el que él, habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo (cf. *Jn* 13, 1) y dejó a los discípulos, como su distintivo, este acto de humildad, el amor hasta la muerte. Después de la misa *in Cena Domini*, la liturgia invita a los fieles a permanecer en adoración del santísimo Sacramento, reviviendo la agonía de Jesús en Getsemaní. Y vemos cómo los discípulos se durmieron, dejando solo al Señor.

También hoy, con frecuencia, nosotros, sus discípulos, dormimos. En esta noche sagrada de Getsemaní, queremos permanecer en vela; no queremos dejar solo al Señor en esta hora. Así podemos comprender mejor el misterio del Jueves santo, que abarca el triple sumo don del sacerdocio ministerial, de la Eucaristía y del mandamiento nuevo del amor (“agapé”).

El *Viernes santo*, que conmemora los acontecimientos que van desde la condena a muerte hasta la crucifixión de Cristo, es un día de penitencia, de ayuno, de oración, de participación en la pasión del Señor. La asamblea cristiana, en la hora establecida, vuelve a recorrer, con la ayuda de la palabra de Dios y de los gestos litúrgicos, la historia de la infidelidad humana al designio divino, que sin embargo precisamente así se realiza, y vuelve a escuchar la narración conmovedora de la dolorosa pasión del Señor.

Luego dirige al Padre celestial una larga “oración de los fieles”, que abarca todas las necesidades de la Iglesia y del mundo. Seguidamente, la comunidad adora la cruz y recibe la Comunión eucarística, consumiendo las especies sagradas conservadas desde la misa *in Cena Domini* del día anterior. San Juan Crisóstomo, comentando el Viernes santo, afirma: “Antes la cruz significaba desprecio, pero hoy es algo venerable; antes era símbolo de condena, y hoy es esperanza de salvación. Se ha convertido verdaderamente en manantial de infinitos bienes; nos ha librado del error, ha disipado nuestras tinieblas, nos ha reconciliado con Dios;

de enemigos de Dios, nos ha hecho sus familiares; de extranjeros, nos ha hecho sus vecinos: esta cruz es la destrucción de la enemistad, el manantial de la paz, el cofre de nuestro tesoro” (*De cruce et latrone* I, 1, 4).

Para vivir de una manera más intensa la pasión del Redentor, la tradición cristiana ha dado vida a numerosas manifestaciones de religiosidad popular, entre las que se encuentran las conocidas procesiones del Viernes santo, con los sugerentes ritos que se repiten todos los años. Pero hay un ejercicio de piedad, el “vía crucis”, que durante todo el año nos ofrece la posibilidad de imprimir cada vez más profundamente en nuestro espíritu el misterio de la cruz, de avanzar con Cristo por este camino, configurándonos así interiormente con él. Podríamos decir que el *vía crucis*, utilizando una expresión de san León Magno, nos enseña a “contemplar con los ojos del corazón a Jesús crucificado para reconocer en su carne nuestra propia carne” (*Sermón 15 sobre la pasión del Señor*). Precisamente en esto consiste la verdadera sabiduría del cristiano, que queremos aprender siguiendo el *vía crucis* del Viernes santo en el Coliseo.

El *Sábado santo* es el día en el que la liturgia calla, el día del gran silencio, en el que se invita a los cristianos a mantener un recogimiento interior, con frecuencia difícil de cultivar en nuestro tiempo, para prepararse mejor a la *Vigilia pascual*. En muchas comunidades se organizan retiros espirituales y encuentros de oración mariana, para unirse a la Madre del Redentor,

que espera con trepidante confianza la resurrección de su Hijo crucificado.

Por último, en la *Vigilia pascual* el velo de tristeza que envuelve a la Iglesia por la muerte y la sepultura del Señor será rasgado por el grito de victoria: ¡Cristo ha resucitado y ha vencido para siempre a la muerte! Entonces podremos comprender verdaderamente el misterio de la cruz. “Dios crea prodigios incluso en lo imposible -escribe un autor antiguo- para que sepamos que sólo él puede hacer lo que quiere. De su muerte procede nuestra vida, de sus llagas nuestra curación, de su caída nuestra resurrección, de su descenso nuestra elevación” (*Anónimo Cuartodecimano*).

Animados por una fe más sólida, en el corazón de la Vigilia pascual acogeremos a los recién bautizados y renovaremos las promesas de nuestro bautismo. Así experimentaremos que la Iglesia está siempre viva, que siempre rejuvenece, que siempre es bella y santa, porque está fundada sobre Cristo que, tras haber resucitado, ya no muere nunca más.

Queridos hermanos y hermanas, el misterio pascual, que el Triduo sacro nos hará revivir, no es sólo recuerdo de una realidad pasada; es una realidad actual: también hoy Cristo vence con su amor al pecado y a la muerte. El mal, en todas sus formas, no tiene la última palabra. El triunfo final es de Cristo, de la verdad y del amor. Como nos recordará san Pablo en la Vigilia pascual, si con él estamos dispuestos a sufrir y morir, su vida se con-

vierte en nuestra vida (cf. *Rm* 6, 9). En esta certeza se basa y se edifica nuestra existencia cristiana.

Invocando la intercesión de María santísima, que siguió a Jesús por el camino de la pasión y de la cruz y lo abrazó antes de ser sepultado, os deseo a todos que participéis con fervor en el Triduo pascual para experimentar la alegría de la Pascua juntamente con todos vuestros seres queridos.

*Miércoles 11 de abril de 2007*

**La octava de Pascua**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Hoy nos volvemos a reunir, después de las solemnes celebraciones de la Pascua, para el acostumbrado encuentro del miércoles. Ante todo deseo renovaros a cada uno mi más cordial felicitación pascual. Os agradezco vuestra presencia en tan gran número y doy gracias al Señor por el hermoso sol que nos da.

En la Vigilia pascual resonó este anuncio: “Verdaderamente, ha resucitado el Señor, aleluya”. Ahora es él mismo quien nos habla: “No moriré -proclama-; seguiré vivo”. A los pecadores dice: “Recibid el perdón de los pecados, pues yo soy vuestro perdón”. Por último, a todos repite: “Yo soy la Pascua de la salvación, yo soy el Cordero inmolado por vosotros, yo soy vuestro rescate, yo soy vuestra vida, yo soy vuestra resurrección, yo soy vuestra luz, yo soy vuestra salvación, yo soy vuestro rey. Yo os mostraré al Padre”. Así

se expresa un escritor del siglo II, Melitón de Sardes, interpretando con realismo las palabras y el pensamiento del Resucitado (*Sobre la Pascua*, 102-103).

En estos días la liturgia recuerda varios encuentros que Jesús tuvo después de su resurrección: con María Magdalena y las demás mujeres que fueron al sepulcro de madrugada, el día que siguió al sábado; con los Apóstoles, reunidos incrédulos en el Cenáculo; con Tomás y los demás discípulos. Estas diferentes apariciones de Jesús constituyen también para nosotros una invitación a profundizar el mensaje fundamental de la Pascua; nos estimulan a recorrer el itinerario espiritual de quienes se encontraron con Cristo y lo reconocieron en esos primeros días después de los acontecimientos pascuales.

El evangelista Juan narra que Pedro y él mismo, al oír la noticia que les dio María Magdalena, corrieron, casi como en una competición, hacia el sepulcro (cf. *Jn* 20, 3 ss). Los Padres de la Iglesia vieron en esa carrera hacia el sepulcro vacío una exhortación a la única competición legítima entre los creyentes: la competición en busca de Cristo.

Y ¿qué decir de María Magdalena? Llorando, permanece junto a la tumba vacía con el único deseo de saber a dónde han llevado a su Maestro. Lo vuelve a encontrar y lo reconoce cuando la llama por su nombre (cf. *Jn* 20, 11-18). También nosotros, si buscamos al Señor con sencillez y sinceridad de corazón, lo encontraremos, más aún, será él quien saldrá a nuestro encuentro; se dejará reconocer, nos llamará

por nuestro nombre, es decir, nos hará entrar en la intimidad de su amor.

Hoy, miércoles de la octava de Pascua, la liturgia nos invita a meditar en otro encuentro singular del Resucitado, el que tuvo con los dos discípulos de Emaús (cf. *Lc* 24, 13-35). Mientras volvían a casa, desconsolados por la muerte de su Maestro, el Señor se hizo su compañero de viaje sin que lo reconocieran. Sus palabras, al comentar las Escrituras que se referían a él, hicieron arder el corazón de los dos discípulos, los cuales, al llegar a su destino, le pidieron que se quedara con ellos. Cuando, al final, él “tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio” (*Lc* 24, 30), sus ojos se abrieron. Pero en ese mismo instante Jesús desapareció de su vista. Por tanto, lo reconocieron cuando desapareció.

Comentando este episodio evangélico, san Agustín afirma: “Jesús parte el pan y ellos lo reconocen. Entonces nosotros no podemos decir que no conocemos a Cristo. Si creemos, lo conocemos. Más aún, si creemos, lo tenemos. Ellos tenían a Cristo a su mesa; nosotros lo tenemos en nuestra alma”. Y concluye: “Tener a Cristo en nuestro corazón es mucho más que tenerlo en la casa, pues nuestro corazón es más íntimo para nosotros que nuestra casa” (*Discurso* 232, VII, 7). Esforcémonos realmente por llevar a Jesús en el corazón.

En el prólogo de los Hechos de los Apóstoles, san Lucas afirma que el Señor resucitado, “después de su pasión, se les

presentó (a los Apóstoles), dándoles muchas pruebas de que vivía, apareciéndoseles durante cuarenta días” (*Hch* 1, 3). Hay que entender bien: cuando el autor sagrado dice que les dio pruebas de que vivía no quiere decir que Jesús volvió a la vida de antes, como Lázaro. La Pascua que celebramos -observa san Bernardo- significa “paso” y no “regreso”, porque Jesús no volvió a la situación anterior, sino que “cruzó una frontera hacia una condición más gloriosa”, nueva y definitiva. Por eso -añade- “ahora Cristo ha pasado verdaderamente a una vida nueva” (cf. *Discurso sobre la Pascua*).

A María Magdalena el Señor le dijo: “Suéltame, pues todavía no he subido al Padre” (*Jn* 20, 17). Es sorprendente esta frase, sobre todo si se compara con lo que sucedió al incrédulo Tomás. Allí, en el Cenáculo, fue el Resucitado quien presentó las manos y el costado al Apóstol para que los tocara y así obtuviera la certeza de que era precisamente él (cf. *Jn* 20, 27). En realidad, los dos episodios no se contradicen; al contrario, uno ayuda a comprender el otro.

María Magdalena quería volver a tener a su Maestro como antes, considerando la cruz como un dramático recuerdo que era preciso olvidar. Sin embargo, ya no era posible una relación meramente humana con el Resucitado. Para encontrarse con él no había que volver atrás, sino entablar una relación totalmente nueva con él: era necesario ir hacia adelante.

Lo subraya san Bernardo: Jesús “nos invita a todos a esta nueva vida, a este paso...

No veremos a Cristo volviendo la vista atrás” (*Discurso sobre la Pascua*). Es lo que aconteció a Tomás. Jesús le muestra sus heridas no para olvidar la cruz, sino para hacerla inolvidable también en el futuro. Por tanto, la mirada ya está orientada hacia el futuro. El discípulo tiene la misión de testimoniar la muerte y la resurrección de su Maestro y su vida nueva. Por eso, Jesús invita a su amigo incrédulo a “tocarlo”: lo quiere convertir en testigo directo de su resurrección.

Queridos hermanos y hermanas, también nosotros, como María Magdalena, Tomás y los demás discípulos, estamos llamados a ser testigos de la muerte y la resurrección de Cristo. No podemos guardar para nosotros la gran noticia. Debemos llevarla al mundo entero: “Hemos visto al Señor” (*Jn* 20, 24).

Que la Virgen María nos ayude a gustar plenamente la alegría pascual, para que, sostenidos por la fuerza del Espíritu Santo, seamos capaces de difundirla a nuestra vez dondequiera que vivamos y actuemos.

Una vez más: ¡Feliz Pascua a todos vosotros!

*Miércoles 18 de abril de 2007*

**Clemente de Alejandría**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Después del tiempo de las fiestas, volvemos a las catequesis normales, aunque

por lo que se ve la plaza está todavía de fiesta. Como decía, con las catequesis volvemos a la serie que habíamos comenzado. Hemos hablado de los doce Apóstoles, luego de los discípulos de los Apóstoles, ahora de las grandes personalidades de la Iglesia naciente, de la Iglesia antigua. La última catequesis la dedicamos a hablar de san Ireneo de Lyon; hoy hablamos de Clemente de Alejandría, un gran teólogo que nació probablemente en Atenas a mediados del siglo II. De Atenas heredó un notable interés por la filosofía, que lo convirtió en uno de los más destacados promotores del diálogo entre la fe y la razón en la tradición cristiana.

Siendo todavía joven, llegó a Alejandría, la “ciudad símbolo” de la fecunda encrucijada entre diferentes culturas que caracterizó la edad helenista. Allí fue discípulo de Panteno, y le sucedió en la dirección de la escuela catequística. Numerosas fuentes atestiguan que fue ordenado presbítero. Durante la persecución de los años 202-203 abandonó Alejandría para refugiarse en Cesarea, en Capadocia, donde falleció hacia el año 215.

Las obras más importantes que nos quedan de él son tres: el *Protréptico*, el *Pedagogo*, y los *Stromata*. Aunque al parecer no era esta la intención originaria del autor, esos escritos constituyen una auténtica trilogía, destinada a acompañar eficazmente la maduración espiritual del cristiano.

El *Protréptico*, como dice la palabra misma, es una “exhortación” dirigida a

quienes comienzan y buscan el camino de la fe. O, mejor, el *Protréptico* coincide con una Persona: el Hijo de Dios, Jesucristo, que “exhorta” a los hombres a avanzar con decisión por el camino que lleva hacia la Verdad. Jesucristo es asimismo *Pedagogo*, es decir, “educador” de aquellos que, en virtud del bautismo, se han convertido en hijos de Dios. Y, por último, Jesucristo es también *Didascalos*, es decir, “Maestro”, que propone las enseñanzas más profundas. Estas enseñanzas se recogen en la tercera obra de Clemente, los *Stromata*, palabra griega que significa: “tapicerías”. No es una composición sistemática; aborda diferentes temas, fruto directo de la enseñanza habitual de Clemente.

En su conjunto, la catequesis de Clemente acompaña paso a paso el camino del catecúmeno y del bautizado para que, con las “alas” de la fe y la razón, llegue a un conocimiento profundo de la Verdad, que es Jesucristo, el Verbo de Dios. Sólo este conocimiento de la persona que es la Verdad, es la “auténtica gnosis”, expresión griega que significa “conocimiento”, “inteligencia”. Es el edificio construido por la razón bajo el impulso de un principio sobrenatural. La fe misma construye la verdadera filosofía, es decir, la auténtica conversión al camino que hay que tomar en la vida. Por tanto, la auténtica “gnosis” es un desarrollo de la fe, suscitado por Jesucristo en el alma unida a él.

Clemente distingue después dos niveles de la vida cristiana. El primero: los cristianos creyentes que viven la fe de una manera común, pero siempre abierta a los

horizontes de la santidad. Y el segundo: los “gnósticos”, es decir, los que ya llevan una vida de perfección espiritual; en todo caso, el cristiano debe comenzar por la base común de la fe; a través de un camino de búsqueda debe dejarse guiar por Cristo, para llegar así al conocimiento de la Verdad y de las verdades que forman el contenido de la fe.

Este conocimiento, nos dice Clemente, se convierte para el alma en una realidad viva: no es sólo una teoría; es una fuerza de vida, es una unión de amor transformadora. El conocimiento de Cristo no es sólo pensamiento; también es amor que abre los ojos, transforma al hombre y crea comunión con el “Logos”, con el Verbo divino que es verdad y vida. En esta comunión, que es el conocimiento perfecto y es amor, el cristiano perfecto alcanza la contemplación, la unificación con Dios.

Asimismo, Clemente retoma la doctrina según la cual el fin último del hombre consiste en llegar a ser semejantes a Dios. Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, pero esto es también un desafío, un camino; de hecho, el objetivo de la vida, el destino último consiste verdaderamente en hacerse semejantes a Dios. Esto es posible gracias a la connaturalidad con él, que el hombre ha recibido en el momento de la creación, gracias a la cual ya es de por sí imagen de Dios.

Esta connaturalidad permite conocer las realidades divinas que el hombre acepta ante todo por la fe y, mediante la vivencia de la fe y la práctica de las vir-

tudes, puede crecer hasta llegar a la contemplación de Dios. De este modo, en el camino de la perfección, Clemente da al requisito moral la misma importancia que al intelectual. Ambos están unidos, porque no es posible conocer sin vivir y no se puede vivir sin conocer. No es posible asemejarse a Dios y contemplarlo solamente con el conocimiento racional: para lograr este objetivo hay que vivir una vida según el “Logos”, una vida según la verdad. En consecuencia, las buenas obras tienen que acompañar al conocimiento intelectual, como la sombra sigue al cuerpo.

Dos virtudes sobre todo adornan al alma del “auténtico gnóstico”. La primera es la libertad de las pasiones (*apátheia*); la segunda es el amor, la verdadera pasión, que asegura la unión íntima con Dios. El amor da la paz perfecta, y permite al “auténtico gnóstico” afrontar los mayores sacrificios, incluso el sacrificio supremo en el seguimiento de Cristo, y le hace subir escalón a escalón hasta llegar a la cumbre de las virtudes. Así, Clemente vuelve a definir, y conjugar con el amor, el ideal ético de la filosofía antigua, es decir, la liberación de las pasiones, en el proceso incesante de asemejarse a Dios.

De este modo, Clemente de Alejandría propició la segunda gran ocasión de diálogo entre el anuncio cristiano y la filosofía griega. Sabemos que san Pablo en el Areópago de Atenas, donde nació Clemente, hizo el primer intento de diálogo con la filosofía griega -en gran parte fue un fracaso-, pero le dijeron: “Otra vez te escucharemos”. Ahora Clemente reto-



ma este diálogo y lo ennoblece al máximo en la tradición filosófica griega.

Como escribió mi venerado predecesor, Juan Pablo II, en la encíclica *Fides et ratio*, Clemente de Alejandría llega a interpretar la filosofía como “una instrucción propedéutica a la fe cristiana” (n. 38). De hecho, Clemente llegó a afirmar que Dios dio la filosofía a los griegos “como un Testamento precisamente para ellos” (*Stromata* VI, 8, 67, 1). Para él la tradición filosófica griega, casi como sucede con la Ley para los judíos, es ámbito de “revelación”; son dos ríos que en definitiva confluyen en el mismo “Logos”. Clemente sigue señalando con decisión el camino a quienes quieren “dar razón” de su fe en Jesucristo. Puede servir de ejemplo a los cristianos, a los catequistas y a los teólogos de nuestro tiempo, a los que Juan Pablo II,

en esa misma encíclica, exhortaba “a recuperar y subrayar más la dimensión metafísica de la verdad para entrar así en diálogo crítico y exigente con el pensamiento filosófico contemporáneo” (n. 105).

Concluamos con una de las expresiones de la famosa “oración a Cristo *Logos*”, con la que Clemente termina su *Pedagogo*. Suplica así: “Muéstrate propicio a tus hijos”; “concédenos vivir en tu paz, trasladarnos a tu ciudad, atravesar las olas del pecado sin quedar sumergidos en ellas, ser transportados con serenidad por el Espíritu Santo y por la Sabiduría inefable: nosotros, que de día y de noche, hasta el último día elevamos un canto de acción de gracias al único Padre,... al Hijo pedagogo y maestro, y al Espíritu Santo. ¡Amén!” (*Pedagogo* III, 12, 101).

## DISCURSOS

**Discurso del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
a una delegación  
de la Facultad Teológica de la  
Universidad de Tubinga (Alemania)**

*Miércoles 21 de marzo de 2007*

*Querido señor obispo, estimado señor de-  
cano; amables señores colegas, ¡si me permi-  
tís decirlo así!*

Os agradezco esta visita, y puedo decir que me alegra verdaderamente de corazón.

Por un lado, el encuentro con el propio pasado es siempre una cosa hermosa, puesto que encierra en sí algo que rejuvenece. Por otro, es algo más que un encuentro nostálgico. Usted mismo, señor obispo, ha dicho que es también un signo: un signo, por un lado, de cuánto me importa la teología -¿y cómo podría ser de otro modo?-, puesto que había considerado como mi verdadera vocación la enseñanza, aunque el buen Dios improvisamente quiso otra cosa. Pero, inversamente, también es un signo de vuestra parte que veáis la unidad interior entre la investigación teológica,

la enseñanza y el trabajo teológico, y el servicio pastoral en la Iglesia, y con ello la totalidad del compromiso eclesial con respecto al hombre, al mundo y a nuestro futuro.

Naturalmente, anoche, con vistas a este encuentro, comencé a repasar un poco algunos de mis recuerdos. Y así me ha venido a la memoria un recuerdo que se combina con lo que usted, señor decano, acaba de exponer, es decir, el recuerdo del gran senado. No sé si aún hoy todos los nombramientos pasan por el gran senado. Por ejemplo, era muy interesante que, cuando se debía asignar una cátedra de matemáticas, o de asiriología, o de física de los cuerpos sólidos o cualquier otra materia, la contribución por parte de las otras Facultades era mínima y todo se resolvía más bien rápidamente, porque casi nadie osaba dar su opinión. Era diversa la situación cuando se trataba de las disciplinas humanísticas. En resumidas cuentas, cuando se trataba de las cátedras de teología en ambas Facultades, todos daban su opinión, de modo que se veía que todos los profesores de la Universidad se sentían en cierto modo competentes en teología, tenían la sensación de poder y deber participar en la decisión. Obviamente, la teología les interesaba particularmente.

Así, por una parte, se percibía que los colegas de las otras Facultades consideraban en cierto modo la teología como el corazón de la Universidad, y, por otra, que precisamente la teología era algo que concernía a todos, en la que todos se sentían implicados y, en cierto modo, sabían

que eran competentes. En otras palabras, pensándolo bien, esto significa que precisamente en el debate sobre las cátedras de teología la Universidad se podía experimentar como Universidad. Me alegra saber que ahora existen estas cooptaciones, más que en el pasado, aunque Tubinga se ha comprometido siempre en esto. No sé si existe todavía el *Leibniz-Kolleg*, del que formé parte; de todas formas, la Universidad moderna corre mucho peligro de transformarse en un complejo de institutos superiores, unidos más bien externa e institucionalmente, y menos capaces de formar una unidad interior de *universitas*.

La teología era evidentemente algo en lo que la *universitas* estaba presente y donde se mostraba que el conjunto forma una unidad y que, precisamente en la base, hay un interrogante común, una tarea común, una finalidad común. Pienso que en esto se puede ver, por una parte, un alto aprecio de la teología. Considero que se trata de un hecho particularmente importante, que manifiesta que en nuestro tiempo - en el que al menos en los países latinos la laicidad del Estado y de las instituciones estatales se subraya hasta el extremo y, por tanto, se exige dejar fuera todo lo relacionado con Iglesia, cristianismo y fe- existen entramados de los que el complejo que llamamos teología (que, precisamente, también está relacionado de modo fundamental con Iglesia, fe y cristianismo) no puede separarse. Así, resulta evidente que en este conjunto de nuestras realidades europeas -aunque, bajo un cierto aspecto, son y deben ser laicas- el pensamiento

cristiano, con sus preguntas y respuestas, está presente y lo acompaña.

Digo que este hecho, por un lado, manifiesta que precisamente la teología sigue dando en cierto modo su aportación a la constitución de lo que es la Universidad; pero, por otro, significa naturalmente también un inmenso desafío para la teología satisfacer esta expectativa, estar a su altura y prestar el servicio que se le encomienda y se espera de ella. Me complace que, a través de las cooptaciones, ahora sea visible de modo muy concreto -aún mucho más que entonces- que el debate intrauniversitario hace de la Universidad verdaderamente lo que ella es, implicándola en una dinámica colectiva de preguntas y respuestas. Pero pienso que hay aún un motivo para reflexionar hasta qué punto somos capaces -no sólo en Tubinga, sino también en otros lugares- de satisfacer esta exigencia. En efecto, la Universidad y la sociedad, la humanidad, necesitan preguntas, pero necesitan también respuestas. Y considero que a este respecto es evidente para la teología -y no sólo para la teología- una cierta dialéctica entre el cientificismo rígido y la pregunta más grande que la trasciende, y repetidamente emerge en ella, la pregunta sobre la verdad.

Quisiera hacer esto más claro mediante un ejemplo. Un exegeta, un intérprete de la Sagrada Escritura, debe explicarla como obra histórica "secundum artem", es decir, con el rígido cientificismo que conocemos, según todos los elementos históricos que esto requiere, según el método necesario. Sin embargo, esto por sí solo

no basta para ser un teólogo. Si se limitara a hacer esto, entonces la teología, o como quiera que sea, la interpretación de la Biblia, sería algo semejante a la egiptología, a la asiriología o a cualquier otra especialización. Para ser teólogo y prestar el servicio a la Universidad y, me atrevo a decir, a la humanidad, por tanto, el servicio que se espera de él debe ir más allá y preguntarse: Pero ¿es verdad lo que allí se dice? Y si es verdad, ¿nos concierne? Y ¿de qué modo nos concierne? Y ¿cómo podemos reconocer que es verdadero lo que nos concierne?

Considero que, en este sentido, aun en el ámbito del cientificismo, la teología siempre se necesita y se interpela incluso más allá del cientificismo. La Universidad y la humanidad necesitan hacerse preguntas. Allí donde ya no se hacen preguntas, incluso las que se refieren a lo esencial y van más allá de toda especialización, ya no recibimos ni siquiera respuestas. Sólo si preguntamos y con nuestras preguntas somos radicales, tan radicales como debe ser radical la teología, más allá de toda especialización, podemos esperar obtener respuestas a estas preguntas fundamentales que nos conciernen a todos. Ante todo, debemos preguntar. Quien no pregunta, no recibe respuesta. Pero -añadiría- la teología necesita, además de la valentía de preguntar, también la humildad de escuchar las respuestas que nos da la fe cristiana; la humildad de percibir en estas respuestas su racionalidad y de hacerlas de este modo nuevamente accesibles a nuestro tiempo y a nosotros mismos. Así, no sólo se constituye la Universidad, sino

también se ayuda a la humanidad a vivir. Para esta tarea, invoco sobre vosotros la bendición de Dios.

**Discurso del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
a la VII Asamblea Plenaria del  
Consejo Pontificio para la  
Pastoral de la Salud**

*Jueves 22 de marzo de 2007*

*Señor cardenal; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:*

Me alegra acogerlos con ocasión de la sesión plenaria del Consejo pontificio para la pastoral de la salud. Dirijo mi cordial saludo a cada uno de vosotros, que venís de diversas partes del mundo, como expresiones válidas del compromiso de las Iglesias particulares, de los institutos de vida consagrada y de las numerosas obras de la comunidad cristiana en el campo sanitario. Agradezco al cardenal Javier Lozano Barragán, presidente del dicasterio, las amables palabras con que se ha hecho intérprete de los sentimientos comunes, ilustrándome los objetivos que son actualmente objeto de vuestro trabajo. Saludo y expreso mi gratitud al secretario, al subsecretario, a los oficiales y a los consultores presentes, así como a los demás colaboradores.

Vuestra reunión no se propone profundizar en un tema específico, sino evaluar

el estado de aplicación del programa que habéis establecido anteriormente y fijar en consecuencia los objetivos futuros. Por eso, mi encuentro con vosotros en una circunstancia como esta me brinda la alegría de hacer que cada uno de vosotros sienta la cercanía concreta del Sucesor de Pedro y, a través de él, de todo el Colegio episcopal en vuestro servicio eclesial.

En efecto, la pastoral de la salud es un ámbito plenamente evangélico, que recuerda de modo inmediato la obra de Jesús, buen Samaritano de la humanidad. Cuando pasaba por las aldeas de Palestina anunciando la buena nueva del reino de Dios, siempre acompañaba su predicación con los signos que realizaba en favor de los enfermos, curando a todos los que se hallaban prisioneros de diversas enfermedades y dolencias.

La salud del hombre, de todo el hombre, fue el signo que Cristo escogió para manifestar la cercanía de Dios, su amor misericordioso que cura el espíritu, el alma y el cuerpo. Queridos amigos, el seguimiento de Cristo, al que los Evangelios nos presentan como “Médico” divino, ha de ser siempre la referencia fundamental de todas vuestras iniciativas.

Esta perspectiva bíblica da valor al principio ético natural del deber de curar al enfermo, en virtud del cual hay que defender toda existencia humana según las dificultades particulares en que se encuentra y según nuestras posibilidades concretas de ayuda. Socorrer al ser humano es un deber, sea como respuesta a un derecho

fundamental de la persona, sea porque la curación de los individuos redunde en beneficio de la colectividad. La ciencia médica progresa en la medida en que acepta replantearse siempre tanto el diagnóstico como los métodos de tratamiento, dando por supuesto que los anteriores datos adquiridos y los presuntos límites pueden superarse.

Por lo demás, la estima y la confianza con respecto al personal sanitario son proporcionados a la certeza de que esos defensores de la vida por profesión jamás despreciarán una existencia humana, aunque sea discapacitada, e impulsarán siempre intentos de curación. Por consiguiente, el esfuerzo por curar se ha de extender a todo ser humano, con el fin de abarcar toda su existencia. En efecto, el concepto moderno de atención sanitaria es la promoción humana: va desde el cuidado del enfermo hasta los tratamientos preventivos, buscando el mayor desarrollo humano y favoreciendo un ambiente familiar y social adecuado.

Esta perspectiva ética, basada en la dignidad de la persona humana y en los derechos y deberes fundamentales vinculados a ella, se confirma y se potencia con el mandamiento del amor, centro del mensaje cristiano. Por tanto, los agentes sanitarios cristianos saben bien que existe un vínculo muy estrecho e indisoluble entre la calidad de su servicio profesional y la virtud de la caridad a la que Cristo los llama: precisamente realizando bien su trabajo llevan a las personas el testimonio del amor de Dios.

La caridad como tarea de la Iglesia, sobre la que reflexioné en mi encíclica *Deus caritas est*, se aplica de modo particularmente significativo en la atención a los enfermos. Lo atestigua la historia de la Iglesia, con innumerables testimonios de hombres y mujeres que, tanto de forma individual como en asociaciones, han actuado en este campo. Por eso, entre los santos que han practicado de forma ejemplar la caridad, mencioné en la encíclica a figuras emblemáticas como san Juan de Dios, san Camilo de Lelis y san José Benito Cottolengo, que sirvieron a Cristo pobre y doliente en las personas de los enfermos.

Por consiguiente, queridos hermanos y hermanas, permitidme que os entregue de nuevo hoy, idealmente, las reflexiones que propuse en la encíclica, con las relativas orientaciones pastorales sobre el servicio caritativo de la Iglesia como “comunidad de amor”. Y a la encíclica puedo añadir ahora también la exhortación apostólica postsinodal recién publicada, que trata de modo amplio y articulado sobre la Eucaristía como “Sacramento de la caridad”.

Precisamente, de la Eucaristía la pastoral de la salud puede sacar continuamente la fuerza para socorrer de modo eficaz al hombre y promoverlo según la dignidad que le es propia. En los hospitales y en las clínicas, la capilla es el corazón palpitante en el que Jesús se ofrece incesantemente al Padre celestial para la vida de la humanidad. La Eucaristía, distribuida a los enfermos dignamente y con espíritu de

oración, es la savia vital que los conforta e infunde en su corazón luz interior para vivir con fe y con esperanza la condición de enfermedad y sufrimiento.

Así pues, os encomiendo también este documento reciente. Hacedlo vuestro, aplicadlo al campo de la pastoral de la salud, sacando de él indicaciones espirituales y pastorales apropiadas.

A la vez que os deseo todo bien para vuestros trabajos de estos días, los acompaño con un recuerdo particular en la oración, invocando la protección maternal de María santísima, *Salus infirmorum*, y con la bendición apostólica, que os imparto de corazón a vosotros, aquí presentes, a vuestros colaboradores en las respectivas sedes y a todos vuestros seres queridos.

**Discurso del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
a un Congreso organizado con ocasión  
del 50 Aniversario de la firma  
de los Tratados de Roma**

*Sábado 24 de marzo de 2007*

*Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado; honorables parlamentarios; amables señoras y señores:*

Me alegra particularmente recibirlos en tan gran número en esta audiencia, que tiene lugar en la víspera del 50º aniversario de la firma de los Tratados de Roma, realizada el 25 de marzo de 1957.

Culminaba entonces una etapa importante para Europa, que había salido exhausta de la segunda guerra mundial y deseaba construir un futuro de paz y de mayor bienestar económico y social, sin disolver o negar las diversas identidades nacionales.

Saludo a mons. Adrianus Herman van Luyn, obispo de Rotterdam, presidente de la Comisión de los Episcopados de la Unión europea, y le agradezco las cordiales palabras que me ha dirigido. Saludo a los demás preladados, a las distinguidas personalidades y a todos los que participan en el Congreso organizado en estos días por la COMECE para reflexionar sobre Europa.

Desde marzo de hace cincuenta años, este continente ha recorrido un largo camino, que ha llevado a la reconciliación de los dos “pulmones” -Oriente y Occidente- unidos por una historia común, pero arbitrariamente separados por un telón de injusticia. La integración económica estimuló la política y favoreció la búsqueda, que todavía se lleva a cabo no sin dificultades, de una estructura institucional adecuada para una Unión europea que cuenta ya con 27 países y aspira a llegar a ser en el mundo un actor global.

En estos años se ha sentido cada vez más la necesidad de establecer un sano equilibrio entre la dimensión económica y la social, a través de políticas capaces de producir riqueza y de incrementar la competitividad, pero sin descuidar las le-

gítimas expectativas de los pobres y los marginados. Por desgracia, desde el punto de vista demográfico, se debe constatar que Europa parece haber emprendido un camino que la podría llevar a despedirse de la historia. Eso, además de poner en peligro el crecimiento económico, también puede causar enormes dificultades a la cohesión social y, sobre todo, favorecer un peligroso individualismo, al que no le importan las consecuencias para el futuro.

Casi se podría pensar que el continente europeo de hecho está perdiendo la confianza en su propio porvenir. Además, por lo que atañe, por ejemplo, al respeto del medio ambiente o al ordenado acceso a los recursos y a las inversiones energéticas, se fomenta poco la solidaridad, no sólo en el ámbito internacional sino también en el estrictamente nacional. No todos comparten el proceso mismo de unificación europea, por la impresión generalizada de que varios “capítulos” del proyecto europeo han sido “escritos” sin tener debidamente en cuenta las expectativas de los ciudadanos.

De todo ello se sigue claramente que no se puede pensar en edificar una auténtica “casa común” europea descuidando la identidad propia de los pueblos de nuestro continente. En efecto, se trata de una identidad histórica, cultural y moral, antes que geográfica, económica o política; una identidad constituida por un conjunto de valores universales, que el cristianismo ha contribuido a forjar, desempeñando así un papel no sólo

histórico, sino también fundacional con respecto a Europa.

Esos valores, que constituyen el alma del continente, en la Europa del tercer milenio deben seguir actuando como “fermento” de civilización. En efecto, si llegaran a faltar, ¿cómo podría el “viejo” continente continuar desempeñando la función de “levadura” para el mundo entero? Si, con ocasión del 50° aniversario de los Tratados de Roma, los Gobiernos de la Unión desean “acercarse” a sus ciudadanos, ¿cómo podrían excluir un elemento esencial de la identidad europea como es el cristianismo, con el que una amplia mayoría de ellos sigue identificándose?

¿No es motivo de sorpresa que la Europa actual, a la vez que desea constituir una comunidad de valores, parezca rechazar cada vez con mayor frecuencia que haya valores universales y absolutos? Esta forma singular de “apostasía” de sí misma, antes que de Dios, ¿acaso no la lleva a dudar de su misma identidad? De este modo se acaba por difundir la convicción de que la “ponderación de bienes” es el único camino para el discernimiento moral y que el bien común es sinónimo de compromiso. En realidad, si el compromiso puede constituir un legítimo balance de intereses particulares diversos, se transforma en un mal común cuando implica acuerdos que perjudican la naturaleza del hombre.

Una comunidad que se construye sin respetar la auténtica dignidad del ser humano, olvidando que toda persona ha sido creada a imagen de Dios, acaba por

no beneficiar a nadie. Precisamente por eso resulta cada vez más indispensable que Europa evite la actitud pragmática, hoy ampliamente generalizada, que justifica sistemáticamente el compromiso con respecto a los valores humanos esenciales, como si fuera la inevitable aceptación de un presunto mal menor.

Ese pragmatismo, presentado como equilibrado y realista, en el fondo no es tal, precisamente porque niega la dimensión de valor e ideal, que es inherente a la naturaleza humana. Además, cuando en ese pragmatismo se insertan tendencias y corrientes laicistas y relativistas, se acaba por negar a los cristianos el derecho mismo de intervenir como tales en el debate público o, por lo menos, se descalifica su contribución acusándolos de querer defender privilegios injustificados.

En el actual momento histórico y ante los numerosos desafíos que lo caracterizan, la Unión europea, para ser garante efectiva del estado de derecho y promotora eficaz de valores universales, no puede por menos de reconocer con claridad la existencia cierta de una naturaleza humana estable y permanente, fuente de derechos comunes a todas las personas, incluidas las mismas que los niegan. En ese contexto, es preciso salvaguardar el derecho a la objeción de conciencia, cuando se violan los derechos humanos fundamentales.

Queridos amigos, sé cuán difícil es para los cristianos defender denodadamente esta verdad del hombre. Sin embargo, no os canséis ni os desalentéis. Sabéis que

tenéis la misión de contribuir a edificar, con la ayuda de Dios, una *nueva Europa*, realista pero no cínica, rica en ideales, sin ingenuas y falsas ilusiones, inspirada en la perenne y vivificante verdad del Evangelio.

Por esto, participad activamente en el debate público a nivel europeo, conscientes de que ya forma parte integrante del debate nacional; y, además de ese empeño, llevad a cabo una eficaz acción cultural. No cedáis a la lógica del poder que es fin en sí mismo. Que os sirva de constante estímulo y apoyo la exhortación de Cristo: si la sal se desvirtúa, no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada (cf. *Mt* 5, 13). Que el Señor haga fecundos todos vuestros esfuerzos y os ayude a reconocer y valorar los elementos positivos presentes en la civilización actual, pero denunciando con valentía todo lo que es contrario a la dignidad del hombre.

Estoy seguro de que Dios no dejará de bendecir el esfuerzo generoso de todos aquellos que, con espíritu de servicio, trabajan por construir una casa común europea donde cada aportación cultural, social y política esté orientada al bien común. A vosotros, ya comprometidos de diversas maneras en esa importante empresa humana y evangélica, os expreso mi apoyo y os dirijo mi más fuerte estímulo. Sobre todo os aseguro un recuerdo en la oración y, a la vez que invoco la maternal protección de María, Madre del Verbo encarnado, os imparto de corazón mi afectuosa bendición a vosotros y a vuestras familias y comunidades.



**Discurso del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
a la Fraternidad de Comunión  
y Liberación en el XXV Aniversario  
de su reconocimiento pontificio**

*Sábado 24 de marzo de 2007*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Es para mí un gran placer acogeros hoy, en esta plaza de San Pedro, con ocasión del XXV aniversario del reconocimiento pontificio de la Fraternidad de Comunión y Liberación. Os dirijo mi cordial saludo a cada uno de vosotros, en particular a los prelados, a los sacerdotes y a los responsables presentes. De modo especial, saludo a don Julián Carrón, presidente de vuestra Fraternidad, y le agradezco las bellas y profundas palabras que me ha dirigido en nombre de todos vosotros.

Mi primer pensamiento va a vuestro fundador, monseñor Luigi Giussani, al que me unen tantos recuerdos y que llegó a ser un verdadero amigo mío. El último encuentro, como ha aludido mons. Carrón, tuvo lugar en la catedral de Milán, en febrero de hace dos años, cuando el amado Juan Pablo II me envió para presidir sus solemnes funerales. El Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia, a través de él, un Movimiento, el vuestro, que testimoniara la belleza de ser cristianos en una época en la que iba difundándose la opinión de que vivir el cristianismo era algo arduo y agobiante. Don Giussani trabajó entonces por volver a despertar en los jóvenes el amor a Cristo, “camino, verdad y vida”,

repitiendo que sólo él es el camino hacia la realización de los deseos más profundos del corazón del hombre, y que Cristo no nos salva prescindiendo de nuestra humanidad, sino a través de ella.

Como recordé en la homilía con ocasión de su funeral, este valiente sacerdote, que creció en una casa pobre en pan, pero rica en música -como solía decir-, desde el inicio fue tocado, más aún, herido por el deseo de la belleza, pero no de una belleza cualquiera. Buscaba la Belleza misma, la Belleza infinita que encontró en Cristo.

¿Cómo no recordar, además, los numerosos encuentros y contactos de don Giussani con mi venerado predecesor, Juan Pablo II? En un aniversario muy significativo para vosotros, el Papa reafirmó, una vez más, que la original intuición pedagógica de Comunión y Liberación consiste en volver a proponer, de modo fascinante y en sintonía con la cultura contemporánea, el acontecimiento cristiano, percibido como fuente de nuevos valores y capaz de orientar toda la existencia.

Ese acontecimiento, que cambió la vida del fundador, “hirió” también la de muchísimos de sus hijos espirituales, y dio lugar a las múltiples experiencias religiosas y eclesiales que forman la historia de vuestra vasta y articulada familia espiritual. Comunión y Liberación es una experiencia comunitaria de fe, que no nació en la Iglesia de una voluntad organizativa de la jerarquía, sino que se originó de un encuentro renovado con Cristo y así, podemos decir, de un impulso derivado, en

definitiva, del Espíritu Santo. Aún hoy se presenta como una posibilidad de vivir de modo profundo y actualizado la fe cristiana, por una parte, con una total fidelidad y comunión con el Sucesor de Pedro y con los pastores, a quienes está encomendado el gobierno de la Iglesia; y, por otra, con una espontaneidad y una libertad que permiten nuevas y proféticas realizaciones apostólicas y misioneras.

Queridos amigos, así vuestro Movimiento se inserta en el vasto florecimiento de asociaciones, movimientos y nuevas realidades eclesiales suscitados providencialmente por el Espíritu Santo en la Iglesia después del concilio Vaticano II. Todo don del Espíritu Santo está originaria y necesariamente al servicio de la edificación del Cuerpo de Cristo, dando testimonio del inmenso amor de Dios por la vida de todo hombre. Por tanto, la realidad de los movimientos eclesiales es signo de la fecundidad del Espíritu del Señor, para que se manifieste en el mundo la victoria de Cristo resucitado y se cumpla el mandato misionero encomendado a toda la Iglesia.

En el Mensaje al Congreso mundial de movimientos eclesiales, el 27 de mayo de 1998, el siervo de Dios Juan Pablo II repitió que, en la Iglesia, no hay contraste o contraposición entre la dimensión institucional y la dimensión carismática, de la cual los Movimientos son una expresión significativa, porque ambas son igualmente esenciales para la constitución divina del pueblo de Dios. En la Iglesia también las instituciones esenciales son carismáticas y, por otra parte, los carismas

deben institucionalizarse de un modo u otro para tener coherencia y continuidad. Así ambas dimensiones, suscitadas por el mismo Espíritu Santo para el mismo Cuerpo de Cristo, concurren juntas para hacer presente el misterio y la obra salvífica de Cristo en el mundo. Esto explica la atención con que el Papa y los pastores observan la riqueza de los dones carismáticos en la época contemporánea.

A este propósito, durante un reciente encuentro con el clero y los párrocos de Roma, recordando la invitación que san Pablo dirige en la primera carta a los Tesalonicenses a no apagar los carismas, dije que si el Señor nos da nuevos dones, debemos agradecerlos, aunque a veces sean incómodos. Al mismo tiempo, puesto que la Iglesia es una, si los Movimientos son realmente dones del Espíritu Santo, naturalmente deben insertarse en la comunidad eclesial y servirla, de modo que mediante el diálogo paciente con los pastores puedan constituir elementos edificantes para la Iglesia actual y del futuro.

Queridos hermanos y hermanas, el amado Juan Pablo II, en otra circunstancia, para vosotros muy significativa, os dio esta consigna: "Id por todo el mundo para llevar la verdad, la belleza y la paz que se encuentran en Cristo redentor". Don Giussani hizo de esas palabras el programa de todo el Movimiento, y para Comunión y Liberación fue el inicio de una etapa misionera que os ha llevado a ochenta países. Hoy os invito a continuar por este camino, con una fe profunda, personalizada y sólidamente enraizada en el Cuerpo vivo

de Cristo, la Iglesia, que garantiza la contemporaneidad de Jesús con nosotros.

Terminemos este encuentro dirigiendo nuestro pensamiento a la Virgen, con el rezo del *Ángelus*. Don Giussani sentía hacia ella una gran devoción, alimentada por la invocación *Veni Sancte Spiritus, veni per Mariam* y por el rezo del himno a la Virgen de Dante Alighieri, que habéis repetido también esta mañana. Que la Virgen María os acompañe y os ayude a pronunciar generosamente vuestro “sí” a la voluntad de Dios en todas las circunstancias. Queridos amigos, podéis contar con mi constante recuerdo en la oración, a la vez que con afecto os bendigo a vosotros, aquí presentes, y a toda vuestra familia espiritual.

**Palabras del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
al Consejo Pastoral y a los  
grupos parroquiales**

*Visita Pastoral a la parroquia romana  
de Santa Felicidad e Hijos, Mártires*

*Domingo 25 de marzo de 2007*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Me siento muy feliz de estar entre vosotros, de ver una comunidad rica en fe, una comunidad joven, comprobando así que la Iglesia sigue viva hoy. Mientras el centro de Roma está un poco deshabitado, aquí vemos la Roma viva. Es la comunidad a la que san Pablo escribió y en la que san Pedro enseñó el Evangelio. Aquí nació el Evangelio de san

Marcos, según la tradición, como reflejo de la predicación de san Pedro. Por eso, nos encontramos en un lugar donde, desde el inicio, creció la semilla de la palabra de Dios, donde creció también el “agapé”, el amor, de forma que cien años después, más o menos en el año 100, san Ignacio pudo decir que Roma preside en la caridad. Y así debe ser. No basta que en Roma esté el Papa. En Roma debe vivir una Iglesia activa, comprometida, una Iglesia que presida en la caridad. Por eso, para mí es una experiencia muy grata ver en la parroquia que esta Iglesia de Roma existe, que sigue viva después de dos mil años.

Quisiera saludaros a todos. El párroco ya me ha presentado a los diversos componentes de la comunidad que están aquí presentes. Comenzamos naturalmente por el cardenal vicario, el obispo auxiliar, el párroco y los sacerdotes. Además, están aquí muchos grupos. No hace falta repetir ahora lo que ya dijo vuestro párroco. Expreso mi agradecimiento a todos los colaboradores. Agradezco la hermosa poesía que me han declamado; se ve que brota realmente del corazón de esta comunidad. Veo que en Roma el don de la poesía sigue vivo también en estos tiempos poco poéticos, por decirlo así.

No quisiera ahora recomenzar con consideraciones y reflexiones comprometedoras. Sólo quisiera manifestar mi gratitud al laicado adulto, que construye la parroquia viva. Vosotros tenéis aquí a los padres vocacionistas. La palabra “vocacionistas” hace pensar en “vocación”. Podemos examinar dos dimensiones de esta palabra. Ante todo, se piensa inmediatamente en

la vocación al sacerdocio. Pero la palabra tiene una dimensión mucho más amplia, más general. Todo hombre lleva en sí mismo un proyecto de Dios, una vocación personal, una idea personal de Dios sobre lo que está llamado a hacer en la historia para construir su Iglesia, templo vivo de su presencia. Y la misión del sacerdote consiste sobre todo en despertar esta conciencia, en ayudar a descubrir la vocación personal, el proyecto de Dios para cada uno de nosotros.

Veo que aquí son muchos los que han descubierto el proyecto que les concierne, tanto por lo que atañe a la vida profesional, en la formación de la sociedad de hoy -en la que la presencia de las conciencias cristianas es fundamental- como también por lo que atañe a la llamada a hacer que la Iglesia crezca y viva. Ambas cosas son igualmente importantes. Una sociedad en la que la conciencia cristiana ya no vive, pierde la dirección, ya no sabe a dónde ir, qué se puede hacer y qué no se puede hacer, y acaba en el vacío, fracasa.

Sólo si la conciencia viva de la fe ilumina nuestros corazones, podemos también construir una sociedad justa. El Magisterio no impone doctrinas. El Magisterio ayuda para que la conciencia misma pueda escuchar la voz de Dios, para que la conciencia pueda conocer lo que está bien, lo que es voluntad del Señor. Es sólo una ayuda para que la responsabilidad personal, alimentada por una conciencia viva, pueda realmente funcionar y así contribuir a que la justicia esté efectivamente presente en nuestra sociedad: la justicia en su interior y la justicia universal

para todos los hermanos en el mundo actual. Hoy no sólo hay una globalización económica; también hay una globalización de la responsabilidad, la universalidad por la que todos somos responsables de todos.

La Iglesia nos ofrece el encuentro con Cristo, con el Dios vivo, con el “Logos”, que es la Verdad, la Luz, que no hace violencia a las conciencias, no impone una doctrina parcial, sino que nos ayuda a ser nosotros mismos hombres y mujeres plenamente realizados; así nos ayuda a vivir en la responsabilidad personal y en la comunión más profunda entre nosotros, una comunión que nace de la comunión con Dios, con el Señor.

Aquí veo esta comunidad viva. Expreso mi agradecimiento a los sacerdotes y a todos los colaboradores. Y os deseo que el Señor os ayude y os ilumine siempre. Ya hoy, domingo de Pasión, os deseo una feliz Pascua y os deseo todo bien en el futuro para vuestra parroquia, para vuestra comunidad y para este barrio de Fidene.

**Discurso del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
a la Confederación italiana de Artesanos  
en el 60 Aniversario de su fundación**

*Sábado 31 de marzo de 2007*

*Queridos amigos:*

Vuestra visita me es especialmente grata y os saludo cordialmente a cada uno.

En particular, saludo a vuestro presidente, el señor Giorgio Natalino Guerrini, y le agradezco las amables y profundas palabras que me ha dirigido en nombre de todos. Extiendo mi deferente saludo a los demás dirigentes y socios de vuestra Confederación, que tiene más de sesenta años de vida, llenos de intensa actividad.

En efecto, la Confederación de artesanos, fundada en 1946 según el principio de la adhesión libre y abierta a todo componente geográfico, sectorial y cultural del empresariado artesano y de las pequeñas empresas, ha dado una indudable contribución a la construcción de la moderna nación italiana. En algunos importantes aspectos, ha caracterizado su evolución social y económica, artística y cultural, y ha dado al progreso de Italia su estilo propio. En efecto, aunque hasta hace algunos decenios la palabra artesano evocaba algo “viejo y pintoresco”, algo que se asociaba a la imagen del taller del herrero o del zapatero, hoy significa más bien autonomía, creatividad, personalización en la producción de bienes y servicios.

Queridos amigos, vuestra presencia me ofrece la oportunidad de reflexionar sobre un aspecto importante de la experiencia humana. Me refiero a la realidad del trabajo que, en el actual momento histórico, se encuentra en el centro de grandes cambios económicos y sociales, cambios que son cada vez más rápidos y complejos. En numerosas páginas de la Biblia se pone de relieve el auténtico sentido del trabajo humano, comenzando por el Génesis,

donde leemos cómo el Creador modeló al hombre a su imagen y semejanza y lo invitó a trabajar la tierra (cf. *Gn* 2, 5-6).

Por tanto, el trabajo pertenece a la condición originaria del hombre. Por desgracia, a causa del pecado de los primeros padres se convirtió en fatiga y dolor (cf. *Gn* 3, 6-8), pero, no obstante eso, en el proyecto divino mantiene inalterado su valor. Y la Iglesia, fiel a la palabra de Dios, no cesa de recordar el principio según el cual “el trabajo está en función del hombre, y no el hombre en función del trabajo” (*Laborem exercens*, 6). Así, proclama sin cesar el primado del hombre sobre la obra de sus manos, y recuerda que todo -el capital, la ciencia, la técnica, los recursos públicos e incluso la propiedad privada- tiene por finalidad el verdadero progreso de la persona humana y el bien común.

Esto se ha hecho realidad felizmente en las empresas artesanas que vosotros representáis, inspiradas en las enseñanzas del Evangelio y en los principios de la doctrina social de la Iglesia. Me complace recordar aquí lo que afirma, a este propósito, el *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, es decir, que “el trabajo en las pequeñas y medianas empresas, el trabajo artesanal y el trabajo independiente, pueden constituir una ocasión para hacer más humana la vivencia laboral, ya sea por la posibilidad de establecer relaciones interpersonales positivas en comunidades de pequeñas dimensiones, ya sea por las mejores oportunidades que se ofrecen a la iniciativa y al espíritu emprendedor” (n. 315).

Queridos artesanos, con ocasión del gran jubileo del año 2000 mi predecesor, Juan Pablo II, os dirigió unas significativas palabras, que conservan inalterada su actualidad y urgencia. Hoy quisiera dirigir las simbólicamente a toda la Confederación de artesanos: “Podéis fortalecer y concretar -os dijo el amado Pontífice- los valores que desde siempre caracterizan vuestra actividad: el perfil cualitativo, el espíritu de iniciativa, la promoción de las capacidades artísticas, la libertad y la cooperación, la relación correcta entre tecnología y ambiente, el arraigo familiar y las buenas relaciones de vecindad”. “La civilización artesana -añadió- ha sabido crear, en el pasado, grandes ocasiones de encuentro entre los pueblos, y ha transmitido a las épocas sucesivas síntesis admirables de cultura y fe” (*Homilía*, 19 de marzo de 2000, n. 5: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 24 de marzo de 2000, p. 12).

Queridos amigos, seguid conservando y valorando con tenacidad y perseverancia la cultura productiva artesana, que puede originar grandes ocasiones de equilibrado progreso económico y de encuentro entre hombres y pueblos. Como cristianos, además, vuestro compromiso ha de ser vivir y testimoniar el “evangelio del trabajo”, conscientes de que el Señor llama a todos los bautizados a la santidad en sus ocupaciones diarias. A este propósito, observa san Josemaría Escrivá, un santo de nuestro tiempo, que “al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad

santificable y santificadora” (*Es Cristo que pasa*, Homilías, n. 47).

Que os ayuden en esta tarea, que se convierte en valioso servicio a la evangelización, la Virgen María, que vivió en el ocultamiento laborioso, y san José, patrono de la Iglesia y vuestro protector especial. En la escuela de la Familia de Nazaret podéis aprender más fácilmente cómo conjugar una vida de fe coherente con la fatiga y las dificultades del trabajo, la ganancia personal y el compromiso de solidaridad con los necesitados.

A la vez que os renuevo la expresión de mi gratitud por vuestra visita, os aseguro un recuerdo particular en la oración por cada uno de vosotros y por vuestras diversas actividades, y de corazón os bendigo a vosotros y a vuestros seres queridos.

**Saludo del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
al final de la  
Misa del Domingo de Ramos**

*Plaza de San Pedro, Domingo 1 de  
abril de 2007*

Antes de concluir esta celebración, deseo dirigir un afectuoso saludo a los numerosos peregrinos que han participado en ella.

A los peregrinos de lengua francesa reunidos en este domingo de Ramos, y en particular a los jóvenes que han venido para la

*Jornada mundial de la juventud de 2007*, dirijo mi más cordial saludo. Acogiendo las palabras de Jesús: “Amaos unos a otros, como yo os he amado” (*Jn* 13, 34), abrid vuestro corazón y creced en el amor verdadero, siguiendo a Cristo por el camino de la cruz, que revela plenamente el amor de Dios a todos los hombres.

Saludo a los peregrinos y visitantes de lengua inglesa que han venido aquí, en este domingo de Ramos, para aclamar a Jesús, modelo de humildad, nuestro Mesías y Rey. De modo especial, saludo a todos los jóvenes reunidos en Roma y en todo el mundo para celebrar la Jornada mundial de la juventud. Que los grandes acontecimientos de la Semana santa, en la que vemos cómo se manifiesta el amor en su forma más radical, os impulsen a ser valientes “testigos de la caridad” para vuestros amigos, para vuestras comunidades y para el mundo entero. Sobre cada uno de vosotros, aquí presentes, y sobre vuestras familias invoco las bendiciones divinas de paz y sabiduría.

Saludo cordialmente a todos los peregrinos y visitantes de lengua alemana, de modo especial, a los numerosos jóvenes que en este domingo de Ramos celebran la XXII Jornada mundial de la juventud. Jesús, como hizo con los discípulos, nos invita también a nosotros a seguirlo: “Amaos unos a otros, como yo os he amado” (*Jn* 13, 34). Actuemos de tal manera que el amor de Cristo, que se manifiesta de forma tan clara en su pasión, sea visible también en nuestra vida. Que el Señor os acompañe a todos en esta Semana santa.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a vosotros, queridos jóvenes, que muy numerosos habéis participado en esta celebración de la Jornada mundial de la juventud, que tiene como lema: “Amaos unos a otros como yo os he amado”. Con gran alegría y fervor habéis acogido este mandamiento nuevo de Cristo, que os envía a ser sus testigos entre vuestros coetáneos. No tengáis miedo de seguirle fielmente, recordando aquellas palabras de la Virgen María cuando nos habla al corazón: “Haced lo que él os diga”.

Queridos jóvenes de lengua portuguesa, vuestras aclamaciones y hosannas a Jesús son debidas y justas, pues él es el Dios que a todos salva. Salvó muriendo; murió amando; y amando resucitó. Hoy es visible en el corazón que le obedece y que ama como él amó: “Amaos unos a otros, como yo os he amado”. Queridos amigos, con el amor de Cristo que brota de vuestro corazón, id y bendecid la tierra.

Saludo cordialmente a los polacos y, en particular, a los jóvenes participantes en la Jornada mundial de la juventud. Que el mandamiento de Cristo: “Amaos unos a otros, como yo os he amado” (*Jn* 13, 34) sea para nosotros lo más importante. A todos os deseo que viváis intensamente la Semana santa para gozar después de la alegría de la Pascua. Que Dios os bendiga.

Os saludo, por último, a vosotros, queridos hermanos y hermanas de lengua italiana y, en particular, a los jóvenes que han venido con ocasión de la Jornada mundial de la ju-

ventud. A todos os deseo una Semana santa llena de frutos espirituales. Por eso, os invito a vivirla en íntima unión con la Virgen María. Aprendamos de ella el silencio interior, la mirada del corazón y la fe amorosa, para seguir a Jesús por el camino de la cruz, que lleva a la luz gozosa de la Resurrección.

**Discurso del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
en el Via Crucis en el Coliseo**

*Viernes Santo, 6 de abril de 2007*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Siguiendo a Jesús en el camino de su pasión, no sólo vemos la pasión de Jesús; también vemos a todos los que sufren en el mundo. Y esta es la profunda intención de la oración del vía crucis: abrir nuestro corazón, ayudarnos a ver con el corazón.

Los Padres de la Iglesia consideraban que el mayor pecado del mundo pagano era su insensibilidad, su dureza de corazón, y citaban con frecuencia la profecía del profeta Ezequiel: “Os quitaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne” (cf. *Ez* 36, 26). Convertirse a Cristo, hacerse cristiano, quería decir recibir un corazón de carne, un corazón sensible ante la pasión y el sufrimiento de los demás.

Nuestro Dios no es un Dios lejano, intocable en su bienaventuranza. Nuestro Dios tiene un corazón; más aún, tiene un corazón de carne. Se hizo carne precisa-

mente para poder sufrir con nosotros y estar con nosotros en nuestros sufrimientos. Se hizo hombre para darnos un corazón de carne y para despertar en nosotros el amor a los que sufren, a los necesitados.

Oremos ahora al Señor por todos los que sufren en el mundo. Pidamos al Señor que nos dé realmente un corazón de carne, que nos haga mensajeros de su amor, no sólo con palabras, sino también con toda nuestra vida. Amén.

**Palabras del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
al final de la comida con los  
Cardenales en el día de  
su 80º cumpleaños**

*Lunes 16 de abril de 2007*

*Queridos hermanos y amigos:*

En este momento quiero dar gracias de todo corazón. Ante todo, doy gracias al señor decano del sacro Colegio, tanto por las palabras que me dirigió ayer con gran benevolencia, como también por lo que ha escrito en la revista “*30 Giorni*”, y por la preparación tan delicada y competente de esta hermosísima comida, en la que hemos vivido un momento de nuestra colegialidad afectiva y efectiva. Más aún; no sólo se ha tratado de un momento de colegialidad, sino también de auténtica fraternidad. Verdaderamente hemos experimentado cuán hermoso es estar juntos: “*Ecce quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum*” (Sal 133, 1).



Agradezco esta experiencia de fraternidad, que vivo cada día. Aunque no nos veamos continuamente, siento siempre y constato la colaboración de quienes me ayudan. Realmente, el Colegio cardenalicio da un apoyo eficaz y grande al trabajo del Sucesor de Pedro.

Quisiera dar las gracias también a todos los cardenales que han escrito tantas cosas hermosas en “*30 Giorni*”, en el suplemento especial del diario *Avvenire* y también en otras publicaciones.

Gracias, asimismo, a los que no han escrito, pero han pensado y orado. Para mí el verdadero don de este día es la oración, que me da la certeza de que me aceptan desde el interior y, sobre todo, me ayudan y sostienen en mi ministerio petrino, un ministerio que no puedo desempeñar yo solo, sino únicamente en comunión con todos los que me ayudan, también orando, para que el Señor esté con todos nosotros y esté conmigo.

Hoy, en el Oficio de lectura, rezamos las palabras de un Salmo que tienen un sabor particular de verdad y que para mí son muy valiosas: “*In manibus tuis sortes meae*” (Sal 31, 16); en la traducción *Vetus latina* el texto decía: “*In manu tua tempora mea*”, es decir, “en tus manos están mis días”. En el texto griego se hablaba de *kairoí mou*. Todas estas versiones entrañan una gran verdad: nuestro tiempo, cada día, las vicisitudes de nuestra vida, nuestro destino, nuestra acción están en buenas manos, en las manos del Señor.

Esta es la gran confianza con la que seguimos adelante, sabiendo que las manos

del Señor están sostenidas por las manos y los corazones de tantos cardenales. Esto es para mí el motivo de la gran alegría de este día.

Os doy las gracias a todos vosotros, con mis mejores deseos.

**Palabras del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
al final del concierto ofrecido  
con ocasión de su 80º cumpleaños**

*Lunes 16 de abril de 2007*

*Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, amables señoras y señores; queridos amigos:*

Al final de este estupendo concierto que nos ha ofrecido la orquesta sinfónica de la Radiotelevisión de Stuttgart, elevando nuestro espíritu, deseo saludaros en primer lugar a todos vosotros con viva cordialidad.

Agradezco al ministro Willi Stächele y al director de la Südwestrundfunk, profesor Peter Voss, las amables palabras que me han dirigido al inicio.

He recibido con alegría vuestro don musical, este maravilloso regalo de cumpleaños de la región sur-occidental de Alemania, sobre todo teniendo en cuenta que el *land* de Baden-Württemberg está vinculado a una etapa importante de mi vida y de mi formación. El ministro ya ha

recordado mis raíces. De hecho, pienso de buen grado en el período de mi vida en Tubinga, en el intercambio intelectual y científico realizado en esa importante universidad, y en los numerosos y valiosos encuentros humanos que tuvieron lugar allí y que me han guiado en los años y decenios siguientes. Y han proseguido.

Ahora quisiera sobre todo dar las gracias a los artistas de esta velada, a los miembros de la orquesta sinfónica de la Radiotelevisión de Stuttgart, que con su arte nos han ofrecido a todos una auténtica experiencia de fuerza inspiradora de gran música. Expreso mi agradecimiento al director Gustavo Dudamel, a la solista Hilary Hahn, y a todos vosotros, señoras y señores. Dado que el lenguaje de la música es universal, vemos personas de orígenes culturales y religiosos completamente diversos, que se dejan llevar y guiar por ella, y que se hacen sus intérpretes.

Esta universalidad de la música se acentúa de modo especial hoy gracias a los medios de comunicación electrónicos y digitales. ¡Cuántas personas, en los países más diversos, tienen la posibilidad de participar, desde su casa, en esta ejecución musical o también de revivirla después!

Estoy convencido de que la música -y aquí pienso de modo especial en el gran Mozart y, esta tarde, naturalmente en la maravillosa música de Gabrieli y en el majestuoso “Mundo nuevo” de Dvorák- es realmente el lenguaje universal de la belleza, capaz de unir entre sí a los hombres de buena voluntad en toda la tierra y de hacer que

eleven su mirada hacia las alturas y se abran al Bien y a la Belleza absolutos, que tienen su manantial último en Dios mismo.

Al echar una mirada hacia mi vida pasada, doy gracias a Dios porque puso a mi lado la música casi como una compañera de viaje, que siempre me ha dado consuelo y alegría. También doy las gracias a las personas que, desde los primeros años de mi infancia, me acercaron a esta fuente de inspiración y de serenidad.

Doy las gracias a los que unen música y oración en la alabanza armoniosa de Dios y de sus obras: nos ayudan a glorificar al Creador y Redentor del mundo, que es obra maravillosa de sus manos. Y expreso el deseo de que la grandeza y la belleza de la música os den también a vosotros, queridos amigos, nueva y continua inspiración para construir un mundo de amor, de solidaridad y de paz.

Por esto, invoco sobre los que nos hallamos reunidos aquí esta tarde en el Vaticano, y sobre todos los que están en conexión con nosotros mediante la radio y la televisión, la protección constante de Dios, del Dios de amor que desea encender continuamente en nuestro corazón la llama del bien y alimentarla con su gracia. Él, el Señor y dador de la vida nueva y definitiva, cuya victoria celebramos con alegría en este tiempo pascual, os bendiga a todos.

Os agradezco una vez más vuestra presencia y las felicitaciones. ¡Feliz tiempo pascual a todos! Gracias

## HOMILÍAS

**Homilía del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
en la Liturgia Penitencial  
con los jóvenes de Roma como  
preparación para la XXII Jornada  
Mundial de la Juventud**

*Basílica de San Pedro, Jueves 29 de  
marzo de 2007*

*Queridos amigos:*

Nos encontramos esta tarde, en la proximidad de la XXII Jornada mundial de la juventud, que, como sabéis, tiene por tema el mandamiento nuevo que nos dejó Jesús en la noche en que fue entregado: “Amaos unos a otros como yo os he amado” (Jn 13, 34). Os saludo cordialmente a todos, que habéis venido de las diversas parroquias de Roma. Saludo al cardenal vicario, a los obispos auxiliares, a los sacerdotes presentes; saludo en particular a los confesores que dentro de poco estarán a vuestra disposición.

Esta cita, como ya ha anticipado vuestra portavoz, a la que agradezco las palabras que me ha dirigido en vuestro nombre al inicio de la celebración, asume un profundo y alto significado, pues es un encuentro en torno a la cruz, una celebración de la misericordia de Dios, que cada uno podrá experimentar personalmente en el sacramento de la confesión.

En el corazón de todo hombre, mendigo de amor, hay sed de amor. En su

primera encíclica, *Redemptor homini*, mi amado predecesor, el siervo de Dios, Juan Pablo II, escribió: “El hombre no puede vivir sin amor. Permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él plenamente” (n. 10).

El cristiano, de modo especial, no puede vivir sin amor. Más aún, si no encuentra el amor verdadero, ni siquiera puede llamarse cristiano, porque, como puse de relieve en la encíclica *Deus caritas est*, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (n. 1).

El amor de Dios por nosotros, iniciado con la creación, se hizo visible en el misterio de la cruz, en la *kénosis* de Dios, en el vaciamiento, en el humillante abajamiento del Hijo de Dios del que nos ha hablado el apóstol san Pablo en la primera lectura, en el magnífico himno a Cristo de la carta a los Filipenses. Sí, la cruz revela la plenitud del amor que Dios nos tiene. Un amor crucificado, que no acaba en el escándalo del Viernes santo, sino que culmina en la alegría de la Resurrección y la Ascensión al cielo, y en el don del Espíritu Santo, Espíritu de amor por medio del cual, también esta tarde, se perdonarán los pecados y se concederán el perdón y la paz.

El amor de Dios al hombre, que se manifiesta con plenitud en la cruz, se puede describir con el término *agapé*, es decir, “amor oblativo, que busca exclusivamente el bien del otro”, pero también con el término *eros*. En efecto, al mismo tiempo que es amor que ofrece al hombre todo lo que es Dios, como expliqué en el *Mensaje para esta Cuaresma*, también es un amor donde “el corazón mismo de Dios, el Todopoderoso, espera el “sí” de sus criaturas como un joven esposo el de su esposa” (*L’Osservatore Romano*, edición en lengua española, 16 de febrero de 2007, p. 4). Por desgracia, “desde sus orígenes, la humanidad, seducida por las mentiras del Maligno, se ha cerrado al amor de Dios, con el espejismo de una autosuficiencia imposible (cf. *Gn 3, 1-7*)” (*ib.*).

Pero en el sacrificio de la cruz Dios sigue proponiendo su amor, su pasión por el hombre, la fuerza que, como dice el Pseudo Dionisio, “impide al amante permanecer en sí mismo, sino que lo impulsa a unirse al amado” (*De divinis nominibus*, IV, 13: *PG 3, 712*). Dios viene a “mendigar” el amor de su criatura. Esta tarde, al acercaros al sacramento de la confesión, podréis experimentar el “don gratuito que Dios nos hace de su vida, infundida por el Espíritu Santo en nuestra alma para sanarla del pecado y santificarla” (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1999), para que, unidos a Cristo, lleguemos a ser criaturas nuevas (cf. *2 Co 5, 17-18*).

Queridos jóvenes de la diócesis de Roma, con el bautismo habéis nacido ya a una vida nueva en virtud de la gracia de Dios. Ahora bien, dado que esta vida nueva no ha elimi-

nado la debilidad de la naturaleza humana, ni la inclinación al pecado, se nos da la oportunidad de acercarnos al sacramento de la confesión. Cada vez que lo hacéis con fe y devoción, el amor y la misericordia de Dios mueven vuestro corazón, después de un esmerado examen de conciencia, para acudir al ministro de Cristo. A él, y así a Cristo mismo, expresáis el dolor por los pecados cometidos, con el firme propósito de no volver a pecar más en el futuro, dispuestos a aceptar con alegría los actos de penitencia que él os indique para reparar el daño causado por el pecado.

De este modo, experimentáis “el perdón de los pecados; la reconciliación con la Iglesia; la recuperación del estado de gracia, si se había perdido; la remisión de la pena eterna merecida a causa de los pecados mortales y, al menos en parte, de las penas temporales que son consecuencia del pecado; la paz y la serenidad de conciencia, y el consuelo del espíritu; y el aumento de la fuerza espiritual para el combate cristiano” de cada día (*Compendio del Catecismo de la Iglesia católica*, n. 310).

Con el lavado penitencial de este sacramento, somos readmitidos en la plena comunión con Dios y con la Iglesia, que es una compañía digna de confianza porque es “sacramento universal de salvación” (*Lumen gentium*, 48).

En la primera parte del mandamiento nuevo, el Señor dice: “Amaos unos a otros” (*Jn 13, 34*). Ciertamente, el Señor espera que nos dejemos conquistar por su amor y experimentemos toda su grandeza y su

belleza, pero no basta. Cristo nos atrae hacia sí para unirse a cada uno de nosotros, a fin de que también nosotros aprendamos a amar a nuestros hermanos con el mismo amor con que él nos ha amado.

Hoy, como siempre, existe gran necesidad de una renovada capacidad de amar a los hermanos. Al salir de esta celebración, con el corazón lleno de la experiencia del amor de Dios, debéis estar preparados para “atreveros” a vivir el amor en vuestras familias, en las relaciones con vuestros amigos e incluso con quienes os han ofendido. Debéis estar preparados para influir, con un testimonio auténticamente cristiano, en los ambientes de estudio y de trabajo, a comprometeros en las comunidades parroquiales, en los grupos, en los movimientos, en las asociaciones y en todos los ámbitos de la sociedad.

Vosotros, jóvenes novios, vivid el noviazgo con un amor verdadero, que implica siempre respeto recíproco, casto y responsable. Si el Señor llama a alguno de vosotros, queridos jóvenes amigos de Roma, a una vida de especial consagración, estad dispuestos a responder con un “sí” generoso y sin componendas. Si os entregáis a Dios y a los hermanos, experimentaréis la alegría de quien no se encierra en sí mismo con un egoísmo muy a menudo asfixiante.

Pero, ciertamente, todo ello tiene un precio, el precio que Cristo pagó primero y que todos sus discípulos, aunque de modo muy inferior con respecto al Maestro, también deben pagar: el precio del sacrificio y de la abnegación, de la fidelidad y de

la perseverancia, sin los cuales no hay y no puede haber verdadero amor, plenamente libre y fuente de alegría.

Queridos chicos y chicas, el mundo espera vuestra contribución para la edificación de la “civilización del amor”. “El horizonte del amor es realmente ilimitado: es el mundo entero” (*Mensaje para la XXII Jornada mundial de la juventud*). Los sacerdotes que os acompañan y vuestros educadores están seguros de que, con la gracia de Dios y la constante ayuda de su divina misericordia, lograréis estar a la altura de la ardua tarea a la que el Señor os llama.

No os desalentéis; antes bien, tened confianza en Cristo y en su Iglesia. El Papa está cerca de vosotros y os asegura un recuerdo diario en la oración, encomendándoos de modo particular a la Virgen María, Madre de misericordia, para que os acompañe y sostenga siempre. Amén.

**Homilía del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
en la celebración del Domingo de  
Ramos y de la Pasión del Señor**

*Plaza de San Pedro; XXII Jornada  
Mundial de la Juventud, domingo 1 de  
abril de 2007*

*Queridos hermanos y hermanas:*

En la procesión del domingo de Ramos nos unimos a la multitud de los discípulos que, con gran alegría, acompañan al

Señor en su entrada en Jerusalén. Como ellos, alabamos al Señor aclamándolo por todos los prodigios que hemos visto. Sí, también nosotros hemos visto y vemos todavía ahora los prodigios de Cristo: cómo lleva a hombres y mujeres a renunciar a las comodidades de su vida y a ponerse totalmente al servicio de los que sufren; cómo da a hombres y mujeres la valentía para oponerse a la violencia y a la mentira, para difundir en el mundo la verdad; cómo, en secreto, induce a hombres y mujeres a hacer el bien a los demás, a suscitar la reconciliación donde había odio, a crear la paz donde reinaba la enemistad.

La procesión es, ante todo, un testimonio gozoso que damos de Jesucristo, en el que se nos ha hecho visible el rostro de Dios y gracias al cual el corazón de Dios se nos ha abierto a todos. En el evangelio de san Lucas, la narración del inicio del cortejo cerca de Jerusalén está compuesta en parte, literalmente, según el modelo del rito de coronación con el que, como dice el primer libro de los Reyes, Salomón fue revestido como heredero de la realeza de David (cf. *1 R* 1, 33-35). Así, la procesión de Ramos es también una procesión de Cristo Rey: profesamos la realeza de Jesucristo, reconocemos a Jesús como el Hijo de David, el verdadero Salomón, el Rey de la paz y de la justicia.

Reconocerlo como rey significa aceptarlo como aquél que nos indica el camino, aquel del que nos fiamos y al que seguimos. Significa aceptar día a día su palabra como criterio válido para nuestra vida. Significa ver en él la autoridad a la

que nos sometemos. Nos sometemos a él, porque su autoridad es la autoridad de la verdad.

La procesión de Ramos es -como sucedió en aquella ocasión a los discípulos- ante todo expresión de alegría, porque podemos conocer a Jesús, porque él nos concede ser sus amigos y porque nos ha dado la clave de la vida. Pero esta alegría del inicio es también expresión de nuestro “sí” a Jesús y de nuestra disponibilidad a ir con él a dondequiera que nos lleve. Por eso, la exhortación inicial de la liturgia de hoy interpreta muy bien la procesión también como representación simbólica de lo que llamamos “seguimiento de Cristo”: “Pidamos la gracia de seguirlo”, hemos dicho. La expresión “seguimiento de Cristo” es una descripción de toda la existencia cristiana en general. ¿En qué consiste? ¿Qué quiere decir en concreto “seguir a Cristo”?

Al inicio, con los primeros discípulos, el sentido era muy sencillo e inmediato: significaba que estas personas habían decidido dejar su profesión, sus negocios, toda su vida, para ir con Jesús. Significaba emprender una nueva profesión: la de discípulo. El contenido fundamental de esta profesión era ir con el maestro, dejarse guiar totalmente por él. Así, el seguimiento era algo exterior y, al mismo tiempo, muy interior. El aspecto exterior era caminar detrás de Jesús en sus peregrinaciones por Palestina; el interior era la nueva orientación de la existencia, que ya no tenía sus puntos de referencia en los negocios, en el oficio que daba con qué

vivir, en la voluntad personal, sino que se abandonaba totalmente a la voluntad de Otro. Estar a su disposición había llegado a ser ya una razón de vida. Eso implicaba renunciar a lo que era propio, desprenderse de sí mismo, como podemos comprobarlo de modo muy claro en algunas escenas de los evangelios.

Pero esto también pone claramente de manifiesto qué significa para nosotros el seguimiento y cuál es su verdadera esencia: se trata de un cambio interior de la existencia. Me exige que ya no esté encerrado en mi yo, considerando mi autorrealización como la razón principal de mi vida. Requiere que me entregue libremente a Otro, por la verdad, por amor, por Dios que, en Jesucristo, me precede y me indica el camino. Se trata de la decisión fundamental de no considerar ya los beneficios y el lucro, la carrera y el éxito como fin último de mi vida, sino de reconocer como criterios auténticos la verdad y el amor. Se trata de la opción entre vivir sólo para mí mismo o entregarme por lo más grande. Y tengamos muy presente que verdad y amor no son valores abstractos; en Jesucristo se han convertido en persona. Siguiéndolo a él, entro al servicio de la verdad y del amor. Perdiéndome, me encuentro.

Volvamos a la liturgia y a la procesión de Ramos. En ella la liturgia prevé como canto el Salmo 24, que también en Israel era un canto procesional usado durante la subida al monte del templo. El Salmo interpreta la subida interior, de la que la subida exterior es imagen, y nos explica una vez más lo que significa subir con

Cristo. “¿Quién puede subir al monte del Señor?”, pregunta el Salmo, e indica dos condiciones esenciales. Los que suben y quieren llegar verdaderamente a lo alto, hasta la altura verdadera, deben ser personas que se interrogan sobre Dios, personas que escrutan en torno a sí buscando a Dios, buscando su rostro.

Queridos jóvenes amigos, ¡cuán importante es hoy precisamente no dejarse llevar simplemente de un lado a otro en la vida, no contentarse con lo que todos piensan, dicen y hacen, escrutar a Dios y buscar a Dios, no dejar que el interrogante sobre Dios se disuelva en nuestra alma, el deseo de lo que es más grande, el deseo de conocerlo a él, su rostro...!

La otra condición muy concreta para la subida es esta: puede estar en el lugar santo “el hombre de manos inocentes y corazón puro”. Manos inocentes son manos que no se usan para actos de violencia. Son manos que no se ensucian con la corrupción, con sobornos. Corazón puro: ¿cuándo el corazón es puro? Es puro un corazón que no finge y no se mancha con la mentira y la hipocresía; un corazón transparente como el agua de un manantial, porque no tiene dobleces. Es puro un corazón que no se extravía en la embriaguez del placer; un corazón cuyo amor es verdadero y no solamente pasión de un momento.

Manos inocentes y corazón puro: si caminamos con Jesús, subimos y encontramos las purificaciones que nos llevan verdaderamente a la altura a la que el hombre está destinado: la amistad con Dios mismo.

El salmo 24, que habla de la subida, termina con una liturgia de entrada ante el pórtico del templo: “¡Portones!, alzad los dinteles, que se alcen las antiguas compuertas: va a entrar el Rey de la gloria”. En la antigua liturgia del domingo de Ramos, el sacerdote, al llegar ante el templo, llamaba fuertemente con el asta de la cruz de la procesión al portón aún cerrado, que a continuación se abría. Era una hermosa imagen para ilustrar el misterio de Jesucristo mismo que, con el madero de su cruz, con la fuerza de su amor que se entrega, ha llamado desde el lado del mundo a la puerta de Dios; desde el lado de un mundo que no lograba encontrar el acceso a Dios.

Con la cruz, Jesús ha abierto de par en par la puerta de Dios, la puerta entre Dios y los hombres. Ahora ya está abierta. Pero también desde el otro lado, el Señor llama con su cruz: llama a las puertas del mundo, a las puertas de nuestro corazón, que con tanta frecuencia y en tan gran número están cerradas para Dios. Y nos dice más o menos lo siguiente: si las pruebas que Dios te da de su existencia en la creación no logran abrirte a él; si la palabra de la Escritura y el mensaje de la Iglesia te dejan indiferente, entonces mírame a mí, al Dios que sufre por ti, que personalmente padece contigo; mira que sufro por amor a ti y ábrete a mí, tu Señor y tu Dios.

Éste es el llamamiento que en esta hora dejamos penetrar en nuestro corazón. Que el Señor nos ayude a abrir la puerta del corazón, la puerta del mundo, para que él, el Dios vivo, pueda llegar en su

Hijo a nuestro tiempo y cambiar nuestra vida. Amén.

**Homilía del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
en la concelebración en sufragio  
del Papa Juan Pablo II**

*Plaza de San Pedro, Lunes 2 de abril de  
2007*

*Venerados hermanos en el episcopado y en  
el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:*

Hace dos años, un poco más tarde de esta hora, partía de este mundo hacia la casa del Padre el amado Papa, Juan Pablo II. Con esta celebración queremos ante todo renovar a Dios nuestra acción de gracias por habérselo dado durante veintisiete años como padre y guía seguro en la fe, pastor celoso, profeta valiente de esperanza, testigo incansable y servidor apasionado del amor de Dios. Al mismo tiempo, ofrecemos el sacrificio eucarístico en sufragio de su alma elegida, con el recuerdo imborrable de la gran devoción con que celebraba los sagrados misterios y adoraba el Sacramento del altar, centro de su vida y de su incansable misión apostólica.

Deseo expresar mi agradecimiento a todos los que habéis querido participar en esta santa misa. Dirijo un saludo particular al cardenal Stanislaw Dziwisz, arzobispo de Cracovia, imaginando los sentimien-



tos que se agolpan en este momento en su alma. Saludo a los demás cardenales, a los obispos, a los sacerdotes, a los religiosos y las religiosas presentes; a los peregrinos que han venido desde Polonia para esta celebración; a los muchos jóvenes a quienes el Papa Juan Pablo II amaba con singular afecto; y a los numerosos fieles que, procedentes de todas las partes de Italia y del mundo, se han dado cita hoy aquí, en la plaza de San Pedro.

El segundo aniversario de la piadosa muerte de este amado Pontífice se celebra en un contexto muy propicio al recogimiento y a la oración, pues ayer, con el domingo de Ramos, hemos entrado en la Semana santa, y la liturgia nos hace revivir los últimos días de la vida terrena del Señor Jesús. Hoy nos conduce a Betania, donde, precisamente “seis días antes de la Pascua”, como anota el evangelista san Juan, Lázaro, Marta y María ofrecieron una cena al Maestro.

El relato evangélico confiere un intenso clima pascual a nuestra meditación: la cena de Betania es preludio de la muerte de Jesús, bajo el signo de la unción que María hizo en honor del Maestro y que él aceptó en previsión de su sepultura (cf. *Jn* 12, 7). Pero también es anuncio de la resurrección, mediante la presencia misma del resucitado Lázaro, testimonio elocuente del poder de Cristo sobre la muerte.

Además de su profundo significado pascual, la narración de la cena de Betania encierra una emotiva resonancia, llena de afecto y devoción; una mezcla de alegría y

de dolor: alegría de fiesta por la visita de Jesús y de sus discípulos, por la resurrección de Lázaro, por la Pascua ya cercana; y amargura profunda porque esa Pascua podía ser la última, como hacían temer las tramas de los judíos, que querían la muerte de Jesús, y las amenazas contra el mismo Lázaro, cuya muerte se proyectaba.

En este pasaje evangélico hay un gesto sobre el que se centra nuestra atención, y que también ahora habla de modo singular a nuestro corazón: en un momento determinado, María de Betania, “tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos” (*Jn* 12, 3). Es uno de los detalles de la vida de Jesús que san Juan recogió en la memoria de su corazón y que contienen una inagotable fuerza expresiva. Habla del amor a Cristo, un amor sobreabundante, pródigo, como el unguento “muy caro” derramado sobre sus pies. Un hecho que, sintomáticamente, escandalizó a Judas Iscariote: la lógica del amor contrasta con la del interés económico.

Para nosotros, reunidos en oración para recordar a mi venerado predecesor, el gesto de la unción de María de Betania entraña ecos y sugerencias espirituales. Evoca el luminoso testimonio que Juan Pablo II dio de un amor a Cristo sin reservas y sin escatimar sacrificios. El “perfume” de su amor “llenó toda la casa” (*Jn* 12, 3), es decir, toda la Iglesia. Ciertamente, resultamos beneficiados nosotros, que estuvimos cerca de él, y por esto damos gracias a Dios, pero también pudieron gozar de él todos los que lo conocieron de lejos, porque el

amor del Papa Wojtyla a Cristo era tan fuerte e intenso que rebosó, podríamos decir, a todas las regiones del mundo.

La estima, el respeto y el afecto que creyentes y no creyentes le expresaron a su muerte, ¿no son acaso un testimonio elocuente? San Agustín, comentando este pasaje del evangelio de san Juan, escribe: “La casa se llenó de perfume; es decir, el mundo se llenó de la buena fama. El buen olor es la buena fama... Por mérito de los buenos cristianos, el nombre del Señor es alabado” (*In Io. evang. tr.*, 50, 7). Es verdad: el intenso y fecundo ministerio pastoral, y más aún el calvario de la agonía y la serena muerte de nuestro amado Papa, dieron a conocer a los hombres de nuestro tiempo que Jesucristo era de verdad su “todo”.

La fecundidad de este testimonio, como sabemos, depende de la cruz. En la vida de Karol Wojtyla la palabra “cruz” no fue sólo una palabra. Desde su infancia y su juventud experimentó el dolor y la muerte. Como sacerdote y como obispo, y sobre todo como Sumo Pontífice, se tomó muy en serio la última llamada de Cristo resucitado a Simón Pedro, en la ribera del lago de Galilea: “Sígueme... Tú sígueme” (*Jn 21, 19. 22*). Especialmente en el lento pero implacable avance de la enfermedad, que poco a poco lo despojó de todo, su existencia se transformó en una ofrenda completa a Cristo, anuncio vivo de su pasión, con la esperanza llena de fe en la resurrección.

Su pontificado se desarrolló bajo el signo de la “prodigalidad”, de una entrega

generosa y sin reservas. Lo movía únicamente el amor místico a Cristo, a Aquél que, el 16 de octubre de 1978, lo había llamado con las palabras del ceremonial: “*Magister adest et vocat te*”, “el Maestro está aquí y te llama”. El 2 de abril de 2005, el Maestro volvió a llamarlo, esta vez sin intermediarios, para llevarlo a casa, a la casa del Padre. Y él, una vez más, respondió prontamente con su corazón intrépido, y susurró: “Dejadme ir al Señor” (cf. S. Dziwisz, *Una vita con Karol*, p. 223).

Desde mucho tiempo antes se preparaba para este último encuentro con Jesús, como lo atestiguan las diversas redacciones de su Testamento. Durante los largos ratos de oración en su capilla privada hablaba con él, abandonándose totalmente a su voluntad, y se encomendaba a María, repitiendo el *Totus tuus*. Como su divino Maestro, vivió su agonía en oración. Durante el último día de su vida, víspera del domingo de la Misericordia divina, pidió que se le leyera precisamente el evangelio de san Juan. Con la ayuda de las personas que lo acompañaban, quiso participar en todas las oraciones diarias y en la liturgia de las Horas, hacer la adoración y la meditación. Murió orando. Verdaderamente, se durmió en el Señor.

“Y toda la casa se llenó del olor del perfume” (*Jn 12, 3*). Volvamos a esta anotación, tan sugestiva, del evangelista san Juan. El perfume de la fe, de la esperanza y de la caridad del Papa llenó su casa, llenó la plaza de San Pedro, llenó la Iglesia y se difundió por el mundo entero. Lo que aconteció después de su muerte fue,

para quien cree, efecto de aquel “perfume” que llegó a todos, cercanos y lejanos, y los atrajo hacia un hombre que Dios había configurado progresivamente con su Cristo.

Por eso, podemos aplicarle a él las palabras del primer canto del Siervo del Señor, que hemos escuchado en la primera lectura: “Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, a quien prefiero. Sobre él he puesto mi espíritu, para que traiga el derecho a las naciones” (*Is 42, 1*). “Siervo de Dios”: es lo que fue, y así lo llamamos ahora en la Iglesia, mientras se desarrolla con rapidez su proceso de beatificación: precisamente esta mañana se ha clausurado la investigación diocesana sobre su vida, sus virtudes y su fama de santidad.

“Siervo de Dios” es un título particularmente apropiado para él. El Señor lo llamó a su servicio por el camino del sacerdocio y le abrió poco a poco horizontes cada vez más amplios: desde su diócesis hasta la Iglesia universal. Esta dimensión de universalidad alcanzó su máxima extensión en el momento de su muerte, acontecimiento que el mundo entero vivió con una participación nunca vista en la historia.

Queridos hermanos y hermanas, el Salmo responsorial ha puesto en nuestros labios palabras llenas de confianza. En la comunión de los santos, nos parece escuchar la viva voz del amado Juan Pablo II, que desde la casa del Padre -estamos seguros- no deja de acompañar el camino de la Iglesia: “Espera en el Señor, sé valiente; ten ánimo, espera en el Señor” (*Sal 26, 14*).

Sí, tengamos ánimo, queridos hermanos y hermanas; que nuestro corazón esté lleno de esperanza. Con esta invitación en el corazón prosigamos la celebración eucarística, vislumbrando ya la luz de la Resurrección de Cristo, que brillará en la Vigilia pascual después de la dramática oscuridad del Viernes santo.

Que el *Totus tuus* del amado Pontífice nos estimule a seguirlo por la senda de la entrega de nosotros mismos a Cristo por intercesión de María, y nos lo obtenga precisamente ella, la Virgen santísima, mientras encomendamos a sus manos maternales a este padre, hermano y amigo nuestro, para que en Dios descanse y goce en paz. Amén.

**Homilía del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
en la Santa Misa Crismal**

*Basílica Vaticana; Jueves Santo 5 de  
abril de 2007*

*Queridos hermanos y hermanas:*

El escritor ruso León Tolstoi, en un breve relato, narra que había un rey severo que pidió a sus sacerdotes y sabios que le mostraran a Dios para poder verlo. Los sabios no fueron capaces de cumplir ese deseo. Entonces un pastor, que volvía del campo, se ofreció para realizar la tarea de los sacerdotes y los sabios. El pastor dijo al rey que sus ojos no bastaban para ver a Dios. Entonces el rey quiso saber al menos

qué es lo que hacía Dios. “Para responder a esta pregunta -dijo el pastor al rey- debemos intercambiarnos nuestros vestidos”. Con cierto recelo, pero impulsado por la curiosidad para conocer la información esperada, el rey accedió y entregó sus vestiduras reales al pastor y él se vistió con la ropa sencilla de ese pobre hombre. En ese momento recibió como respuesta: “Esto es lo que hace Dios”.

En efecto, el Hijo de Dios, Dios verdadero de Dios verdadero, renunció a su esplendor divino: “Se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte” (*Flp* 2, 6 ss). Como dicen los santos Padres, Dios realizó el *sacrum commercium*, el sagrado intercambio: asumió lo que era nuestro, para que nosotros pudiéramos recibir lo que era suyo, ser semejantes a Dios.

San Pablo, refiriéndose a lo que acontece en el bautismo, usa explícitamente la imagen del vestido: “Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo” (*Ga* 3, 27). Eso es precisamente lo que sucede en el bautismo: nos revestimos de Cristo; él nos da sus vestidos, que no son algo externo. Significa que entramos en una comunión existencial con él, que su ser y el nuestro confluyen, se compenetran mutuamente. “Ya no soy yo quien vivo, sino que es Cristo quien vive en mí”: así describe san Pablo en la *carta a los Gálatas* (*Ga* 2, 20) el acontecimiento de su bautismo.

Cristo se ha puesto nuestros vestidos: el dolor y la alegría de ser hombre, el hambre, la sed, el cansancio, las esperanzas y las desilusiones, el miedo a la muerte, todas nuestras angustias hasta la muerte. Y nos ha dado sus “vestidos”. Lo que expone en la *carta a los Gálatas* como simple “hecho” del bautismo -el don del nuevo ser-, san Pablo nos lo presenta en la *carta a los Efesios* como un compromiso permanente: “Debéis despojaros, en cuanto a vuestra vida anterior, del hombre viejo. (...) y revestiros del hombre nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad. Por tanto, desechando la mentira, hablad con verdad cada cual con su prójimo, pues somos miembros los unos de los otros. Si os airáis, no pequéis” (*Ef* 4, 22-26).

Esta teología del bautismo se repite de modo nuevo y con nueva insistencia en la ordenación sacerdotal. De la misma manera que en el bautismo se produce un “intercambio de vestidos”, un intercambio de destinos, una nueva comunión existencial con Cristo, así también en el sacerdocio se da un intercambio: en la administración de los sacramentos el sacerdote actúa y habla ya “*in persona Christi*”.

En los sagrados misterios el sacerdote no se representa a sí mismo y no habla expresándose a sí mismo, sino que habla en la persona de Otro, de Cristo. Así, en los sacramentos se hace visible de modo dramático lo que significa en general ser sacerdote; lo que expresamos con nuestro “*Adsum*” -”Presente”- durante la consagración sacerdotal: estoy aquí, presente, para

que tú puedas disponer de mí. Nos ponemos a disposición de Aquél “que murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí” (2 Co 5, 15). Ponernos a disposición de Cristo significa identificarnos con su entrega “por todos”: estando a su disposición podemos entregarnos de verdad “por todos”.

*In persona Christi*: en el momento de la ordenación sacerdotal, la Iglesia nos hace visible y palpable, incluso externamente, esta realidad de los “vestidos nuevos” al revestirnos con los ornamentos litúrgicos. Con ese gesto externo quiere poner de manifiesto el acontecimiento interior y la tarea que de él deriva: revestirnos de Cristo, entregarnos a él como él se entregó a nosotros. Este acontecimiento, el “revestirnos de Cristo”, se renueva continuamente en cada misa cuando nos revestimos de los ornamentos litúrgicos. Para nosotros, revestirnos de los ornamentos debe ser algo más que un hecho externo; implica renovar el “sí” de nuestra misión, el “ya no soy yo” del bautismo que la ordenación sacerdotal de modo nuevo nos da y a la vez nos pide.

El hecho de acercarnos al altar vestidos con los ornamentos litúrgicos debe hacer claramente visible a los presentes, y a nosotros mismos, que estamos allí “en la persona de Otro”. Los ornamentos sacerdotales, tal como se han desarrollado a lo largo del tiempo, son una profunda expresión simbólica de lo que significa el sacerdocio. Por eso, queridos hermanos, en este Jueves santo quisiera explicar la esencia del ministerio sacerdotal inter-

pretando los ornamentos litúrgicos, que quieren ilustrar precisamente lo que significa “revestirse de Cristo”, hablar y actuar *in persona Christi*.

En otros tiempos, al revestirse de los ornamentos sacerdotales se rezaban oraciones que ayudaban a comprender mejor cada uno de los elementos del ministerio sacerdotal. Comencemos por el *amito*. En el pasado -y todavía hoy en las órdenes monásticas- se colocaba primero sobre la cabeza, como una especie de capucha, simbolizando así la disciplina de los sentidos y del pensamiento, necesaria para una digna celebración de la santa misa. Nuestros pensamientos no deben divagar por las preocupaciones y las expectativas de nuestra vida diaria; los sentidos no deben verse atraídos hacia lo que allí, en el interior de la iglesia, casualmente quisiera secuestrar los ojos y los oídos. Nuestro corazón debe abrirse dócilmente a la palabra de Dios y recogerse en la oración de la Iglesia, para que nuestro pensamiento reciba su orientación de las palabras del anuncio y de la oración. Y la mirada del corazón se debe dirigir hacia el Señor, que está en medio de nosotros: eso es lo que significa *ars celebrandi*, el modo correcto de celebrar. Si estoy con el Señor, entonces al escuchar, hablar y actuar, atraigo también a la gente hacia la comunión con él.

Los textos de la oración que interpretan el *alba* y la *estola* van en la misma dirección. Evocan el vestido festivo que el padre dio al hijo pródigo al volver a casa andrajoso y sucio. Cuando nos disponemos a celebrar la liturgia para actuar en

la persona de Cristo, todos caemos en la cuenta de cuán lejos estamos de él, de cuánta suciedad hay en nuestra vida. Sólo él puede darnos un traje de fiesta, hacernos dignos de presidir su mesa, de estar a su servicio.

Así, las oraciones recuerdan también las palabras del *Apocalipsis*, según las cuales las vestiduras de los ciento cuarenta y cuatro mil elegidos eran dignas de Dios no por mérito de ellos. El *Apocalipsis* comenta que habían lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero y que de ese modo habían quedado tan blancas como la luz (cf. *Ap* 7, 14).

Cuando yo era niño me decía: pero algo que se lava en la sangre no queda blanco como la luz. La respuesta es: la “sangre del Cordero” es el amor de Cristo crucificado. Este amor es lo que blanquea nuestros vestidos sucios, lo que hace veraz e ilumina nuestra alma obscurecida; lo que, a pesar de todas nuestras tinieblas, nos transforma a nosotros mismos en “luz en el Señor”. Al revestirnos del alba deberíamos recordar: él sufrió también por mí; y sólo porque su amor es más grande que todos mis pecados, puedo representarlo y ser testigo de su luz.

Pero además de pensar en el vestido de luz que el Señor nos ha dado en el bautismo y, de modo nuevo, en la ordenación sacerdotal, podemos considerar también el vestido nupcial, del que habla la parábola del banquete de Dios. En las homilías de san Gregorio Magno he encontrado a este respecto una reflexión digna de tenerse en

cuenta. San Gregorio distingue entre la versión de la parábola que nos ofrece san Lucas y la de san Mateo. Está convencido de que la parábola de san Lucas habla del banquete nupcial escatológico, mientras que, según él, la versión que nos transmite san Mateo trataría de la anticipación de este banquete nupcial en la liturgia y en la vida de la Iglesia.

En efecto, en san Mateo, y sólo en san Mateo, el rey acude a la sala llena para ver a sus huéspedes. Y entre esa multitud encuentra también un huésped sin vestido nupcial, que luego es arrojado fuera a las tinieblas. Entonces san Gregorio se pregunta: “pero, ¿qué clase de vestido le faltaba? Todos los fieles congregados en la Iglesia han recibido el vestido nuevo del bautismo y de la fe; de lo contrario no estarían en la Iglesia. Entonces, ¿qué les falta aún? ¿Qué vestido nupcial debe añadirse aún?”.

El Papa responde: “El vestido del amor”. Y, por desgracia, entre sus huéspedes, a los que había dado el vestido nuevo, el vestido blanco del nuevo nacimiento, el rey encuentra algunos que no llevaban el vestido color púrpura del amor a Dios y al prójimo. “¿En qué condición queremos entrar en la fiesta del cielo -se pregunta el Papa-, si no llevamos puesto el vestido nupcial, es decir, el amor, lo único que nos puede embellecer?”. En el interior de una persona sin amor reina la oscuridad. Las tinieblas exteriores, de las que habla el Evangelio, son sólo el reflejo de la ceguera interna del corazón (cf. *Homilía* XXXVIII, 8-13).

Ahora, al disponernos a celebrar la santa misa, deberíamos preguntarnos si llevamos puesto este vestido del amor. Pidamos al Señor que aleje toda hostilidad de nuestro interior, que nos libre de todo sentimiento de autosuficiencia, y que, de verdad, nos revista con el vestido del amor, para que seamos personas luminosas y no pertenezcamos a las tinieblas.

Por último, me referiré brevemente a la *casulla*. La oración tradicional cuando el sacerdote reviste la *casulla* ve representado en ella el yugo del Señor, que se nos impone a los sacerdotes. Y recuerda las palabras de Jesús, que nos invita a llevar su yugo y a aprender de él, que es “manso y humilde de corazón” (Mt 11, 29). Llevar el yugo del Señor significa, ante todo, aprender de él. Estar siempre dispuestos a seguir su ejemplo. De él debemos aprender la mansedumbre y la humildad, la humildad de Dios que se manifiesta al hacerse hombre.

San Gregorio Nacianceno, en cierta ocasión, se preguntó por qué Dios quiso hacerse hombre. La parte más importante, y para mí más conmovedora, de su respuesta es: “Dios quería darse cuenta de lo que significa para nosotros la obediencia y quería medirlo todo según su propio sufrimiento, esta invención de su amor por nosotros. De este modo, puede conocer directamente en sí mismo lo que nosotros experimentamos, lo que se nos exige, la indulgencia que merecemos, calculando nuestra debilidad según su sufrimiento” (*Discurso 30; Disc. Teol. IV, 6*).

A veces quisiéramos decir a Jesús: “Señor, para mí tu yugo no es ligero; más aún, es muy pesado en este mundo”. Pero luego, mirándolo a él que lo soportó todo, que experimentó en sí la obediencia, la debilidad, el dolor, toda la oscuridad, entonces dejamos de lamentarnos. Su yugo consiste en amar como él. Y cuanto más lo amamos a él y cuanto más amamos como él, tanto más ligero nos resulta su yugo, en apariencia pesado.

Pidámosle que nos ayude a amar como él, para experimentar cada vez más cuán hermoso es llevar su yugo. Amén.

**Homilía del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
en la Santa Misa «In Cena Domini»**

*Basilica de San Juan de Letrán. Jueves  
Santo, 5 de abril de 2007*

*Queridos hermanos y hermanas:*

En la lectura del *libro del Éxodo*, que acabamos de escuchar, se describe la celebración de la Pascua de Israel tal como la establecía la ley de Moisés. En su origen, puede haber sido una fiesta de primavera de los nómadas. Sin embargo, para Israel se había transformado en una fiesta de conmemoración, de acción de gracias y, al mismo tiempo, de esperanza.

En el centro de la cena pascual, ordenada según determinadas normas litúrgicas, estaba el cordero como símbolo de la libe-

ración de la esclavitud en Egipto. Por este motivo, el *haggadah* pascual era parte integrante de la comida a base de cordero: el recuerdo narrativo de que había sido Dios mismo quien había liberado a Israel “con la mano alzada”. Él, el Dios misterioso y escondido, había sido más fuerte que el faraón, con todo el poder de que disponía. Israel no debía olvidar que Dios había tomado personalmente en sus manos la historia de su pueblo y que esta historia se basaba continuamente en la comunión con Dios. Israel no debía olvidarse de Dios.

En el rito de la conmemoración abundaban las palabras de alabanza y acción de gracias tomadas de los Salmos. La acción de gracias y la bendición de Dios alcanzaban su momento culminante en la *berakha*, que en griego se dice *eulogia* o *eucaristia*: bendecir a Dios se convierte en bendición para quienes bendicen. La ofrenda hecha a Dios vuelve al hombre bendecida. Todo esto levantaba un puente desde el pasado hasta el presente y hacia el futuro: aún no se había realizado la liberación de Israel. La nación sufría todavía como pequeño pueblo en medio de las tensiones entre las grandes potencias. El recuerdo agradecido de la acción de Dios en el pasado se convertía al mismo tiempo en súplica y esperanza: Lleva a cabo lo que has comenzado. Danos la libertad definitiva.

Jesús celebró con los suyos esta cena de múltiples significados en la noche anterior a su pasión. Teniendo en cuenta este contexto, podemos comprender la nueva Pascua, que él nos dio en la santa

Eucaristía. En las narraciones de los evangelistas hay una aparente contradicción entre el evangelio de san Juan, por una parte, y lo que, por otra, nos dicen san Mateo, san Marcos y san Lucas. Según san Juan, Jesús murió en la cruz precisamente en el momento en el que, en el templo, se inmolaban los corderos pascuales. Su muerte y el sacrificio de los corderos coincidieron. Pero esto significa que murió en la víspera de la Pascua y que, por tanto, no pudo celebrar personalmente la cena pascual. Al menos esto es lo que parece. Por el contrario, según los tres evangelios sinópticos, la última Cena de Jesús fue una cena pascual, en cuya forma tradicional él introdujo la novedad de la entrega de su cuerpo y de su sangre.

Hasta hace pocos años, esta contradicción parecía insoluble. La mayoría de los exegetas pensaba que san Juan no había querido comunicarnos la verdadera fecha histórica de la muerte de Jesús, sino que había optado por una fecha simbólica para hacer así evidente la verdad más profunda: Jesús es el nuevo y verdadero cordero que derramó su sangre por todos nosotros.

Mientras tanto, el descubrimiento de los escritos de Qumram nos ha llevado a una posible solución convincente que, si bien todavía no es aceptada por todos, se presenta como muy probable. Ahora podemos decir que lo que san Juan refirió es históricamente preciso. Jesús derramó realmente su sangre en la víspera de la Pascua, a la hora de la inmolación de los corderos. Sin embargo, celebró la Pascua con sus discípulos probablemente según



el calendario de Qumram, es decir, al menos un día antes: la celebró sin cordero, como la comunidad de Qumram, que no reconocía el templo de Herodes y estaba a la espera del nuevo templo.

Por consiguiente, Jesús celebró la Pascua sin cordero; no, no sin cordero: en lugar del cordero se entregó a sí mismo, entregó su cuerpo y su sangre. Así anticipó su muerte como había anunciado: “Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente” (Jn 10, 18). En el momento en que entregaba a sus discípulos su cuerpo y su sangre, cumplía realmente esa afirmación. Él mismo entregó su vida. Sólo de este modo la antigua Pascua alcanzaba su verdadero sentido.

San Juan Crisóstomo, en sus catequesis eucarísticas, escribió en cierta ocasión: ¿Qué dices, Moisés? ¿Que la sangre de un cordero purifica a los hombres? ¿Que los salva de la muerte? ¿Cómo puede purificar a los hombres la sangre de un animal? ¿Cómo puede salvar a los hombres, tener poder contra la muerte? De hecho -sigue diciendo-, el cordero sólo podía ser un símbolo y, por tanto, la expresión de la expectativa y de la esperanza en Alguien que sería capaz de realizar lo que no podía hacer el sacrificio de un animal.

Jesús celebró la Pascua sin cordero y sin templo; y sin embargo no lo hizo sin cordero y sin templo. Él mismo era el Cordero esperado, el verdadero, como lo había anunciado Juan Bautista al inicio del ministerio público de Jesús: “He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del

mundo” (Jn 1, 29). Y él mismo es el verdadero templo, el templo vivo, en el que habita Dios, y en el que nosotros podemos encontrarnos con Dios y adorarlo. Su sangre, el amor de Aquél que es al mismo tiempo Hijo de Dios y verdadero hombre, uno de nosotros, esa sangre sí puede salvar. Su amor, el amor con el que él se entrega libremente por nosotros, es lo que nos salva. El gesto nostálgico, en cierto sentido sin eficacia, de la inmolación del cordero inocente e inmaculado encontró respuesta en Aquél que se convirtió para nosotros al mismo tiempo en Cordero y Templo.

Así, en el centro de la nueva Pascua de Jesús se encontraba la cruz. De ella procedía el nuevo don traído por él. Y así la cruz permanece siempre en la santa Eucaristía, en la que podemos celebrar con los Apóstoles a lo largo de los siglos la nueva Pascua. De la cruz de Cristo procede el don. “Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente”. Ahora él nos la ofrece a nosotros. El *haggadah* pascual, la conmemoración de la acción salvífica de Dios, se ha convertido en memoria de la cruz y de la resurrección de Cristo, una memoria que no es un mero recuerdo del pasado, sino que nos atrae hacia la presencia del amor de Cristo. Así, la *berakha*, la oración de bendición y de acción de gracias de Israel, se ha convertido en nuestra celebración eucarística, en la que el Señor bendice nuestros dones, el pan y el vino, para entregarse en ellos a sí mismo.

Pidamos al Señor que nos ayude a comprender cada vez más profundamente este misterio maravilloso, a amarlo

cada vez más y, en él, a amarlo cada vez más a él mismo. Pidámosle que nos atraiga cada vez más hacia sí mismo con la sagrada Comunión. Pidámosle que nos ayude a no tener nuestra vida sólo para nosotros mismos, sino a entregársela a él y así actuar junto con él, a fin de que los hombres encuentren la vida, la vida verdadera, que sólo puede venir de quien es el camino, la verdad y la vida. Amén.

**Homilía del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
en la Vigilia Pascual en la Noche Santa**

*Basílica Vaticana. Sábado Santo 7 de  
abril de 2007*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Desde los tiempos más antiguos la liturgia del día de Pascua empieza con las palabras: *Resurrexi et adhuc tecum sum* - he resucitado y siempre estoy contigo; tú has puesto sobre mí tu mano. La liturgia ve en ello las primeras palabras del Hijo dirigidas al Padre después de su resurrección, después de volver de la noche de la muerte al mundo de los vivientes. La mano del Padre lo ha sostenido también en esta noche, y así Él ha podido levantarse, resucitar.

Esas palabras están tomadas del Salmo 138, en el cual tienen inicialmente un sentido diferente. Este Salmo es un canto de asombro por la omnipotencia y la omnipresencia de Dios; un canto de confianza

en aquel Dios que nunca nos deja caer de sus manos. Y sus manos son manos buenas. El suplicante imagina un viaje a través del universo, ¿qué le sucederá? “Si escalo el cielo, allá estás tú; si me acuesto en el abismo, allí te encuentro. Si vuelo hasta el margen de la aurora, si emigro hasta el confín del mar, allí me alcanzará tu izquierda, me agarrará tu derecha. Si digo: «Que al menos la tiniebla me encubra...», ni la tiniebla es oscura para ti, la noche es clara como el día” (*Sal 138 [139],8-12*).

En el día de Pascua la Iglesia nos anuncia: Jesucristo ha realizado por nosotros este viaje a través del universo. En la *Carta a los Efesios* leemos que Él había bajado a lo profundo de la tierra y que Aquél que bajó es el mismo que subió por encima de los cielos para llenar el universo (cf. 4, 9s). Así se ha hecho realidad la visión del Salmo. En la oscuridad impenetrable de la muerte Él entró como luz; la noche se hizo luminosa como el día, y las tinieblas se volvieron luz. Por esto la Iglesia puede considerar justamente la palabra de agradecimiento y confianza como palabra del Resucitado dirigida al Padre: “Sí, he hecho el viaje hasta lo más profundo de la tierra, hasta el abismo de la muerte y he llevado la luz; y ahora he resucitado y estoy agarrado para siempre de tus manos”. Pero estas palabras del Resucitado al Padre se han convertido también en las palabras que el Señor nos dirige: “He resucitado y ahora estoy siempre contigo”, dice a cada uno de nosotros. Mi mano te sostiene. Dondequiera que tu caigas, caerás en mis manos. Estoy presente incluso a las puertas de la muerte. Donde nadie ya no puede

acompañarte y donde tú no puedes llevar nada, allí te espero yo y para ti transformo las tinieblas en luz.

Estas palabras del Salmo, leídas como coloquio del Resucitado con nosotros, son al mismo tiempo una explicación de lo que sucede en el Bautismo. En efecto, el Bautismo es más que un baño o una purificación. Es más que la entrada en una comunidad. Es un nuevo nacimiento. Un nuevo inicio de la vida. El fragmento de la *Carta a los Romanos*, que hemos escuchado ahora, dice con palabras misteriosas que en el Bautismo hemos sido como “incorporados” en la muerte de Cristo. En el Bautismo nos entregamos a Cristo; Él nos toma consigo, para que ya no vivamos para nosotros mismos, sino gracias a Él, con Él y en Él; para que vivamos con Él y así para los demás. En el Bautismo nos abandonamos nosotros mismos, depositamos nuestra vida en sus manos, de modo que podamos decir con san Pablo: “Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”. Si nos entregamos de este modo, aceptando una especie de muerte de nuestro yo, entonces eso significa también que el confín entre muerte y vida se hace permeable. Tanto antes como después de la muerte estamos con Cristo y por esto, desde aquel momento en adelante, la muerte ya no es un verdadero confín. Pablo nos lo dice de un modo muy claro en su *Carta a los Filipenses*: “Para mí la vida es Cristo. Si puedo estar junto a Él (es decir, si muero) es una ganancia. Pero si quedo en esta vida, todavía puedo llevar fruto. Así me encuentro en este dilema: partir -es decir, ser ejecutado- y estar con

Cristo, sería lo mejor; pero, quedarme en esta vida es más necesario para vosotros” (cf. 1,21ss). A un lado y otro del confín de la muerte él está con Cristo; ya no hay una verdadera diferencia. Pero sí, es verdad: “Sobre los hombros y de frente tú me llevas. Siempre estoy en tus manos”. A los *Romanos* escribió Pablo: “Ninguno... vive para sí mismo y ninguno muere por sí mismo... Si vivimos, ... si morimos,... somos del Señor” (14,7s).

Queridos catecúmenos que vais a ser bautizados, ésta es la novedad del Bautismo: nuestra vida pertenece a Cristo, ya no más a nosotros mismos. Pero precisamente por esto ya no estamos solos ni siquiera en la muerte, sino que estamos con Aquél que vive siempre. En el Bautismo, junto con Cristo, ya hemos hecho el viaje cósmico hasta las profundidades de la muerte. Acompañados por Él, más aún, acogidos por Él en su amor, somos liberados del miedo. Él nos abraza y nos lleva, dondequiera que vayamos. Él que es la Vida misma.

Volvamos de nuevo a la noche del Sábado Santo. En el *Credo* decimos respecto al camino de Cristo: “Descendió a los infiernos”. ¿Qué ocurrió entonces? Ya que no conocemos el mundo de la muerte, sólo podemos figurarnos este proceso de la superación de la muerte a través de imágenes que siempre resultan poco apropiadas. Sin embargo, con toda su insuficiencia, ellas nos ayudan a entender algo del misterio. La liturgia aplica las palabras del Salmo 23 [24] a la bajada de Jesús en la noche de la muerte: “¡Portones!, alzad

los dinteles, que se alcen las antiguas compuertas!” Las puertas de la muerte están cerradas, nadie puede volver atrás desde allí. No hay una llave para estas puertas de hierro. Cristo, en cambio, tiene esta llave. Su Cruz abre las puertas de la muerte, las puertas irrevocables. Éstas ahora ya no son insuperables. Su Cruz, la radicalidad de su amor es la llave que abre estas puertas. El amor de Cristo que, siendo Dios, se ha hecho hombre para poder morir; este amor tiene la fuerza para abrir las puertas. Este amor es más fuerte que la muerte. Los iconos pascuales de la Iglesia oriental muestran cómo Cristo entra en el mundo de los muertos. Su vestido es luz, porque Dios es luz. “La noche es clara como el día, las tinieblas son como luz” (cf. *Sal* 138 [139],12). Jesús que entra en el mundo de los muertos lleva los estigmas: sus heridas, sus padecimientos se han convertido en fuerza, son amor que vence la muerte. Él encuentra a Adán y a todos los hombres que esperan en la noche de la muerte. A la vista de ellos parece como si se oyera la súplica de Jonás: “Desde el vientre del infierno pedí auxilio, y escuchó mi clamor” (*Jon* 2,3). El Hijo de Dios en la encarnación se ha hecho una sola cosa con el ser humano, con Adán. Pero sólo en aquel momento, en el que realiza aquel acto extremo de amor descendiendo a la noche de la muerte, Él lleva a cabo el camino de la encarnación. A través de su muerte Él toma de la mano a Adán, a todos los hombres que esperan y los lleva a la luz.

Ahora, sin embargo, se puede preguntar: ¿Pero qué significa esta imagen? ¿Qué

novedad ocurrió realmente allí por medio de Cristo? El alma del hombre, precisamente, es de por sí inmortal desde la creación, ¿qué novedad ha traído Cristo? Sí, el alma es inmortal, porque el hombre está de modo singular en la memoria y en el amor de Dios, incluso después de su caída. Pero su fuerza no basta para elevarse hacia Dios. No tenemos alas que podrían llevarnos hasta aquella altura. Y sin embargo, nada puede satisfacer eternamente al hombre si no el estar con Dios. Una eternidad sin esta unión con Dios sería una condena. El hombre no logra llegar arriba, pero anhela ir hacia arriba: “Desde el vientre del infierno te pido auxilio...”. Sólo Cristo resucitado puede llevarnos hacia arriba, hasta la unión con Dios, hasta donde no pueden llegar nuestras fuerzas. Él carga verdaderamente la oveja extraviada sobre sus hombros y la lleva a casa. Nosotros vivimos agarrados a su Cuerpo, y en comunión con su Cuerpo llegamos hasta el corazón de Dios. Y sólo así se vence la muerte, somos liberados y nuestra vida es esperanza.

Éste es el júbilo de la Vigilia Pascual: nosotros somos liberados. Por medio de la resurrección de Jesús el amor se ha revelado más fuerte que la muerte, más fuerte que el mal. El amor lo ha hecho descender y, al mismo tiempo, es la fuerza con la que Él asciende. La fuerza por medio de la cual nos lleva consigo. Unidos con su amor, llevados sobre las alas del amor, como personas que aman, bajamos con Él a las tinieblas del mundo, sabiendo que precisamente así subimos también con Él. Pidamos, pues, en esta noche: Señor, de-

muestra también hoy que el amor es más fuerte que el odio. Que es más fuerte que la muerte. Baja también en las noches y a los infiernos de nuestro tiempo moderno y toma de la mano a los que esperan. ¡Llévalos a la luz! ¡Estate también conmigo en mis noches oscuras y llévame fuera! ¡Ayúdame, ayúdanos a bajar contigo a la oscuridad de quienes esperan, que claman hacia ti desde el vientre del infierno! ¡Ayúdanos a llevarles tu luz! ¡Ayúdanos a llegar al “sí” del amor, que nos hace bajar y precisamente así subir contigo! Amén.

**Homilía del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
durante la Santa Misa en el  
Domingo de la Misericordia Divina,  
víspera de su 80º cumpleaños**

*Domingo 15 de abril de 2007*

*Queridos hermanos y hermanas:*

Según una antigua tradición, este domingo se llama domingo “in Albis”. En este día, los neófitos de la Vigilia pascual se ponían una vez más su vestido blanco, símbolo de la luz que el Señor les había dado en el bautismo. Después se quitaban el vestido blanco, pero debían introducir en su vida diaria la nueva luminosidad que se les había comunicado; debían proteger diligentemente la llama delicada de la verdad y del bien que el Señor había encendido en ellos, para llevar así a nuestro mundo algo de la luminosidad y de la bondad de Dios.

El Santo Padre, Juan Pablo II, quiso que este domingo se celebrara como la fiesta de la Misericordia Divina: en la palabra “misericordia” encontraba sintetizado y nuevamente interpretado para nuestro tiempo todo el misterio de la Redención. Vivió bajo dos regímenes dictatoriales y, en contacto con la pobreza, la necesidad y la violencia, experimentó profundamente el poder de las tinieblas, que amenaza al mundo también en nuestro tiempo. Pero también experimentó, con la misma intensidad, la presencia de Dios, que se opone a todas estas fuerzas con su poder totalmente diverso y divino: con el poder de la misericordia. Es la misericordia la que pone un límite al mal. En ella se expresa la naturaleza del todo peculiar de Dios: su santidad, el poder de la verdad y del amor.

Hace dos años, después de las primeras Vísperas de esta festividad, Juan Pablo II terminó su existencia terrena. Al morir, entró en la luz de la Misericordia divina, desde la cual, más allá de la muerte y desde Dios, ahora nos habla de un modo nuevo. Tened confianza -nos dice- en la Misericordia divina. Convertíos día a día en hombres y mujeres de la misericordia de Dios. La misericordia es el vestido de luz que el Señor nos ha dado en el bautismo. No debemos dejar que esta luz se apague; al contrario, debe aumentar en nosotros cada día para llevar al mundo la buena nueva de Dios.

Precisamente en estos días, particularmente iluminados por la luz de la misericordia divina se da una coincidencia sig-

nificativa para mí: puedo volver la mirada atrás para repasar mis 80 años de vida. Saludo a todos los que han venido aquí para celebrar conmigo este aniversario. Saludo, ante todo, a los señores cardenales, expresando en especial mi gratitud al decano del Colegio cardenalicio, señor cardenal Angelo Sodano, que se ha hecho intérprete autorizado de los sentimientos comunes. Saludo a los arzobispos y obispos, en particular a los auxiliares de la diócesis de Roma, de mi diócesis; saludo a los preladados y a los demás miembros del clero, a los religiosos, a las religiosas y a todos los fieles presentes. Dirijo, además, un saludo deferente y agradecido a las personalidades políticas y a los miembros del Cuerpo diplomático, que han querido honrarme con su presencia. Saludo, por último, con afecto fraterno al enviado personal del Patriarca ecuménico Bartolomé I, su eminencia Ioannis, metropolitano de Pérgamo, expresando mi aprecio por este gesto de amabilidad y deseando que el diálogo teológico católico-ortodoxo prosiga con renovado empeño.

Estamos reunidos aquí para reflexionar sobre el transcurso de un largo período de mi existencia. Obviamente, la liturgia no debe servir para hablar del propio yo, de sí mismo; sin embargo, la vida propia puede servir para anunciar la misericordia de Dios. “Vosotros, los que teméis al Señor, venid a escuchar: os contaré lo que ha hecho conmigo”, dice un salmo (*Sal 66, 16*). Siempre he considerado un gran don de la Misericordia divina el hecho de que se me haya concedido la gracia de que mi nacimiento y mi renacimiento tuvieran lugar

-por decirlo así- juntos, en el mismo día, al inicio de la Pascua. Así, en un mismo día, nací como miembro de mi familia y de la gran familia de Dios.

Sí, doy gracias a Dios porque he podido experimentar lo que significa “familia”; he podido experimentar lo que quiere decir paternidad, pues he podido comprender desde dentro que Dios es Padre; sobre la base de la experiencia humana he tenido acceso al grande y benévolo Padre que está en el cielo. Ante él tenemos una responsabilidad, pero, al mismo tiempo, él deposita su confianza en nosotros, porque en su justicia se refleja siempre la misericordia y la bondad con que acepta también nuestra debilidad y nos sostiene, de modo que poco a poco podamos aprender a caminar con rectitud.

Doy gracias a Dios porque he podido experimentar en profundidad lo que significa la bondad materna, siempre abierta a quien busca refugio y precisamente así capaz de darme la libertad. Doy gracias a Dios por mi hermana y mi hermano, que han estado fielmente cerca de mí con su ayuda a lo largo del camino de la vida. Doy gracias a Dios por los compañeros que he encontrado en mi camino, por los consejeros y los amigos que me ha dado. Le doy gracias de modo particular porque, desde el primer día, he podido entrar y crecer en la gran comunidad de los creyentes, en la que está abierto de par en par el confín entre la vida y la muerte, entre el cielo y la tierra; le doy gracias por haber podido aprender tantas cosas, aprovechando la sabiduría de esta comunidad, que no sólo

encierra las experiencias humanas desde los tiempos más remotos: la sabiduría de esta comunidad no es solamente sabiduría humana, sino que en ella nos alcanza la sabiduría misma de Dios, la Sabiduría eterna.

En la primera lectura de este domingo se nos narra que, en los albores de la Iglesia naciente, la gente llevaba a los enfermos a las plazas para que Pedro, al pasar, los cubriera con su sombra: a esta sombra se atribuía una fuerza de curación, pues provenía de la luz de Cristo y por eso encerraba algo del poder de su bondad divina.

La sombra de Pedro, mediante la comunidad de la Iglesia católica, ha cubierto mi vida desde el inicio, y he aprendido que es una sombra buena, una sombra de curación porque, en definitiva, proviene precisamente de Cristo mismo. Pedro era un hombre con todas las debilidades de un ser humano, pero sobre todo era un hombre lleno de una fe apasionada en Cristo, lleno de amor a él. Mediante su fe y su amor, la fuerza de curación de Cristo, su fuerza unificadora, ha llegado a los hombres, aunque mezclada con toda la debilidad de Pedro. Busquemos también hoy la sombra de Pedro, para estar en la luz de Cristo.

Nacimiento y renacimiento; familia terrena y gran familia de Dios: éste es el gran don de las múltiples misericordias de Dios, el fundamento en el que nos apoyamos. Prosiguiendo por el camino de la vida, después me salió al encuentro un don nuevo y exigente: la llamada al minis-

terio sacerdotal. En la fiesta de san Pedro y san Pablo de 1951, cuando mis compañeros y yo -éramos más de cuarenta- nos encontramos en la catedral de Freising postrados en el suelo se invocó a todos los santos en favor nuestro, me pesaba la conciencia de la pobreza de mi existencia ante esta tarea. Sí, era un consuelo el hecho de que se invocara sobre nosotros la protección de los santos de Dios, de los vivos y de los muertos. Sabía que no estaría solo.

Y ¡qué confianza nos infundían las palabras de Jesús, que después, durante la liturgia de la ordenación, pudimos escuchar de los labios del obispo: “Ya no os llamo siervos, sino amigos”. He experimentado profundamente que él, el Señor, no es sólo el Señor, sino también un amigo. Ha puesto su mano sobre mí, y no me abandonará. Estas palabras se pronunciaban entonces en el contexto de la concesión de la facultad de administrar el sacramento de la Reconciliación y así, en nombre de Cristo, de perdonar los pecados. Es lo mismo que hemos escuchado hoy en el Evangelio: el Señor sopla sobre sus discípulos. Les concede su Espíritu, el Espíritu Santo: “A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados...”. El Espíritu de Jesucristo es fuerza de perdón. Es fuerza de la Misericordia divina. Da la posibilidad de volver a comenzar siempre de nuevo. La amistad de Jesucristo es amistad de Aquél que hace de nosotros personas que perdonan, de Aquél que nos perdona también a nosotros, que nos levanta continuamente de nuestra debilidad y precisamente así nos educa, nos infunde la conciencia del deber interior del amor,

del deber de corresponder a su confianza con nuestra fidelidad.

En el pasaje evangélico de hoy también hemos escuchado la narración del encuentro del apóstol Tomás con el Señor resucitado: al apóstol se le concede tocar sus heridas, y así lo reconoce, más allá de la identidad humana de Jesús de Nazaret, en su verdadera y más profunda identidad: “¡Señor mío y Dios mío!” (Jn 20, 28). El Señor ha llevado consigo sus heridas a la eternidad. Es un Dios herido; se ha dejado herir por amor a nosotros. Sus heridas son para nosotros el signo de que nos comprende y se deja herir por amor a nosotros. Nosotros podemos tocar sus heridas en la historia de nuestro tiempo, pues se deja herir continuamente por nosotros. ¡Qué certeza de su misericordia nos dan sus heridas y qué consuelo significan para nosotros! ¡Y qué seguridad nos dan sobre lo que es él: “Señor mío y Dios mío”! Nosotros debemos dejarnos herir por él.

Las misericordias de Dios nos acompañan día a día. Basta tener el corazón vigilante para poderlas percibir. Somos muy propensos a notar sólo la fatiga diaria que a nosotros, como hijos de Adán, se nos ha impuesto. Pero si abrimos nuestro cora-

zón, entonces, aunque estemos sumergidos en ella, podemos constatar continuamente cuán bueno es Dios con nosotros; cómo piensa en nosotros precisamente en las pequeñas cosas, ayudándonos así a alcanzar las grandes. Al aumentar el peso de la responsabilidad, el Señor ha traído también nueva ayuda a mi vida. Constato siempre con alegría y gratitud cuán grande es el número de los que me sostienen con su oración; de los que con su fe y su amor me ayudan a desempeñar mi ministerio; de los que son indulgentes con mi debilidad, reconociendo también en la sombra de Pedro la luz benéfica de Jesucristo. Por eso, en esta hora, quisiera dar gracias de corazón al Señor y a todos vosotros.

Quisiera concluir esta homilía con la oración del santo Papa León Magno, la oración que, precisamente hace treinta años, escribí sobre el recordatorio de mi consagración episcopal: “Pedid a nuestro buen Dios que fortalezca la fe, incremente el amor y aumente la paz en nuestros días. Que me haga a mí, su humilde siervo, idóneo para su tarea y útil para vuestra edificación, y me conceda prestar un servicio tal que, junto con el tiempo que se me conceda, crezca mi entrega. Amén”.

## MENSAJES

### Mensaje URBI ET ORBI del Santo Padre, Benedicto XVI

*Hermanos y hermanas del mundo entero*

*¡hombres y mujeres de buena voluntad!*

¡Cristo ha resucitado! ¡Paz a vosotros! Se celebra hoy el gran misterio, fundamento



de la fe y de la esperanza cristiana: Jesús de Nazaret, el Crucificado, ha resucitado de entre los muertos al tercer día, según las Escrituras. El anuncio dado por los ángeles, al alba del primer día después del sábado, a Maria la Magdalena y a las mujeres que fueron al sepulcro, lo escuchamos hoy con renovada emoción: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado!” (*Lc 24,5-6*).

No es difícil imaginar cuales serían, en aquel momento, los sentimientos de estas mujeres: sentimientos de tristeza y desaliento por la muerte de su Señor, sentimientos de incredulidad y estupor ante un hecho demasiado sorprendente para ser verdadero. Sin embargo, la tumba estaba abierta y vacía: ya no estaba el cuerpo. Pedro y Juan, avisados por las mujeres, corrieron al sepulcro y verificaron que ellas tenían razón. La fe de los Apóstoles en Jesús, el Mesías esperado, había sufrido una dura prueba por el escándalo de la cruz. Durante su detención, condena y muerte se habían dispersado, y ahora se encontraban juntos, perplejos y desorientados. Pero el mismo Resucitado se hizo presente ante su sed incrédula de certezas. No fue un sueño, ni ilusión o imaginación subjetiva aquel encuentro; fue una experiencia verdadera, aunque inesperada y justo por esto particularmente conmovedora. “Entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros»” (*Jn 20,19*).

Ante aquellas palabras, se reavivó la fe casi apagada en sus ánimos. Los Apóstoles lo contaron a Tomás, ausente en aquel primer encuentro extraordinario: ¡Sí, el

Señor ha cumplido cuanto había anunciado; ha resucitado realmente y nosotros lo hemos visto y tocado! Tomás, sin embargo, permaneció dudoso y perplejo. Cuando, ocho días después, Jesús vino por segunda vez al Cenáculo le dijo: “Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente!”. La respuesta del apóstol es una conmovedora profesión de fe: “¡Señor mío y Dios mío!” (*Jn 20,27-28*).

“¡Señor mío y Dios mío!”. Renovemos también nosotros la profesión de fe de Tomás. Como felicitación pascual, este año, he elegido justamente sus palabras, porque la humanidad actual espera de los cristianos un testimonio renovado de la resurrección de Cristo; necesita encontrarlo y poder conocerlo como verdadero Dios y verdadero Hombre. Si en este Apóstol podemos encontrar las dudas y las incertidumbres de muchos cristianos de hoy, los miedos y las desilusiones de innumerables contemporáneos nuestros, con él podemos redescubrir también con renovada convicción la fe en Cristo muerto y resucitado por nosotros. Esta fe, transmitida a lo largo de los siglos por los sucesores de los Apóstoles, continúa, porque el Señor resucitado ya no muere más. Él vive en la Iglesia y la guía firmemente hacia el cumplimiento de su designio eterno de salvación.

Cada uno de nosotros puede ser tentado por la incredulidad de Tomás. El dolor, el mal, las injusticias, la muerte, especialmente cuando afectan a los inocentes -por ejemplo, los niños víctimas de la guerra

y del terrorismo, de las enfermedades y del hambre-, ¿no someten quizás nuestra fe a dura prueba? No obstante, justo en estos casos, la incredulidad de Tomás nos resulta paradójicamente útil y preciosa, porque nos ayuda a purificar toda concepción falsa de Dios y nos lleva a descubrir su rostro auténtico: el rostro de un Dios que, en Cristo, ha cargado con las llagas de la humanidad herida. Tomás ha recibido del Señor y, a su vez, ha transmitido a la Iglesia el don de una fe probada por la pasión y muerte de Jesús, y confirmada por el encuentro con Él resucitado. Una fe que estaba casi muerta y ha renacido gracias al contacto con las llagas de Cristo, con las heridas que el Resucitado no ha escondido, sino que ha mostrado y sigue indicándonos en las penas y los sufrimientos de cada ser humano.

“Sus heridas os han curado” (1 P 2,24), éste es el anuncio que Pedro dirigió a los primeros convertidos. Aquellas llagas, que en un primer momento fueron un obstáculo a la fe para Tomás, porque eran signos del aparente fracaso de Jesús; aquellas mismas llagas se han vuelto, en el encuentro con el Resucitado, pruebas de un amor victorioso. Estas llagas que Cristo ha contraído por nuestro amor nos ayudan a entender quién es Dios y a repetir también: “Señor mío y Dios mío”. Sólo un Dios que nos ama hasta cargar con nuestras heridas y nuestro dolor, sobre todo el dolor inocente, es digno de fe.

¡Cuántas heridas, cuánto dolor en el mundo! No faltan calamidades naturales y tragedias humanas que provocan

innumerables víctimas e ingentes daños materiales. Pienso en lo que ha ocurrido recientemente en Madagascar, en las Islas Salomón, en América latina y en otras Regiones del mundo. Pienso en el flagelo del hambre, en las enfermedades incurables, en el terrorismo y en los secuestros de personas, en los mil rostros de la violencia -a veces justificada en nombre de la religión-, en el desprecio de la vida y en la violación de los derechos humanos, en la explotación de la persona. Miro con aprensión las condiciones en que se encuentran tantas regiones de África: en el Darfur y en los países cercanos se da una situación humana catastrófica y por desgracia infravalorada; en Kinshasa, en la República Democrática del Congo, los choques y los saqueos de las pasadas semanas hacen temer por el futuro del proceso democrático congoleño y por la reconstrucción del país; en Somalia la reanudación de los combates aleja la perspectiva de la paz y agrava la crisis regional, especialmente por lo que concierne a los desplazamientos de la población y al tráfico de armas; una grave crisis atenaza Zimbabwe, para la cual los Obispos del país, en un reciente documento, han indicado como única vía de superación la oración y el compromiso compartido por el bien común.

Necesitan reconciliación y paz: la población de Timor Este, que se prepara a vivir importantes convocatorias electorales; Sri Lanka, donde sólo una solución negociada pondrá punto final al drama del conflicto que lo ensangrienta; Afganistán, marcado por una creciente inquietud e inestabilidad. En Medio Oriente -junto con señales

de esperanza en el diálogo entre Israel y la Autoridad palestina-, por desgracia nada positivo viene de Irak, ensangrentado por continuas matanzas, mientras huyen las poblaciones civiles; en el Líbano el estancamiento de las instituciones políticas pone en peligro el papel que el país está llamado a desempeñar en el área de Medio Oriente e hipoteca gravemente su futuro. No puedo olvidar, por fin, las dificultades que las comunidades cristianas afrontan cotidianamente y el éxodo de los cristianos de aquella Tierra bendita que es la cuna de nuestra fe. A aquellas poblaciones renuevo con afecto mi cercanía espiritual.

Queridos hermanos y hermanas: a través de las llagas de Cristo resucitado podemos ver con ojos de esperanza estos males que afligen a la humanidad. En efecto, resucitando, el Señor no ha quitado el sufrimiento y el mal del mundo, pero los ha vencido en la raíz con la superabundancia de su gracia. A la prepotencia del Mal ha opuesto la omnipotencia de su Amor. Como vía para la paz y la alegría nos ha dejado el Amor que no teme a la Muerte. “Que os améis unos a otros -dijo a los Apóstoles antes de morir- como yo os he amado” (Jn 13,34).

¡Hermanos y hermanas en la fe, que me escucháis desde todas partes de la tierra! Cristo resucitado está vivo entre nosotros, Él es la esperanza de un futuro mejor. Mientras decimos con Tomás: “¡Señor mío y Dios mío!”, resuena en nuestro corazón la palabra dulce pero comprometedor del Señor: “El que quiera servirme, que me

siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo premiará” (Jn 12,26). Y también nosotros, unidos a Él, dispuestos a dar la vida por nuestros hermanos (cf. 1 Jn 3,16, nos convertimos en apóstoles de paz, mensajeros de una alegría que no teme el dolor, la alegría de la Resurrección. Que María, Madre de Cristo resucitado, nos obtenga este don pascual. ¡Feliz Pascua a todos!

**Mensaje del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
al IX Forum Internacional  
de la Juventud**

*(Rocca di Papa, 28-31 de marzo de 2007)*

*Al Arzobispo Mons. STANISŁAW RYŁKO, Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos*

Tengo el agrado de enviarle mi cordial saludo a Usted, Venerado Hermano, al Secretario, a los Colaboradores del Consejo Pontificio para los Laicos y a cuantos que toman parte en el IX Fórum internacional de jóvenes, con el tema “*Testimoniar a Cristo en el mundo del trabajo*”, que tiene lugar en esta semana en Rocca di Papa. Con particular afecto me dirijo a los jóvenes delegados de las Conferencias Episcopales y de los diferentes Movimientos, Asociaciones y Comunidades internacionales, provenientes de los cinco continentes y que están comprometidos en sectores muy variados.

Extiendo también mi deferente atención a los autorizados ponentes que han aceptado contribuir al encuentro con su aportación competente y su experiencia.

El tema es muy actual y tiene en cuenta las transformaciones acontecidas en los últimos años en el campo de la economía, la tecnología y la comunicación, que han modificado radicalmente la fisonomía y las condiciones del mercado de trabajo. Si por un lado los progresos realizados han suscitado nuevas esperanzas en los jóvenes, por otro lado, a menudo, han creado en ellos formas preocupantes de marginación y explotación, con crecientes situaciones de malestar personal. Debido a la considerable divergencia entre los ámbitos formativos y el mundo del trabajo, han aumentado las dificultades para hallar una ocupación laboral que responda a sus talentos personales y a los estudios realizados, sin la certeza de poder conservar después ni siquiera un empleo incierto. El proceso de globalización en curso en el mundo, ha comportado una exigencia de movilidad que obliga a numerosos jóvenes a emigrar y a vivir lejos del país de origen y de la propia familia. Esto genera en tantos un inquietante sentido de inseguridad, con innegables repercusiones sobre la capacidad no sólo de imaginar y poner en acto un proyecto para el futuro, sino incluso de comprometerse concretamente en el matrimonio y en la formación de una familia. Se trata de problemáticas complejas y delicadas que deben ser oportunamente afrontadas, teniendo presente la realidad actual y haciendo referencia a la Doctrina social de la Iglesia, de la que

se ofrece una adecuada presentación en el *Catecismo de la Iglesia Católica* y sobre todo en el *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*.

En estos años ha sido constante la atención de la Iglesia hacia la cuestión social, en modo particular hacia el trabajo. Basta recordar la Encíclica *Laborem exercens*, publicada hace algo más de veinticinco años, el 14 de septiembre de 1981, por mi amado predecesor Juan Pablo II. Ésta confirma y actualiza las grandes intuiciones desarrolladas por los Sumos Pontífices León XIII y Pío XI en las Encíclicas *Rerum novarum* (1891) y *Quadragesimo anno* (1931), ambas escritas en la época de la industrialización de Europa. En un contexto de liberalismo económico condicionado por las presiones del mercado, por la competencia y la competitividad, estos documentos pontificios indican la necesidad de valorizar la dimensión humana del trabajo y de tutelar la dignidad de la persona. En efecto, la última referencia de toda actividad sólo puede ser el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. Un análisis exhaustivo de la situación lleva a constatar que el trabajo tiene su origen en el proyecto de Dios sobre el hombre y que éste es participación en su obra creadora y redentora. Por ello, toda actividad humana debería ser ocasión y lugar de crecimiento de los individuos y de la sociedad, desarrollo de los “talentos” personales para valorizarla y ponerla al servicio ordenado del bien común, en espíritu de justicia y solidaridad. Para los creyentes, la finalidad última del trabajo es la construcción del Reino de Dios.

Invitándoos a tomar en consideración el diálogo y la reflexión de estos días, deseo que esta importante asamblea juvenil constituya para los participantes una provechosa ocasión de crecimiento espiritual y eclesial, gracias al hecho de compartir los testimonios y las experiencias, la oración común y las ceremonias celebradas en común. Hoy, más que nunca, es necesario y urgente proclamar “el Evangelio del trabajo”, vivir como cristianos en el mundo del trabajo y convertirse en apóstoles entre los trabajadores. Pero para cumplir esta misión hay que permanecer unidos a Cristo con la oración y una intensa vida sacramental, valorando a este fin en modo especial el Domingo, que es el Día dedicado al Señor. Mientras aliento a los jóvenes a no perder el ánimo ante las dificultades, les doy cita para el próximo domingo en la Plaza de San Pedro, donde se desarrollará la solemne celebración del Domingo de Ramos y la XXII Jornada Mundial de la Juventud, última etapa de preparación a la Jornada Mundial de la Juventud, que tendrá lugar el próximo año en Sydney, Australia.

Este año el tema de reflexión es: “*Como yo os he amado, así amaos también vosotros los unos a los otros*” (Jn 13,34). Repito en esta ocasión lo que escribí a los jóvenes cristianos del mundo entero en mi *Mensaje para la Jornada Mundial de la Juventud*, que en los jóvenes se reviva “la fe en el amor verdadero, fiel y fuerte; un amor que genera paz y alegría; un amor que une a las personas, haciéndolas sentirse libres en el mutuo respeto”, capaces de desarrollar

plenamente las propias capacidades. No cuenta sólo hacerse más «competitivos» y «productivos», hay que ser «testigos de la caridad». Sólo así, con el apoyo de las respectivas parroquias, movimientos y comunidades, donde es posible hacer la experiencia de la grandeza y de la vitalidad de la Iglesia, los jóvenes serán capaces de vivir el trabajo como una vocación y una verdadera misión. A tal fin, aseguro mi recuerdo orante e, invocando la celestial protección de María y san José, patrono de los trabajadores, de corazón envía a Usted, Venerado Hermano, a cuantos participan en el Fórum internacional y a todos los jóvenes trabajadores cristianos una especial Bendición Apostólica.

**Mensaje del Santo Padre,  
Benedicto XVI,  
XLIV Jornada Mundial  
de Oración por las Vocaciones**

*29 de abril - IV Domingo de Pascua*

*Venerados Hermanos en el Episcopado,  
queridos hermanos y hermanas:*

La Jornada Mundial de Oración por las vocaciones de cada año ofrece una buena oportunidad para subrayar la importancia de las vocaciones en la vida y en la misión de la Iglesia, e intensificar la oración para que aumenten en número y en calidad. Para la próxima Jornada propongo a la atención de todo el pueblo de Dios este tema, nunca más actual: *la vocación al servicio de la Iglesia comunión.*

El año pasado, al comenzar un nuevo ciclo de catequesis en las Audiencias generales de los miércoles, dedicado a la relación entre Cristo y la Iglesia, señalé que la primera comunidad cristiana se constituyó, en su núcleo originario, cuando algunos pescadores de Galilea, habiendo encontrado a Jesús, se dejaron cautivar por su mirada, por su voz, y acogieron su apremiante invitación: «Seguidme, os haré pescadores de hombres» (Mc 1, 17; cf Mt 4, 19). En realidad, Dios siempre ha escogido a algunas personas para colaborar de manera más directa con Él en la realización de su plan de salvación. En el Antiguo Testamento, al comienzo, llamó a Abrahán para formar «un gran pueblo» (Gn 12, 2), y luego a Moisés para liberar a Israel de la esclavitud de Egipto (cf Ex 3, 10). Designó después a otros personajes, especialmente los profetas, para defender y mantener viva la alianza con su pueblo. En el Nuevo Testamento, Jesús, el Mesías prometido, invitó personalmente a los Apóstoles a estar con él (cf Mc 3, 14) y compartir su misión. En la Última Cena, confiándoles el encargo de perpetuar el memorial de su muerte y resurrección hasta su glorioso retorno al final de los tiempos, dirigió por ellos al Padre esta ardiente invocación: «Les he dado a conocer quién eres, y continuaré dándote a conocer, para que el amor con que me amaste pueda estar también en ellos, y yo mismo esté con ellos» (Jn 17, 26). La misión de la Iglesia se funda por tanto en una íntima y fiel comunión con Dios.

La Constitución *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II describe la Iglesia

como «un pueblo reunido por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (n. 4), en el cual se refleja el misterio mismo de Dios. Esto comporta que en él se refleja el amor trinitario y, gracias a la obra del Espíritu Santo, todos sus miembros forman «un solo cuerpo y un solo espíritu» en Cristo. Sobre todo cuando se congrega para la Eucaristía ese pueblo, orgánicamente estructurado bajo la guía de sus Pastores, vive el misterio de la comunión con Dios y con los hermanos. La Eucaristía es el manantial de aquella unidad eclesial por la que Jesús oró en la vigilia de su pasión: «Padre... que también ellos estén unidos a nosotros; de este modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado» (Jn 17, 21). Esa intensa comunión favorece el florecimiento de generosas vocaciones para el servicio de la Iglesia: el corazón del creyente, lleno de amor divino, se ve empujado a dedicarse totalmente a la causa del Reino. Para promover vocaciones es por tanto importante una pastoral atenta al misterio de la Iglesia-comunión, porque quien vive en una comunidad eclesial concorde, responsable, atenta, aprende ciertamente con más facilidad a discernir la llamada del Señor. El cuidado de las vocaciones, exige por tanto una constante «educación» para escuchar la voz de Dios, como hizo Elí que ayudó al joven Samuel a captar lo que Dios le pedía y a realizarlo con prontitud (cf 1 Sam 3, 9). La escucha dócil y fiel sólo puede darse en un clima de íntima comunión con Dios. Que se realiza, ante todo, en la oración. Según el explícito mandato del Señor, hemos de implorar el don de la vocación en primer lugar rezando incan-

sablemente y juntos al «dueño de la mies». La invitación está en plural: «Rogad por tanto al dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 38). Esta invitación del Señor se corresponde plenamente con el estilo del «Padrenuestro» (Mt 6, 9), oración que Él nos enseñó y que constituye una «síntesis del todo el Evangelio», según la conocida expresión de Tertuliano (cf *De Oratione*, 1, 6: CCL 1, 258). En esta perspectiva es iluminadora también otra expresión de Jesús: «Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir cualquier cosa, la obtendrán de mi Padre celestial» (Mt 18, 19). El buen Pastor nos invita pues a rezar al Padre celestial, a rezar unidos y con insistencia, para que Él envíe vocaciones al servicio de la Iglesia-comunión.

Recogiendo la experiencia pastoral de siglos pasados, el Concilio Vaticano II puso de manifiesto la importancia de educar a los futuros presbíteros en una auténtica comunión eclesial. Leemos a este propósito en *Presbyterorum ordinis*: «Los presbíteros, ejerciendo según su parte de autoridad el oficio de Cristo Cabeza y Pastor, reúnen, en nombre del obispo, a la familia de Dios, como una fraternidad unánime, y la conducen a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo» (n. 6). Se hace eco de la afirmación del Concilio, la Exhortación apostólica post-sinodal *Pastores dabo vobis*, subrayando que el sacerdote «es servidor de la Iglesia comunión porque -unido al Obispo y en estrecha relación con el presbiterio- construye la unidad de la comunidad eclesial en la armonía de las diversas vocaciones, carismas y servicios» (n. 16).

Es indispensable que en el pueblo cristiano todo ministerio y carisma esté orientado hacia la plena comunión, y el obispo y los presbíteros han de favorecerla en armonía con toda otra vocación y servicio eclesial. Incluso la vida consagrada, por ejemplo, en su *proprium* está al servicio de esta comunión, como señala la Exhortación apostólica post-sinodal *Vita consecrata* de mi venerado Predecesor, Juan Pablo II: «La vida consagrada posee ciertamente el mérito de haber contribuido eficazmente a mantener viva en la Iglesia la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad. Con la constante promoción del amor fraterno en la forma de vida común, la vida consagrada pone de manifiesto que la participación en la comunión trinitaria puede transformar las relaciones humanas, creando un nuevo tipo de solidaridad» (n. 41).

En el centro de toda comunidad cristiana está la Eucaristía, fuente y culmen de la vida de la Iglesia. Quien se pone al servicio del Evangelio, si vive de la Eucaristía, avanza en el amor a Dios y al prójimo y contribuye así a construir la Iglesia como comunión. Cabe afirmar que «el amor eucarístico» motiva y fundamenta la actividad vocacional de toda la Iglesia, porque como he escrito en la Encíclica *Deus caritas est*, las vocaciones al sacerdocio y a los otros ministerios y servicios florecen dentro del pueblo de Dios allí donde hay hombres en los cuales Cristo se vislumbra a través de su Palabra, en los sacramentos y especialmente en la Eucaristía. Y eso porque «en la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de

los creyentes, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y, de este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana. Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor» (n. 17).

Nos dirigimos, finalmente, a María, que animó la primera comunidad en la que «todos perseveraban unánimes en la oración» (cf Hch 1, 14) para que ayude a la Iglesia a ser en el mundo de hoy icono de la Trinidad, signo elocuente del amor divino a todos los hombres. La Virgen, que respondió con prontitud a la llamada del Padre diciendo: «Aquí está la esclava del Señor» (Lc 1, 38), interceda para que no falten en el pueblo cristiano servidores de la alegría divina: sacerdotes que, en comunión con sus Obispos, anuncien fielmente el Evangelio y celebren los sacramentos, cuidando al pueblo de Dios, y estén dispuestos a evangelizar a toda la

humanidad. Que ella consiga que también en nuestro tiempo aumente el número de las personas consagradas, que vayan contracorriente, viviendo los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, y den testimonio profético de Cristo y de su mensaje liberador de salvación. Queridos hermanos y hermanas a los que el Señor llama a vocaciones particulares en la Iglesia, quiero encomendaros de manera especial a María, para que ella que comprendió mejor que nadie el sentido de las palabras de Jesús: «Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica» (Lc 8, 21), os enseñe a escuchar a su divino Hijo. Que os ayude a decir con la vida: «Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad» (Heb 10, 7). Con estos deseos para cada uno, mi recuerdo especial en la oración y mi bendición de corazón para todos.

Vaticano, 10 febrero 2007

## ORACIÓN

Virgen y Madre, Santa María,  
que animaste a la primera comunidad, en la que  
*«todos perseveraban unánimes en la oración»*,  
ayuda a la Iglesia a ser en el mundo de hoy  
icono de la Trinidad,  
signo elocuente del amor divino a todos los  
hombres.

Virgen María, que respondiste con prontitud  
a la llamada del Padre diciendo:  
*«Aquí está la esclava del Señor»*,  
intercede para que no falten en el pueblo cristiano  
servidores de la alegría divina:

## ORACIÓN

Virxe e Nai, Santa María,  
que animasches á primeira comunidade, na que  
*“todos eles se dedicaban conxuntamente á oración”*,  
axuda á Igrexa a ser no mundo de hoxe  
icono da Trindade,  
Signo elocuente do amor divino a tódolos  
homes.

Virxe María, que respondiches con prontitude  
á chamada do Pai dicindo:  
*“Velaquí a escrava do Señor”*,  
intercede para que non falten no pobo cristián  
servidores da alegría divina:



Sacerdotes que, en comunión con sus Obispos,  
anuncien fielmente el Evangelio  
y celebren los sacramentos,  
cuidando al pueblo de Dios,  
que estén dispuestos a evangelizar  
a toda la humanidad.

Que aumente el número  
de las personas consagradas,  
que vayan contracorriente,  
viviendo los consejos evangélicos de pobreza,  
castidad y obediencia,  
y den testimonio profético de Cristo  
y de su mensaje liberador de salvación.

María, que comprendiste mejor que nadie  
el sentido de las palabras de Jesús:  
*«Mi madre y mis hermanos  
son los que escuchan la palabra de Dios  
y la ponen en práctica»,*  
haz que los hermanos y hermanas  
a los que el Señor llama  
a vocaciones particulares en la Iglesia,  
aprendan a escuchar a tu divino Hijo.

Ayúdanos a todos, a decir con la vida:  
*«Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad».*

Sacerdotes que, en comunión cos seus Bispos,  
anuncien fielmente o Evanxeo  
e celebren os sacramentos,  
coidando ó pobo de Deus,  
que estean dispostos a evanxelizar  
a toda a humanidade.

Que aumente o número  
das persoas consagradas,  
que vaian contracorrente,  
vivindo os consellos evanxélicos da pobreza,  
castidade e obediencia,  
e dean testemuño profético de Cristo  
e da súa mensaxe liberadora de salvación.

María, que comprendiches mellor que ninguén  
o sentido das palabras de Xesús:  
*“A miña nai e os meus irmáns  
son os que escoitan a palabra de Deus  
e a levan á práctica”,*  
fai que os irmáns e irmás  
ós que o Señor chama  
a vocacións particulares na Igrexa,  
aprendan a escoitar ó teu divino Fillo.

Axúdanos a todos, a dicir coa vida:  
*“Aquí estou, oh Deus, para face-la túa vontade”.*

## SANTA SEDE

### SECRETARÍA DE ESTADO

#### **Intervención del Card. Tarcisio Bertone, con ocasión del 80º cumpleaños del Santo, Padre Benedicto XVI.**

Tengo la alegría y el honor de expresar a Su Santidad mi más cordial felicitación por su 80º cumpleaños y por el segundo aniversario de su elección a la Sede de Pedro. Lo hago ante todo en mi nombre, pero también en nombre de los colaboradores de la Secretaría de Estado, que se unen con afecto, en este singular aniversario, a Aquél que la Providencia divina eligió para llevar la barca de Pedro a través de las olas, con frecuencia agitadas, del océano de nuestro mundo.

Me dirijo a él, a Benedicto XVI, desde las columnas de su Diario, que desde 1861 informa cada día sobre la actividad del Sucesor de Pedro y da a conocer sus enseñanzas a la opinión pública mundial.

Dios ha querido que estos dos felices acontecimientos -su cumpleaños y el aniversario de su elección a la Cátedra de Pedro- se sucedan en el brevísimo lapso de sólo tres días, en este período del año en el que la Iglesia está de fiesta por la santa Pascua, para que queden iluminados por la luz de Cristo resucitado.

¡Ochenta años de vida! Del corazón de todos los católicos se eleva un himno de acción de gracias a Dios, que en el año

1927 llamó a la existencia a nuestro amado Pontífice. El pensamiento va, naturalmente, a sus padres y sus familiares, que desde el cielo participan en nuestra fiesta de familia. La mirada se ensancha y abarca todo el arco de los ocho decenios transcurridos. ¡Cuántos encuentros, cuántas personas conocidas, cuánto trabajo realizado en ochenta años!

Esta feliz meta, aunque en nuestros días no es algo excepcional, hace pensar en un largo camino y en una especial benevolencia del Señor para quien llega a ella, mucho más si, como en este caso, lo hace con buena salud. ¡Cómo no alegrarse y reconocer que todo proviene de la bondad del Dador celestial de todo bien! Y ¿qué decir de las múltiples dotes humanas y espirituales que suscitan cada vez mayor aprecio por su ministerio al servicio de la Iglesia?

Para quien ha tenido y tiene la suerte de estar al lado de Benedicto XVI -y a mí se me ha concedido este singular privilegio- su ejemplo y sus enseñanzas constituyen una constante lección de vida. Conservo el recuerdo de muchos momentos significativos vividos trabajando a su lado en la Congregación para la doctrina de la fe, que ponen de manifiesto la atracción

que ha ejercido siempre sobre adultos y jóvenes, y de modo especial sobre estos últimos.

A menudo me tocó acompañarlo, durante la jornada de trabajo, mientras cruzaba la plaza de San Pedro dirigiéndose hacia su residencia en la plaza de la Ciudad Leonina. Muchas personas se acercaban a él para saludarlo, para besarle el anillo y pedirle su bendición. Accedía siempre con gran cordialidad.

Recuerdo un episodio: un día, ya de noche, un grupo de unos cuarenta jóvenes alemanes se dio cuenta de que quien cruzaba la plaza de San Pedro era el cardenal Ratzinger. Lo rodearon con gran afecto y le propusieron cantarle un canto en su honor. En medio del silencio de la plaza se elevó un hermoso canto polifónico con voces mixtas. Observé que en la ventana iluminada del despacho papal se desplazó levemente la cortina y se asomó discreta y tímidamente curiosa la figura blanca del Papa, que escrutaba la plaza. Exclamé: “El Papa nos está escuchando”. Fue uno de los muchos momentos en que se manifestó la especial sintonía que existía entre Juan Pablo II y el cardenal Ratzinger, una sintonía de amor y de benevolencia -evocada por ese canto- hacia los jóvenes; y es evidente que esa sintonía sigue existiendo.

En él se unen dones de naturaleza y de gracia, valorizados por la humildad y la sencillez que caracterizan su trato personal exquisito. De ahí deriva una autoridad moral reconocida, gracias a la aguda genialidad del investigador y teólogo, va-

liente e intrépido defensor de la verdad del Evangelio, unida a la conciencia de ser un “humilde servidor en la viña del Señor”, siempre dispuesto a la escucha y al diálogo, testigo incesante de la alegría y profeta de *Dios que es Amor*.

En estos dos años de pontificado, los rasgos de su personalidad, antes sólo conocidos por sus amigos, van conquistando cada vez más la simpatía de cercanos y lejanos, adultos y jóvenes, atentos a escucharlo, impresionados por la claridad y la fuerza de sus discursos. Baste considerar los Ángelus dominicales y las audiencias generales de los miércoles, en los que participan multitudes cada vez más numerosas. Además, al terminar, se detiene a saludar a las personas que pueden acercarse a él; se entretiene con cada uno, tomándose todo el tiempo necesario, sin prisa, como si fuera amigo de siempre.

Muchos jóvenes me han referido que en su casa descargan de internet sus discursos, los leen y los meditan para convertirlos en experiencia de vida. Por ejemplo, un joven dirigente de un Banco vino a hablar conmigo y me dijo: “Me han impresionado los llamamientos de Benedicto XVI. No puedo dejarlo solo. He decidido renunciar a la promoción en el Banco y entrar en el seminario”. No pude por menos de congratularme con él y de bendecir su nuevo camino.

A una persona que le preguntó por qué dedicó su primera encíclica a la caridad -*Deus caritas est*-, le respondió: “Quería manifestar la humanidad de la fe”. En

efecto, en su pontificado existe la idea de una religión alegre, sentida en todas partes, vivida con los sentidos y con la razón. Es una perspectiva creíble si lo que guía todo su servicio eclesial es el himno de la caridad del apóstol san Pablo. La acción práctica no basta si en ella no se hace presente el amor al hombre.

Esta indicación suya de la ruta segura, suscitada por el Espíritu que sopla donde quiere, no sólo afecta a nuestras historias personales, sino también a la vida de la Iglesia e incluso al ordenamiento de la sociedad civil. A Ratzinger, estudioso y teólogo, siempre le ha gustado Pentecostés, que, a diferencia de la torre de Babel, símbolo bíblico de una globalización técnica sin alma que lleva a la desesperación humana, inaugura una globalización capaz de hacer hablar a las personas sin negar su singularidad de historia y de cultura.

En calidad de secretario de Estado suyo, puedo atestiguar que lleva el peso que Dios ha puesto sobre sus hombros, un peso que supera las fuerzas humanas: el mandato de gobernar la grey de Cristo

como Pastor de la Iglesia universal, gracias a su firme arraigo en Cristo, sostenido por una intensa vida de oración y de unión personal con Dios.

A dos años de distancia, vuelvo a pensar en el solemne inicio de su pontificado. Escucho resonar en la plaza de San Pedro la aclamación de la multitud al responder a la letanía de los santos: “*Tu illum adiuva*”. ¡Oh Dios, sigue ayudando al sucesor de san Pedro! La Iglesia entera, unida y concorde, se abraza hoy a su amado y venerado Padre en la fe como la primera comunidad hizo en los momentos importantes con el apóstol san Pedro e, invocando la intercesión materna de la Virgen santísima, suplica al Señor que “*conservet eum, vivificet eum et beatum faciat eum in terra*”.

Hoy, con renovado entusiasmo, queremos manifestar una vez más el deseo y el compromiso de escucharlo atentamente, servirlo dócilmente y acompañarlo fielmente.

¡Felicidades, Santo Padre!

Card. Tarcisio BERTONE, s.d.b. *Secretario de Estado*

## Mensaje de Roma emitido por el Congreso convocado por los obispos europeos

«*Valores y perspectivas para la Europa de mañana*»

### MENSAJE DE ROMA

1. A la luz de la historia de la Comunidad Europea, contemplamos los Tratados de

Roma como una etapa importante en el camino de integración de los Estados y de los pueblos europeos. Agradecemos los esfuerzos de muchos representantes de

nuestros pueblos en términos de compromiso a favor de la paz y de la reunificación europea, hasta ahora no completamente realizados. Aquellos líderes europeos supieron sacar enseñanzas adecuadas de las aberraciones de nacionalismos exacerbados e ideologías totalitarias que han llevado a guerras, destrucción y negación de las libertades. Los logros de estos cincuenta años se describen en el informe «Una Europa de los valores», del que el Congreso ha tomado nota. Consideramos nuestro deber realizar la construcción europea en el tiempo con la conciencia de que se trata de una construcción terrena. Necesitaban más de cien años nuestros antepasados para construir una catedral; en cincuenta años hemos construido una nueva «catedral» para todos los europeos.

2. Recordamos que todos los Estados miembros se han comprometido libremente en el proceso de integración europea con la firma y la ratificación de los Tratados de Roma y de los sucesivos acuerdos europeos. Hoy, en marzo de 2007, la Unión Europea tiene nuevamente ante sí desafíos importantes que superar para garantizar su propio futuro. Es necesario desarrollar la cooperación internacional para combatir la pobreza, especialmente en África, la explotación de las mujeres y de los niños, así como las violaciones de los derechos del hombre. Es necesario luchar contra las causas y las consecuencias del cambio climático. En este contexto es necesario armonizar las experiencias de un mayor número de países miembros de la UE, responder a las crecientes expectativas de los ciudadanos respecto a la UE en

una situación de globalización y mantener una adecuada protección social. El reaceramiento de los ciudadanos a las instituciones políticas lejanas y difíciles de entender es cada vez más necesario. Todo ello requiere urgentemente que se confirme con vigor el camino ya recorrido hallando nuevos motivos para justificar la existencia de la Unión Europea. Ello le permitirá reencontrar su dinamismo original, a fin de que cada vez más jóvenes europeos se conviertan realmente en la mayor riqueza de Europa.

3. Seguimos con atención el diálogo entre los Jefes de Estado y de Gobierno, el presidente del Parlamento Europeo y el Presidente de la Comisión Europea, a fin de identificar una solución compartida que permita superar la actual pausa de reflexión en Europa. Pedimos que la solución institucional que se alcance tutele la dignidad humana y los valores que se derivan de ella, como la libertad religiosa en todas sus dimensiones, los derechos institucionales de las Iglesias y de las comunidades religiosas, y reconozca explícitamente el patrimonio cristiano de nuestro continente. En el diálogo sobre y por el bien común de los ciudadanos, contribuiremos a una fuerte cohesión social, hoy tan importante y necesaria para Europa.

4. Pedimos que la UE esté guiada por los valores y los principios que han inspirado la unificación europea desde el inicio, como: la dignidad humana, la igualdad entre el hombre y la mujer, la paz y la libertad, la reconciliación y el respeto

recíproco, la solidaridad y la subsidiariedad, el Estado de Derecho, la búsqueda del bien común. Estos son indispensables, en particular frente al rebrote, en nuestros países, de tendencias nacionalistas, racistas, xenófobas, y de egoísmos nacionales. Las instituciones europeas deberán actuar en el ámbito de sus competencias y no en el que corresponda a los Estados nacionales. Y es por esto que nosotros apelamos a los Estados miembros, pidiéndoles que respeten, en el ámbito de la propia legislación democrática, la vida desde la concepción hasta su fin natural, y que promuevan la familia como unión natural entre el hombre y la mujer en el matrimonio. El respeto de los derechos civiles y jurídicos de los individuos no debe perjudicar el matrimonio y la familia como base de la sociedad.

5. Nosotros, cristianos, muestras comunidades, nuestras asociaciones y mo-

vimientos, contribuiremos con nuestro compromiso a sostener las iniciativas que respeten auténticamente la naturaleza humana creada a imagen y semejanza de Dios, como está revelada en la persona de Jesucristo, y que, en esta óptica, trabajen auténticamente a favor de la reconciliación, de la paz, de la libertad, de la solidaridad, de la subsidiariedad, de la justicia. En el proceso de integración del continente, como recordó el Papa Juan Pablo II, «es de importancia capital tener en cuenta que la unión no tendrá solidez si queda reducida sólo a la dimensión geográfica y económica, pues ha de consistir ante todo en una concordia sobre los valores, que se exprese en el derecho y en la vida» [«Ecclesia in Europa», 110].

Que el Señor bendiga Europa y la Virgen María la proteja.

CRÓNICA DIOCESANA

---

## CRÓNICA DIOCESANA

### ABRIL

---

- Día 1: Domingo de Ramos en la Pasión del Señor. Procesión y Santa Misa en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.
- Día 3: Encuentro en la Parroquia de Santiago de Allariz de los jóvenes del Movimiento de Jóvenes de Acción Católica.  
Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 4: Retiro Espiritual de sacerdotes en la iglesia parroquial de Santa Eufemia la Real del Centro, dirigió el retiro el Ilmo. Sr. D. José Ángel Feijóo Mirón, Vicario Episcopal Moderador de la Curia.  
Solemne Celebración de la *Misa Crismal* en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.
- Días 5,6 y 7: Solemne Celebración de la Semana Santa en la Ciudad y en toda la Diócesis.
- Día 8: Clausura de la Exposición “Recobrando a nosa Memoria” de escultura religiosa en el Centro Cultural de la Diputación.
- Día 8: Reunión de los Delegados de Misiones de Galicia en la Casa Diocesana de Ejercicios.
- Día 11: Presentación a los medios de Comunicación y a toda la sociedad orensana de la “Fundación Santa María Nai”, realizada por el presidente del patronato Ilmo. Sr. D. José Rodríguez Gallego, en el Salón “Mundo Novo” del Obispado de Ourense.
- Día 12: “Pincho Solidario” organizado por Manos Unidas-Ourense, para recaudar fondos para el proyecto “molino para la subsistencia del barrio de San Jose” en Angola.
- Día 15: Preside la Celebración Eucarística y administra el sacramento de la Unción de enfermos en la Residencia de Os Gozos con motivo de la fiesta de su Patrona.  
Preside la Celebración Eucarística en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours en el II Domingo de Pascua de la Divina Misericordia.
- Día 17: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 18: Reunión de la Coordinadora de Acción Católica.  
Comienza el ciclo de conferencias “Ágora” organizada por la Fundación Santa María Nai, con la conferencia “Un periodista en el Vaticano” a cargo de D. Antonio Pelayo, corresponsal de Antena 3 en Roma.



Días 20,21 y 22: Cursillo de Cristiandad en la Casa de Ejercicios.

Día 21: Encuentro de los profesores de Religión en el Santuario de los Milagros.

Retiro de la CONFER en el Seminario Mayor.

38 Festival Juvenil de la Canción Misionera en el Auditorio de Ourense, organizado por la Delegación Diocesana de Misiones.

Día 22: 29 Festival Infantil de la Canción Misionera en el Auditorio de Ourense, organizado por la Delegación Diocesana de Misiones.

Día 28: Encuentro regional de Catequista de Galicia en Celanova, con motivo del Año Santo de San Rosendo.

*Durante todo el mes se han seguido produciendo las peregrinaciones de Celanova de distintos arciprestazgos de la Diócesis, así como de otras instituciones y colectivos.*







Beati Misericordes